



- Serie Sphere -

Te Amo más de lo que te puedo decir



*Un romance
lésbico entre
Barcelona y París*

MAGGY MCANDREW

TE AMO MÁS DE LO QUE TE PUEDO DECIR

Maggy McAndrew

Derechos de autor © 2024 AMM

Todos los derechos reservados

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

Versión en castellano

-Serie Sphere España-

A mi esposa.

PRÓLOGO

13 de diciembre – Control

Charlotte

La vida tiene mucho de aleatorio, bastante de imprevisible y una pequeña dosis de aquello que podemos controlar.

Sentada al borde de la cama, siento las lágrimas deslizarse hasta caer en el vacío. Agarro el móvil con una fuerza exagerada que refleja mi desesperación, pero eso no cambia el hecho de que la pantalla se mantenga obstinadamente negra, sin ningún sonido. La rabia contenida durante las últimas horas se transformó, primero en miedo, luego en tristeza, y ahora en pánico.

Las luces del jardín, encendidas en la oscuridad de la noche, brillan a través de la ventana, reflejándose sobre el agua de la piscina en una danza de colores al son de una música inexistente. El reloj de la mesilla de noche marca las ocho y cincuenta. Tenemos una cena y ella nunca llega tarde.

Algo ha pasado. Lo sé. Lo siento.

Un accidente. Estaba retrasada, aceleró, miró hacia un lado, el camión que iba delante frenó de repente, el coche venía demasiado rápido, la carretera estaba mojada, derrapó, salió de la vía y chocó violentamente contra el muro de cemento. ¡Todo fue tan rápido! ¡Un instante y todo terminó!

Mi corazón late descompasado, siento que voy a vomitar en cualquier momento.

¿Me llamarían si hubiera habido un accidente? Creo que no. ¡Claro que no!

Intento evitar estos pensamientos. Seguro que no ha habido ningún accidente.

Hace meses que ella anda rara, distante, como si escondiera algo. ¿Será otra persona?

A la hora del almuerzo, cuando la llamé, no respondió, no devolvió la llamada, nada. Incluso cuando está en el consultorio, ve el móvil y, al menos, envía un mensaje.

¿Quién será? ¿Una colega? Podría ser Pilar. Al fin y al cabo, estuvieron juntas durante casi diez años. Ella dice que se distanciaron. Solo puede ser eso, están juntas, riendo, tomando una copa de *Pinot Noir*...

Llamo por centésima vez. No responde. Intento el número fijo. El consultorio cerró hace más de una hora y la llamada va a parar al contestador.

Entro en el cuarto de baño y fijo mi mirada en el reflejo del espejo. Cabello despeinado, la camisa blanca manchada por las lágrimas, con los botones desabrochados revelando el tirante del sujetador.

¿Y si no es solo un retraso?

Vuelvo a sentarme en la cama. En la ventana, nada ha cambiado, como si el tiempo no hubiera pasado.

De repente, oigo pasos en la escalera. Miro hacia la puerta del dormitorio que, con la caída de la noche, ha quedado inmerso en la oscuridad, y noto que las luces del piso de abajo están encendidas.

Su voz rompe el silencio: "¡Charlotte! ¿Charlotte? ¿Dónde estás? Perdona por el retraso, amor. ¿Estás lista? ¿Salimos? Ya son casi las nueve. Ni te imaginas lo que me ha pasado hoy..."

Ha llegado. No está muerta. No está en el hospital. La voz es normal y el tono el de siempre.

El miedo da paso a la ira, la tristeza se convierte en furia. ¿Cómo se atreve a hacerme sentir así?

Elena

Entro en casa corriendo, con el pulso acelerado y la respiración agitada. Normalmente llego antes de las ocho, pero hoy, justo hoy que vamos a cenar a casa de Antonio, llego tarde.

Ha sido un día difícil, de esos en que el universo parece conspirar contra nosotros.

Qué extraño, cuando la puerta del ascensor se abre en el vestíbulo, todas las luces están apagadas. La casa está oscura y parece vacía. Pero el Cayenne estaba aparcado abajo en el garaje.

Enciendo las luces y atravieso la sala, en el sofá reposa el abrigo largo con el que salió esta mañana. Afuera, puedo ver el césped cuidadosamente recortado, los setos cortados a la perfección y un rincón de la piscina bajo el reflejo de la Luna. A pesar de la prisa, me detengo un momento y sonrío. Recuerdo el calor del verano, el sonido del agua, el merecido descanso de un libro en una toalla extendida en el césped.

Subo las escaleras, saltando los peldaños de dos en dos y gritando su nombre.

¿Estará en la ducha? Pero ¿por qué están todas las luces apagadas? ¿Y la música? ¿Por qué no hay música? Todos los días, en cuanto entra en casa, enciende la música. Muchas veces, incluso antes de dejar sus cosas. Hoy solo se oye el silencio y solo se ve la oscuridad, pero estoy segura de que está en casa.

Entro en el dormitorio.

Charlotte está sentada al borde de la cama, inmóvil. A su lado, unos pantalones de terciopelo azul oscuro y una camisa de seda blanca. En el suelo, caído, el abrigo plateado me recuerda que esta noche tenemos una cena.

Me arrodillo junto a ella, pero, antes de poder rozar sus labios con los míos, se aparta. Me mira fríamente con los ojos llenos de lágrimas: "¿Cómo has podido? ¿Cómo has podido hacerme esto? No te importa nada, ¿verdad?"

"¿De qué estás hablando? ¿De qué no me importa? ¿Puedes parar, puedes hablar conmigo. ¿Por favor?" Ella parece incapaz de oírme, sigue sentada en la cama, mirando al suelo. "Déjame explicarte, Charlotte. Detente un momento y escúchame."

La conozco lo suficiente como para anticipar lo que pasa. Sé que está enfadada, debe de haberse aterrorizado por no saber dónde estaba, y además llegar tarde y sin teléfono desde la hora del almuerzo.

¿Vale la pena intentar explicarlo? Podría acostarme a su lado, olvidaríamos la cena y nos quedaríamos aquí abrazadas, juntas, hasta que se calmara. Tal vez ese fuera el mejor plan. Tal vez no. ¡Seguro que sí! Pero no soy capaz... tengo que explicárselo. Quiero abrazarla, consolarla y darle la certeza de que todo está bien. No hago ninguna de estas cosas. Empiezo a hablar, sentada en el suelo más o menos en la misma posición.

"Lo sé..., sé que debes haberte preocupado, y tienes toda la razón, ¡lo siento! Debería haber encontrado la forma de llamarte. Ni te imaginas..., fue una cosa tras otra..., en medio del caos, no lo logré. ¡Perdón!", digo esto manteniendo un tono de voz bajo y tranquilo, como si esa tranquilidad pudiera calmarla, no solo a ella, sino también a mí misma. Suspiro profundamente y continúo: "Deja de llorar, por favor. Esta mañana, cuando salí del gimnasio, tenía más de dos horas antes de la primera consulta. Fui al café de Lola, quería aprovechar para revisar unas notas del viernes. Me quedé en la terraza, tomé dos capuchinos, trabajé mucho y hablé con mi madre. Me llamó para saber si vamos a almorzar el día 25. Parece una tontería, pero cuando me di cuenta ya estaba retrasada. Salí corriendo. Iba a llamarte cuando llegué al consultorio, pero vi

que no tenía el móvil. Ya no había tiempo para volver atrás. ¿Sabes cuántos pacientes tuve hoy? Siete. Todo está muy agitado. La gente está menos tolerante..., como si no fuera suficiente, tenía dos pacientes nuevos. Uno de ellos tardó más de una hora. La semana pasada te dije que me habían llamado para ver a un chico nuevo que se queja de cansancio e insomnio desde hace meses, y nadie encuentra nada que lo justifique. Cuando terminé, salí corriendo, volví al café y, por suerte, el móvil estaba allí, sobre la mesa. No sé por qué, pero se quedó sin batería."

Paro, sin aliento, levanto la cabeza y la miro directamente. Creo que ha dejado de llorar. Inspiro profundamente y cambio la posición de las piernas, que me duelen.

Hablé tan rápido como pude y sé que eso no hizo que mi discurso fuera ni claro ni armonioso. Necesito decirle todo, mostrarle que no pasó nada, solo una serie de circunstancias desafortunadas.

El teléfono suena y nos hace estremecer a ambas. El sonido resuena alto en la habitación, cortando el silencio provocado por mi pausa.

El reloj marca las nueve y quince. Solo han pasado veinte minutos desde que llegué y, sin embargo, me parecen horas. Debe de ser Antonio. Sigue esperándonos para cenar.

Charlotte no se mueve, permanece sentada, rígida, cruzando y descruzando los dedos de forma metódica.

Decido ignorar el teléfono, que suena cuatro o cinco veces más y termina por silenciarse.

Gano valor y me levanto, poniéndome de pie junto a ella. Ahora puedo ver su rostro iluminado por la luz de la ventana. Las lágrimas caen en silencio. La camisa, con los botones superiores desabrochados, expone su piel. Por un momento, olvido lo que está pasando y vuelvo a sentir una inmensa necesidad de tomarla en mis brazos, de besarla.

"Puede que no lo creas, pero, en medio de todo el caos, cuando fui al café a buscar el móvil, dejé la cartera en el consultorio y tuve que volver. Cuando finalmente salí, el tráfico estaba completamente parado. Toqué el claxon tantas veces que abrí la ventana e insulté al hombre del coche de delante. No sirvió de nada, ¡claro! Hubo un accidente en el túnel", digo con sarcasmo.

"Querida, te pido mil veces perdón. Pero ahora estoy aquí... ¿puedes mirarme? Por favor, ¡di algo!"

Charlotte

Me quedo inmóvil, no por elección, sino porque es imposible moverme. Justo después de que ellos murieran, me sucedía a menudo. Había momentos en los que veía mi vida desde fuera, como una espectadora que contempla los días a través de una ventana.

Poco a poco, dejo de sentir la sangre latir en el cuello y la sensación de náuseas va disminuyendo.

Ella está de pie, frente a mí, esperando una respuesta, esperando un beso, tal vez más, pero permanezco en silencio, inmóvil. Quiero abrazarla, sostenerla contra mí, para que no se separe nunca más, pero el cuerpo no me obedece.

Ella está viva. No sufrió un accidente. No está en la cama de Pilar. Está aquí, frente a mí, esforzándose por explicarme su día confuso, pero igual a tantos otros. Un día 'normal'.

La adoro y eso me aterra.

Perdida en pensamientos, compadeciéndome de mí misma, no la veo acercarse. Siento sus labios tocando levemente mi mejilla. Es un beso suave, explorando la seguridad del camino. Giro la cara y permito que los labios se junten. Mi corazón se dispara en una mezcla insensata de deseo y pasión.

Con la punta de los dedos, me acaricia delicadamente el cuello. Con la otra mano, me agarra el cabello junto a la nuca y tira, haciendo que incline la cabeza hacia atrás. En la oscuridad, cierro

los ojos y me dejo llevar, adonde quiera que me lleve. Me empuja, haciendo que quede acostada de espaldas sobre la cama. Sin decir una palabra, intensifica la presión de sus manos sobre mi cuerpo. Los dedos se deslizan del cuello a los hombros, y de ahí al borde de la camisa entreabierta. Juega y me toca, sin sobrepasar el límite impuesto por la tela. Poco a poco, el juego se vuelve más serio, el deseo crece, su mano sabe exactamente adónde quiere ir, ilusionando los sentidos y sondeando zonas prohibidas. Mi cuerpo reacciona como siempre sucede desde el primer día, desde el primer beso. Me estremezco, entregada, esperando el próximo movimiento. Ella se concentra en un beso. Toca con la lengua la mía, me muerde el labio inferior, depositando en cada gesto toda su pasión. Es un beso que busca borrar las últimas horas. Un beso que pide disculpas y que, al mismo tiempo, impone la intimidad que solo los años son capaces de construir. En este beso hay una declaración de amor. Correspondo.

Sin dar explicaciones se levanta, y entra al baño que está al fondo, dejando la luz encendida, lo que le da al cuarto una luminosidad indirecta. Activó la música, y se oye un jazz suave, de un disco antiguo.

Cuando vuelve, tiene puestas solo unas bragas negras. Camina despacio, sabiendo cuánto me excita. Se sienta a mi lado y, con una lentitud premeditada y exasperante, empieza a desabrochar los pocos botones de mi camisa que aún permanecían cerrados. La camisa queda finalmente abierta dejando ver el sostén blanco que contrasta con el marrón de la piel.

Sus manos se debaten con el cierre de mis jeans. Los jeans son ajustados lo que no facilita el trabajo. Pero, con gestos precisos y algo de fuerza, logra abrir camino.

Ya no consigo mantenerme quieta, separo las piernas, y meneo la cadera buscando su contacto. ¡La quiero!

Vuelve a pasar los dedos por mi vientre, apoya la palma de la mano firmemente dentro de mis jeans, contra la tela de mis bragas. Sé exactamente adónde me lleva esto y quiero prolongar el momento. Intento no ceder a la tentación de frotarme contra aquella mano. Pero es exactamente eso lo que sucede, y me masturbo en silencio. Es perfecto. El tiempo se detiene. El espacio desaparece.

"¿Es bueno?", pregunta en un murmullo. "Vamos a ver hasta dónde consigues seguir jugando..." Mientras habla, usa la otra mano para apartar las bragas a un lado, y penetra profundamente dentro de mí. Casi no consigo respirar. En éxtasis, contengo el aire dentro del pecho, intentando recuperar algo de control y retener un espasmo que se acerca. Los dedos se deslizan, primero suavemente, pidiendo aprobación, pero poco a poco ganan confianza, y los movimientos se vuelven más rápidos, más fuertes.

"Déjame desnudarme, déjame sentirte", murmuro.

Ella hace lo que le pido. Finalmente me libero de la camisa y los jeans, dejándolos caer al suelo, aparto el edredón y me acuesto, en ropa interior, sobre la sábana de satén inmaculada.

Elena

Me alejo silenciosamente mientras ella se desviste. El ruido del cajón al cerrarse la hace mirarme. Estoy desnuda, en medio del cuarto, con un pañuelo de seda rosa en la mano. Sé que ella sabe exactamente lo que pretendo, y no tengo dudas de cuánto la excita esto. La imagen de ella casi es suficiente para provocarme un orgasmo.

En pocos segundos me acuesto a su lado. Ella me mira con una sonrisa que no esconde la urgencia. "¡Brazos arriba!", ordeno.

"¡No, por favor no! Déjame tocarte, déjame sentirte", pide, fingiendo implorar. Al mismo tiempo y, porque ambas conocemos bien este juego, coloca los brazos estirados sobre la cabeza. Uso el pañuelo y le ato las muñecas con nudos falsamente apretados. Ella, siempre tan dominante, está aquí, vulnerable, entregada. Tengo dificultad en controlarme, arrimo mi cuerpo desnudo contra el de ella, en un intento de calmarme. Como era de esperar, tiene el efecto opuesto.

Paso los dedos sobre el sostén y siento los pezones rígidos reaccionar bajo la presión del toque. Ella se contorsiona, pero no mueve los brazos, dejándolos en la posición en que los coloqué, como si el pañuelo los atara, de hecho, a algo.

Arranco el sostén, y dejo los senos expuestos. Beso uno y después el otro, sosteniendo los pezones entre los dientes. Ella no contiene un grito. Sé que no vamos a aguantar por mucho tiempo. Avanzo más deprisa. Llevo los labios junto al elástico de las bragas, deposito un sinnúmero de besos, y las fuerzo a bajar, tirándolas lejos. Finalmente, también ella está desnuda.

Vuelvo a tocarla con la lengua, está aún más excitada que antes, si continúo, ambas nos vamos a perder en segundos. Quiero un placer simultáneo, cuerpos unidos y gritos al unísono.

Libero el pañuelo que aún le ataba las manos, y ella me envuelve inmediatamente en un abrazo. La dejo tocarme, mientras oigo su voz junto a mi oído repetir la frase que hace mucho aprendí a traducir, "*Chérie, jje t'aime plus que je ne peux te dire!*".

CAPÍTULO 1

31 de diciembre - Año Nuevo

Charlotte

La casa está llena. ¡Adoro las fiestas! Casi había olvidado esta sensación en los últimos meses. No fue solo la pandemia lo que nos alejó unos de otros, la situación aquí en casa ha estado tan tensa que nunca parece ser el momento adecuado ni para una cena, mucho menos para una fiesta. Miro hacia las puertas de vidrio abiertas que marcan la transición entre la sala y la terraza. Afuera, las luces doradas nos recuerdan que es Navidad.

En un lapso, olvido la sala, la terraza, la fiesta de Año Nuevo, y soy transportada a París. Recuerdo las deslumbrantes cenas de mi madre, los menús de chef, muchos de ellos amigos de la casa, y los recitales de piano con los que nos deleitaba al final de la noche. Vuelvo a la fiesta de Año Nuevo del milenio. Ninguno de nosotros podía imaginar lo que sucedería. Los gemelos eran pequeños, tenían 6 o 7 años, corrían entre los invitados, ignorando las advertencias de mi madre, y obligando a Anne, nuestra ama de llaves de toda la vida, a perseguirlos, emitiendo al paso breves pedidos de disculpa.

Aquella noche, en mis 18 años, sentía que el cielo era el límite para lo que podría hacer. No seguiría abogacía como mi padre, ni música como mi madre. Acababa de entrar en una de las más prestigiosas universidades de París y tenía una certeza inquebrantable, de aquellas que solo a esa edad se pueden tener, de que haría del mundo un lugar mejor, de que marcaría la diferencia. Mis divagaciones son interrumpidas por la voz de Elena junto a mi oído. "Un beso por tus pensamientos", susurra. Giro la cabeza y la beso en los labios. Un beso dulce, con sabor a champán. El aroma de su perfume, intenso y sensual, me hace sonreír.

"¿En qué piensas?"

"Estaba lejos, Chérie... En una fiesta de Año Nuevo, con mi padre y Leo, en el apartamento de París". Mis ojos se llenan de lágrimas.

Ella posa la copa en una de las mesas y coloca los brazos alrededor de mi cintura.

"Es un buen recuerdo, ¿no? Según sé, las fiestas de tu madre eran épicas".

"Tienes razón. Mi madre es única".

"Eloise Hubert es una luchadora, una vencedora. Llegó a donde llegó después de superar cosas que la mayoría de nosotros no podría".

Me limpio los ojos con el dorso de la mano, la miro fijamente y le doy un beso. Sonríe y como siempre sucede, aparecen dos hoyuelos en sus mejillas. "Vamos, tenemos que volver a la fiesta", declaro.

"Ah..., casi me olvidaba por qué vine a interrumpir tus pensamientos. Mari Carmen y Lola piden, por favor, y dijeron que subrayara el "por favor", que toques algo".

"No puedo, ¡no puedo!"

"Vamos... ¿Hace cuánto que no tocas? Toca solo una o dos canciones para complacerlas".

Lo que menos me apetece es sentarme al piano. Lo miro, al otro lado de la sala, majestuoso. Un piano que me tomó años elegir y que acabó viniendo de Austria, ahora sirve de pieza decorativa en la sala.

Sin fuerzas para seguir argumentando, me dirijo hacia allí. Nuestros amigos me siguen de inmediato, sentándose en los sofás y en la alfombra. En un momento se hace un silencio absoluto. Las luces del árbol de Navidad, que casi toca el techo, mantienen su ritmo constante, dando a la sala un brillo ora azul, ora dorado.

Lo primero que se me ocurre es tocar una canción de Preisner, tal vez por ser una obra inacabada, tal vez por el contexto de la pérdida. Poso suavemente las manos sobre las teclas.

Hacía mucho que no las sentía bajo los dedos. Es una textura inconfundible. Sin darme cuenta, estoy tocando, y la sala se llena con el sonido de Song for the Unification of Europe.

Cuando el sonido del piano se extingue, sigue un instante de silencio, para luego estallar un aplauso emocionado, de una audiencia fiel. Las notas mezclan disgusto con alegría, grandiosidad con humanidad y, al final, me dejan más ligera. Sin esperar que alguien lo pida, vuelvo a colocar los dedos sobre las teclas, sacudo la cabeza e inundo la sala con el alegre sonido de *Garota de Ipanema*.

Después de mi pequeño concierto improvisado, todos vuelven a sus conversaciones, distribuyéndose en pequeños grupos, en el interior y exterior de la sala. Me muevo entre los invitados, escucho planes para el nuevo año y quejas sobre lo que ahora termina. Me río con las historias de Lola, y las situaciones hilarantes que suceden a diario en su café.

¿Dónde está Elena? Miro alrededor, no la veo. Es siempre igual, el corazón se acelera, las manos sudan, la respiración se hace presente y el aire parece más pesado.

Salgo a la terraza que, protegida por un acrílico transparente, permite una amplia visión sobre el jardín, tres pisos más abajo.

Elena está sentada en una silla, allá abajo, junto a la piscina.

Puedo ver humo en el frío de la noche. ¿Habrà vuelto a fumar? ¿Por qué no me dijo nada? ¿Es eso lo que anda escondiendo? Hay alguien a su lado, parece Mari Carmen, su colega de consultorio y amiga de hace mucho tiempo. Están muy cerca, parecen tocarse. ¿Será que pasa algo entre ellas? ¡Claro que no, qué pensamiento estúpido!

Mis manos tiemblan, volvió esa sensación de náusea que surge cuando mi pensamiento vuela hacia lugares negros y oscuros. Vuelvo a mirar hacia abajo, el jardín está vacío.

Elena aparece en la puerta de la terraza, y con un gesto me invita a entrar. Sostiene en las manos dos copas, aún vacías, que esperan para brindar por el nuevo año.

Un vestido negro ajustado, pegado al cuerpo, alterna terciopelo con una tela semitransparente, y le llega casi hasta los pies, dando margen a la imaginación. Las mangas le cubren los brazos hasta la muñeca. La espalda abierta deja ver la piel y hace adivinar que no lleva nada debajo. En el brazo izquierdo, el reloj que le regalé en Navidad. Distraída mirándola, casi me desequilibro con el susto provocado por el ruido de un corcho de champán que salta, exactamente al mismo tiempo que, afuera, miles de estrellitas de fuegos artificiales retumban en la noche.

Deseos para el próximo año: Quiero amar como nunca. Pasión, deseo... y viajar. Quiero a Elena a mi lado, sin miedo a perderla. Mis deseos confusos son interrumpidos por un beso. Su lengua invade mi boca, se entrelaza con la mía y juega. Se aleja un poco, apenas lo suficiente para poder mirarme a los ojos, y murmura "¡Feliz Año Nuevo, Chérie!".

Elena

El nuevo año quiere llegar transparente, el cielo está límpido, sin una sola nube, como si tuviera que ser escrito en una página en blanco. Necesito esta transparencia en mi vida.

Escucharla al piano es demasiado para mí. Tan pronto suenan las primeras notas se me saltan las lágrimas. Discretamente, abandono la sala y bajo hasta el jardín. Tengo urgencia por salir de aquí, necesito respirar. Me detengo junto a la piscina y me fijo en los reflejos en el agua. Llora, sola en la oscuridad, en la última noche del año.

He intentado encerrar mis sentimientos en una caja y mantener una paz fabricada, que me permita continuar el día a día de la forma más funcional posible. Me levanto, voy al gimnasio, sigo hacia el café de Lola, bebo un capuchino, pongo el trabajo al día y me dirijo a la clínica. Es una rutina rígida, que me permite mantener la cordura.

Siento una mano posarse firmemente en mi hombro, es Mari Carmen. "¿Qué pasa, chica? ¿Qué sucedió?", pregunta con una mirada que tiene tanto de asombro como de preocupación.

"¿Tienes un cigarrillo?", interrogo, ignorando sus preguntas. Sin más, ella me extiende un paquete y, luego, sostiene un encendedor prendido frente a mí. Enciendo el cigarrillo e inhalo profundamente. Hace precisamente un año que no fumaba.

Mari Carmen me concede unos minutos de silencio y luego, directa como siempre, insiste: "¿Cómo va lo del embarazo? Tú, en los últimos tiempos casi no hablas. He respetado eso. No quise ser intrusiva, pero ahora..., bueno, ahora quiero saber".

"No hay mucho que contar... Hicimos tres intentos. Yo estaba muy entusiasmada. Creo que ella no tanto. De hecho, si quieres que sea sincera, creo que solo aceptó todo esto porque tiene miedo de que me vaya". Apago el cigarrillo y me paso la mano por el pelo, olvidándome que tiene gel. "Nuestra relación está cada vez más complicada, no sé hasta dónde voy a poder resistir".

Dejo de hablar y miro a Mari Carmen que se sentó en la silla a mi lado.

Ella no dice nada, y yo continúo: "¿Te conté que, después del primer intento, los médicos pidieron más exámenes y descubrieron que mis ovarios tienen poco potencial? "Poco potencial", un eufemismo para decir que son viejos, o sea, una porquería. Mira cómo el destino puede ser irónico, con ella, que nunca quiso tener hijos, estaba todo normal. Puede ser la donante de los óvulos. Parecía la solución perfecta. Salió bien, conseguimos los embriones, solo que, después de eso, ya hicimos tres intentos, y nada".

Vuelvo a tener los ojos nublados.

"¿Te sientes culpable?"

"No, no me siento culpable. Solo triste. Creo que nunca lo voy a conseguir. He pensado en adoptar, pero..."

"Pero ¿qué?", cuestiona Mari Carmen, ella misma madre de dos gemelos adoptados.

"Tú sabes... Es tan difícil. Me siento cansada, sin opciones. No sé... creo que el problema ya no es solo el embarazo".

Soy consciente de que he hablado más sobre mí en estos minutos que durante el año entero.

Mari Carmen me extiende el paquete y me ofrece otro cigarrillo. Acepto.

"Escucha, chica, tú no eres así, estás pálida..., tienes un aspecto miserable, si quieres que te diga. Tienes que hacer algo, cambiar algo. Es Año Nuevo, tal vez venga la solución. Tienes la obligación de intentar ser feliz".

Cuando reingreso en la sala, veo a Charlotte en la terraza. Me acerco a la puerta y con un gesto la invito a entrar. Ella avanza en mi dirección, mirándome de arriba abajo, como si quisiera

memorizar cada parte de mi cuerpo.

Le extiendo una de las dos copas vacías que tengo en la mano. Por poco los fuegos artificiales no ahogan el primer corcho de champán que salta. Mientras el cielo explota en una coreografía de luces y sonido, me concentro en mis deseos. La beso, la miro a los ojos y murmuro "¡Feliz Año Nuevo, Chérie!".

CAPÍTULO 2

10 de enero – Alicia Souza

Charlotte

Me despierto y miro hacia la ventana. El cielo parece no querer despertar aún. Son las siete de la mañana y está completamente oscuro. Elena duerme profundamente a mi lado. Se mantiene en la misma posición en la que se durmió anoche, de espaldas a mí, con la cara escondida en la almohada y el cabello esparcido. Una de sus piernas se asoma fuera del edredón, revelando la punta de su pantalón que, de tan enrollado, parece un short. Incluso durmiendo, en su pijama de franela a cuadros azules y blancos, posee una belleza clásica y de cierta forma intimidante. Su rostro perfectamente simétrico y el brillo de sus ojos verdes anuncian a alguien capaz de "hacer que las cosas sucedan".

Lentamente para no despertarla, acerco mi cuerpo a su espalda en un abrazo. Ella se gira y, sin abrir los ojos, me da un beso. "Buenos días", dice bajito casi en un quejido.

Permanezco inmóvil, ya completamente despierta. Adoro a esta mujer, haría cualquier cosa por ella, y al mismo tiempo, sé que no logro hacer lo necesario para que sea feliz. Repaso mentalmente los últimos meses, las peleas, las palabras duras, los gritos y las lágrimas, los orgasmos y los juramentos de amor.

No me llevará a ningún lado quedarme aquí martirizándome, pienso, decidiendo finalmente levantarme. Ella cambia de posición, vuelve a girarse y cierra los ojos. "Sólo cinco minutos más", dice entre dientes.

Son las dos y media de la tarde, el anfiteatro está casi lleno. Un año entero con clases a distancia tuvo este efecto. Ahora los alumnos quieren estar presentes, disfrutan de la compañía de sus compañeros e incluso de la de los profesores, como si fuera algo raro y precioso.

Me gustan las salas así, llenas. Llenas de ganas de saber, llenas de ilusiones y de esperanza, pero también de dudas e incertidumbres.

"Buenas tardes, espero que las vacaciones hayan sido reconfortantes, y que estén motivados para el resto del semestre", comienzo. "El tema de hoy es la percepción que tenemos sobre la igualdad de género". Inmediatamente se oye un murmullo en la sala. "Sin ruido, por favor. Es una clase de debate, pero tenemos que conseguir hacerlo de forma organizada". Cuando los ánimos se calman, reinicio: "Vamos a asumir, como punto de partida para la discusión, que no hay igualdad de género, al menos no en lo que respecta a cuestiones económicas, laborales, sociales o familiares", o sea, en nada, pienso, haciendo una sonrisa irónica que espero pase desapercibida.

Mientras hablo voy mostrando diapositivas con datos que evidencian esta realidad, usando el poder de los números para cautivar a la audiencia. Durante algún tiempo siento que me escuchan con atención, relativamente tranquilos, pero poco a poco, la tensión parece acumularse dentro de la sala.

Estoy presentando un gráfico que muestra las disparidades salariales entre mujeres y hombres, cuando una de las alumnas interrumpe: "Profesora, ¿eso nunca va a cambiar! Incluso en profesiones donde hay muchas más mujeres que hombres, son ellos los que mandan. Siempre son ellos los que se quedan con los cargos de poder. Mire, por ejemplo, en enfermería, hay muchas más mujeres, pero los puestos directivos son sobre todo hombres. Y, si quieren saber, no es diferente con los médicos o con los profesores..."

"La situación es transversal. Miren en el fútbol. Tantos anuncios, tantas campañas, pero a la hora de la verdad, ellos ganan millones de veces más que nosotras, y los entrenadores... los entrenadores son casi todos hombres. Y ya que estamos, ¿por qué no decirlo? Blancos y heterosexuales". Quien habla es Samantha, una joven catalana, de piel negra, capitana del equipo

femenino de fútbol aquí de la Universidad.

"¡Eso no es verdad! Ustedes siempre usan esos argumentos... Los hombres ganan más porque juegan mejor, no por ser hombres. Tienen más público. Tienen más patrocinios. Es una cuestión de mercado y no de discriminación", interviene un chico, que se levantó en la parte superior del anfiteatro.

Samantha continúa argumentando, con emoción y mucha rabia contenida: "Dime... sí, dime, ¿cuántos equipos masculinos tienen entrenadoras? Ya si vemos los equipos femeninos... ¿Y tienen menos patrocinios? ¿No crees que son las televisoras las que mandan en eso? ¡Nos dicen lo que tenemos que ver y ya está! Claro, son hombres los que deciden... después de un tiempo, hasta creemos que la elección fue nuestra".

En la sala, el ruido es ahora ensordecedor. Se intercambian acusaciones y se esgrimen razones, no siempre de la mejor manera, ni siempre de la forma más educada.

"¡Por favor, vamos a calmarnos! Por favor, tenemos que lograr escucharnos unos a otros", pido, sin mucho éxito.

El chico que habló continúa de pie, intentando defender su punto de vista ante un grupo de compañeros incrédulos. "No se dejen llevar por esos argumentos falsos, ¿no ven? ¡Son las personas las que construyen sus propias oportunidades!" Notando que lo estoy mirando, y escuchando lo que dice, se dirige directamente a mí: "¿No cree, profesora?"

Sin darme tiempo a responder, Samantha grita: "¡Cállate! No sabes lo que dices. Es fácil ser el hijito de papá, ¿no? En la empresa de tu padre, ¿pagan lo mismo a hombres y mujeres?"

La discusión está lejos de terminar, "Claro que pagan. Si ellas son capaces de hacer lo mismo que ellos... Eso de que las mujeres son discriminadas es sólo un discurso fácil para no ver las verdaderas diferencias..."

"¿Tú no ves, o no quieres ver?", pregunta a gritos uno de los compañeros que también se levantó.

"¿Cuántas personas tiene el consejo de administración de esa empresa, sabes?"

"Siete..."

"¿Y cuántas mujeres?"

"Ninguna. Pero eso no quiere decir nada. Los puestos son por mérito, no por ser hombre o mujer... ustedes no quieren entender..." Hace una pausa y vuelve a mirarme, "la profesora es mujer, es...", balbucea, se recompone y prosigue, "...y logró ser una investigadora respetada, con un puesto en la dirección".

"¿Quieres decir que soy mujer, negra, lesbiana, y que 'aun así' conseguí un puesto? ¿Era eso lo que querías decir, no?" La frialdad de mi voz corta el aire como una navaja y hace enmudecer la sala. "Sí, soy todo eso, y ninguno de esos atributos debería importar para evaluarme como profesional".

"No... no era eso lo que yo quería decir..."

"¡Claro que era!", grita Samantha.

"¡Claro que era!", repito, ya más calmada.

La confusión desapareció y dio lugar a un silencio pesado. Nadie parece ser capaz de decir nada más. Allá arriba, él guarda sus cosas y sale, dejando que la puerta se cierre con estrépito.

Miro el reloj, ya pasan diez minutos de las cuatro. La clase ya debería haber terminado. Respiro profundamente: "Estas discusiones son importantes. Nos obligan a pensar y a escuchar la opinión de los demás, que suele ser la parte más difícil. Defendemos la libertad de expresión, pero no dejo de pensar que no todo debería poder decirse". Camino hacia el escritorio, y me despido: "Buena semana, en la próxima clase continuamos".

Dejo el maletín de cuero negro sobre la silla y lo organizo metódicamente, poco a poco la sala se

va vaciando. Levanto la cabeza, y veo a Paco bajar la escalera hacia mí, acompañado de alguien a quien no reconozco.

"Alicia. Alicia Souza", se presenta, como si el nombre debiera tener algún significado. Permanezco callada y acomodo los últimos papeles dentro del maletín.

Paco, a su lado, interviene buscando aclarar la situación: "Charlotte, Alicia llegó hoy de São Paulo. Fue a la oficina buscándote, y la invité a venir hasta aquí... No sabía que íbamos a tener la oportunidad de asistir a este verdadero duelo".

En mi cabeza todo encaja en un instante. Hace dos años, en colaboración con una de las mayores universidades de Brasil, lanzamos el Premio Bertha Lutz para distinguir, anualmente, el mejor trabajo en Estudios de Género. Alicia Souza fue la ganadora de la edición del año pasado.

"¡Claro! Alicia, buenas tardes, mucho gusto. Charlotte Grimaux", me presento, aunque sospecho que esta es una presentación totalmente innecesaria. "Mis más sinceras disculpas, no esperaba verte aquí. Y tengo que confesarte que toda esta discusión me dejó un poco perturbada. Cómo es posible que se siga mitigando las situaciones y argumentando como si fueran sólo fruto de la retórica...", digo, extendiéndole la mano.

Alicia ignora mi mano extendida y me saluda con dos besos. Ni siquiera sé si correspondo debidamente, tal es mi estupefacción.

"Disculpa", digo una vez más, "con la pandemia, creo que dejamos de saber incluso cómo saludarnos".

"Por favor, Profesora, no se disculpe. Estoy tan feliz de estar aquí. Y aún más por poder conocerla personalmente. Trabajar con usted es un honor". Alicia habla con una mezcla de acentos que le da a su voz una melodía extrañamente agradable.

"Lamentablemente tengo que dejarlas, voy a tener clase ahora". Paco mira el celular y toma su mochila. Ya casi me había olvidado que él estaba aquí.

"Claro que sí, ve. Gracias por haber traído a Alicia".

Salimos al pasillo, Paco se aleja, y nosotras nos encaminamos a mi oficina, pocos metros más adelante. Dejo el maletín en el piso y en un impulso digo: "Alicia, ¿quieres venir a tomar un café? Podemos conversar un poco y conoces el bar. Es un sitio muy útil", bromeo.

Qué invitación tan fuera de lugar. ¿La voy a llevar al bar? Yo nunca voy al bar.

Entramos y nos sentamos, lado a lado, en una pequeña mesa de esquina, una de las únicas vacías a esta hora. Pido un café con leche, y ella, un té. Finalmente miro a la mujer que está sentada frente a mí. Estamos tan cerca, que vuelvo a sentir su perfume y tener la misma sensación de hace un rato.

Para intentar dar algo de normalidad a la situación, empiezo a hablar: "Alicia, disculpa la confusión de hace un rato. ¡No siempre es así!", digo con una risa nerviosa. "Ahora de una forma más tranquila, quería reforzar que realmente tenemos el mayor placer en recibirte. Espero que estos dos años sean suficientes para desarrollar el proyecto. Me gustaría publicar al menos un artículo en cada año". Interrumpo lo que estoy diciendo porque, inesperadamente, ella alza su taza, esperando la mía para un brindis.

"Brindo por sus palabras", declara, riendo abiertamente, haciendo balancear sus rizos castaño dorados.

"Cuéntame un poco sobre ti, todo lo que sé es que estudiaste sociología e hiciste una maestría en Estudios de Género. Tu trabajo sobre las comunidades de la Amazonía es soberbio, un justo ganador del Premio". A pesar de hacer varias preguntas, no le doy espacio para responder. "¿Ya conocías Barcelona?"

"No, es mi primera vez. Soy de São Paulo, viví allá siempre y, sin sorpresa, estudié en la USP.

Creo que no podría trabajar en otra cosa, toda mi vida la pasé escuchando hablar sobre discriminación. Mis padres son abogados. Mi padre es especialista en casos de violencia doméstica y mi madre trabaja para una organización no gubernamental de derechos LGBTQ+. No sé si fue por eso, o si era algo mío, pero desde niña pienso en estas cosas". Ella vuelve a sonreír y me mira confirmando que estoy prestando atención.

Hago un gesto con la cabeza y le devuelvo la sonrisa.

"No hay mucho más para contar... Como estaba diciendo, crecimos en São Paulo, mi hermano y yo. Él es tres años mayor que yo, estudió Derecho, y ahora vive en Estados Unidos. Tuvo un bebé el año pasado. Con todo lo que ha pasado, no pudimos ir a la boda, y yo todavía ni conocí a mi sobrino". Por una fracción de segundo, su mirada se entristece. "Antes de saber que había ganado el Premio, estaba pensando seriamente en mudarme a Nueva York. Hasta me postulé a una pasantía, lamentablemente no fui aceptada".

Qué bueno que no fue aceptada, pienso, si no, no estaría aquí. La conversación prosigue sin dificultad, Alicia habla de sus amigos, de la casa de sus padres en el Barrio de Pinheiros, y de la experiencia en la Amazonía.

"Sabes Profesora, la Amazonia tiene un encanto que es difícil de explicar. Siempre lo tuvo..., al menos para mí. Cuando era pequeña, soñaba con ser bióloga, quería explorar los bosques, conocer a las personas que vivían allí. Era como si fuese una especie de mundo mágico. Cuando inicié la maestría, estaban empezando un proyecto sobre el aprendizaje de los niños que viven en comunidades indígenas. Ellos habían montado un pequeño equipo, e iban a pasar tres meses junto a una de esas comunidades. Decidí aprovechar la coincidencia y le pedí al profesor responsable ir también. Aunque mi idea inicial fuese estudiar las desigualdades de género en una favela en São Paulo, de un día para el otro, cambié de tema. Seis semanas después, partimos. Cambió mi vida... y gané el Premio. Cuando me llamaron por teléfono, primero pensé que era un error, después juzgué que era uno de mis amigos bromeando..., todavía me cuesta creerlo."

Continuamos conversando por algún tiempo más, dejando ya agendada una reunión para la próxima semana. Cuando nos despedimos es como si fuéramos viejas conocidas.

Salgo de la Universidad, entro en el coche, pero no enciendo el motor enseguida. Miro el reloj, son las seis y media. Pienso en llamar por teléfono a Elena, pero, en vez de eso, pongo la música a tocar y el coche es inundado por la voz de Elis Regina.

Sigo la carretera que me lleva hasta la playa. Quiero ver el mar. Es un desafío casi imposible, pues a esta hora ya es noche cerrada.

Vuelvo a pensar en Alicia. Recuerdo sus rizos y los ojos color avellana, marcados por ojeras profundas de quien atravesó el Atlántico y todavía no durmió.

La playa está desierta. Otra cosa no sería de esperar en una tarde de enero. Aun así aparco, aprieto la chaqueta hasta el cuello, y salgo. Sin importarme las botas de gamuza, camino en la arena húmeda hasta acercarme al agua. El mar casi no se distingue en la oscuridad, pero se hace oír claramente. Me quedo allí parada, de pie, no sé durante cuánto tiempo.

Tengo que volver. Saco el teléfono móvil del bolsillo, tres llamadas no atendidas y un mensaje de Elena, avisándome que ya está en casa. La llamo.

CAPÍTULO 3

12 de enero – Mercedes Ferrá

Elena

Ciento treinta, ciento treinta y cinco, ciento cuarenta... Miro mi nuevo reloj, uno de los muchos regalos de Navidad que recibí de Charlotte. Incluso en eso ella consigue ser exagerada. Fuerzo las rodillas a subir y bajar, concentrando la fuerza en la parte posterior de las piernas. El movimiento oscilante de la elíptica me recuerda la nieve y las vacaciones de cuando era pequeña. Aprendí a esquiar a los 8 años, en una estación en los Pirineos. Nos quedábamos todos los años en el mismo hotel, un edificio gigantesco, o al menos así es como lo recuerdo. Durante aquellos días mis padres no pensaban en el trabajo. Con la alegría de una niña que quiere ir a jugar, mi padre se levantaba temprano, y me despertaba a mí y a mi madre. Todavía puedo sentir el olor del chocolate caliente y el sabor de los panqueques con mantequilla derretida. Después del desayuno, ella se iba a la terraza con un libro bajo el brazo, y nosotros nos poníamos los trajes, cogíamos los abrigos, y partíamos hacia las pistas.

Hoy la sala del gimnasio está inexplicablemente vacía. Sólo un joven, presencia habitual a esta hora de la mañana, corre en la cinta del rincón, al mismo tiempo que se concentra en la película que pasa en la televisión colgada en la pared.

Desde que empecé a trabajar en la clínica y dejé el hospital vengo aquí todos los días por la mañana, llego muy temprano y entreno durante dos horas. Acabo por conocer a la mayoría de las otras personas, aunque nuestras conversaciones no pasan de un "hola" o, como mucho, de una reflexión sobre el tiempo o sobre una máquina averiada.

Miro otra vez al espejo frente a mí y ya no es sólo el chico que corre, dos cintas a su izquierda, ahora hay una mujer. Podría jurar que nunca la vi por aquí, pero, al mismo tiempo, me parece conocida. ¿Quién será?

Me sumerjo en una fantasía sobre la vida de esta mujer que observo a través del espejo. Es alta, bien constituida, un poco fuera de forma. Va tocando el panel de control y alternando entre un paso de carrera lento y un caminar acelerado. Parece cansada, frunce el ceño como quien se debate con algún problema mientras hace su ejercicio.

La veo apagar la cinta, volver a beber agua y limpiarse la cara, que ni por eso parece estar sudada. Despacio, se dirige a la sala de musculación, justo aquí al lado, dobla cuidadosamente la toalla, y se sienta en uno de los aparatos.

Mantengo los ojos en el espejo, ajena al ritmo de la elíptica, y, de repente, nuestras miradas se cruzan. En un flash, se hace la luz en mi mente: la mujer frente a mí es Mercedes Ferrà.

Mercedes Ferrà fuera de su traje gris y sin un pañuelo de seda, no parece la misma persona. ¿Cómo es que no la reconocí de inmediato?

Siento un frío en el estómago, una presión en el pecho, y soy invadida por varios sentimientos a la vez. Hubo un momento de mi vida en que tuve una pasión por esta mujer, o por lo menos, era lo que sentía en aquel entonces.

Antes de entrar en la universidad, acompañaba muchas veces a mi padre cuando él iba a asistir a conferencias y congresos. Él es economista, en esa época daba clases en la Universidad de Barcelona y trabajaba en el Departamento de Economía y Hacienda, como especialista en la evaluación de escenarios económicos para una Cataluña independiente. Es verdad que acabé siguiendo medicina, pero no es menos cierto que siempre tuve una enorme fascinación por las cuestiones económico-financieras.

Un día, estaba con él en la platea de una de esas conferencias y subió al escenario una mujer que emanaba confianza y conocimiento. Los organizadores la presentaron pomposamente como la

nueva asociada de una de las grandes consultoras financieras. Recuerdo que describieron que había estudiado gestión aquí en Barcelona, y después en Harvard, mencionando que había vivido fuera del país durante varios años, y acababa de volver.

Al final de la presentación, mi padre fue a hablar con ella. Creo que no se conocían, pero se quedaron conversando durante mucho tiempo. En cierto momento, la conversación me incluyó, ella me dirigió algunas preguntas, y pareció apreciar mis respuestas.

Quedé deslumbrada, por primera vez entendí lo que era atracción, lo que era deseo.

Leí todo lo que había disponible sobre Mercedes Ferrà, decenas de artículos de opinión y algunas entrevistas. Era obvia su influencia, su poder en la esfera financiera, pero desde el punto de vista personal, permanecía envuelta en misterio. No se sabía prácticamente nada. Era conocida por ser una persona discreta, rígida e impenetrable, siempre de traje gris y pañuelo de seda. Pocos adornos y nada de maquillaje.

Pensé en ella, soñé con ella, hasta asistí a una conferencia suya más, pero nunca más volvimos a hablar.

En aquel entonces, mi madre fue mi confidente, oyó mis devaneos, planes, y todas las cartas que nunca envié.

Como la mayoría de las pasiones de la juventud, duró poco.

Ver a Mercedes Ferrà, más de veinte años después, en pantalones cortos y camiseta del Barça, la transforma en otra persona, pero trae de vuelta muchas de las mismas emociones.

Sus ojos oscuros se encuentran otra vez con los míos a través del espejo. Me mira directamente, por más tiempo del que sería de esperar para una mirada casual entre desconocidas. ¿Será que me reconoció? No. Imposible.

La atracción que aquella mirada ejerce sobre mí está mucho más allá de lo que consigo explicar. Me siento extraña, casi culpable, como si estuviera haciendo algo inadecuado. Pero la máquina veinte minutos antes de lo planeado, tengo que salir de aquí. Espero que ella no pase a frecuentar este gimnasio, por lo menos no a mi hora.

Cuando avanzo hacia la puerta, el impulso es más fuerte, giro la cabeza y miro discretamente por encima del hombro. Encuentro sus ojos en mi espalda. No sonrío, se limita a mirar fijamente acompañando mi movimiento hacia la salida.

Todavía es temprano, por lo que decido ir hasta la piscina, al otro lado del edificio. Está vacía, y tengo el carril junto a la pared sólo para mí. Entro despacio, dejando que el cuerpo se adapte a la temperatura del agua. Me sumerjo y nado lentamente.

¿Qué es lo que está pasando? ¿Curiosidad? ¿Deseo? ¿Soledad?

La imagen de Charlotte invade mis pensamientos subacuáticos. ¿Culpa? Me enamoré perdidamente de ella cuando nos conocimos. Los años fueron pasando y yo no volví a cuestionar esa pasión.

Las brazadas regulares agitan el agua y producen un sonido rítmico que hace perder la noción del tiempo y del espacio. Salgo del agua cansada y con la firme decisión de no volver a pensar en Mercedes Ferrà.

Después de un paso rápido por la ducha, saco de la estantería una toalla blanca, que enrolló a mi alrededor pasándola por debajo de los brazos. Me miro en el espejo y sacudo el cabello, esparciendo gotas de agua en todas las direcciones.

Entro en una de las cabinas de madera. Son saunas de cuatro plazas con dos bancos largos laterales y dos frente a la puerta, uno abajo y otro más arriba. No hay nadie en los bancos de enfrente, pero tampoco espero encontrar a nadie aquí a esta hora. Sin pensar mucho, suelto la toalla, la estiro en el banco del lado derecho y me tumbo. Aquí dentro, la luz es débil, y el aire

muy seco y caliente. La sensación de bienestar es inmediata. Me relajo, cierro los ojos e intento no pensar en nada. Oigo mi respiración y siento el ritmo disminuir hasta entrar en un estado de sopor.

Cuando finalmente vuelvo a abrir los ojos, ya no estoy sola. Mercedes está tumbada en el banco del lado izquierdo, en el más profundo silencio, inmersa en una casi oscuridad, completamente desnuda.

CAPÍTULO 4

19 de enero – Courchevel

Charlotte

El avión posa suavemente las ruedas en la pista. Es la mejor de las sensaciones. Agarro con fuerza el brazo de Elena, que sonríe y me abraza, a pesar de la dificultad del movimiento impuesta por los cinturones de seguridad. El viaje de Barcelona a Ginebra no es largo. Salimos del aeropuerto de El Prat poco antes de las tres de la tarde, y son ahora las cuatro y cincuenta.

Después de su muerte, y durante mucho tiempo, me negué a entrar en cualquier tipo de avión.

En el verano de 2002, mi padre fue en uno de sus muchos viajes de trabajo. Mi hermano, Leonardo, había terminado la carrera de Derecho pocos meses antes y lo acompañó como parte de las prácticas que estaba haciendo en el bufete. Estarían diez días en São Paulo y de ahí seguirían a Buenos Aires.

Una noche, cerca de las tres de la mañana, sonó el teléfono. Recuerdo despertarme sobresaltada por el sonido estridente e inesperado. Me levanté, atravesé el pasillo oscuro, y cuando llegué junto a la puerta del cuarto de mis padres oí a mi madre decir: "¿¡Cómo!? ¿¡Qué!? ¿Puede repetir, por favor?" Después, durante interminables segundos, silencio. "No puede ser. ¡Debe haber un error!" La voz estaba entrecortada, y sonaba alta en el silencio de la noche. Anne se acercó con paso apresurado y se detuvo junto a la puerta, que permanecía cerrada. Me preguntó qué había pasado. Yo no lo sabía. Sentía el pecho apretado y me dolía la garganta. No sé explicar por qué, pero, en mi interior, tenía la certeza de que había pasado algo. Nunca podría haber imaginado la gravedad de lo que había ocurrido.

Los gemelos seguían durmiendo. Mamá debía haber colgado el teléfono pues no se oía ningún sonido viniendo del cuarto. Unos momentos después, no recuerdo si segundos o largos minutos, la puerta se abrió. Mamá salió en pijama, me miró y, enseguida, a Anne. Me abrazó, sin proferir una única palabra. Fue el abrazo más fuerte y más largo que alguna vez recibí. Era un abrazo que la aferraba a la vida. Entonces, me soltó, sujetó la puerta y nos pidió entrar.

La noche del 10 de julio de 2002 cambió mi vida. Yo tenía 20 años y me di cuenta de que todo podía cambiar en un abrir y cerrar de ojos.

"Charlotte... Charlotte, querida, vamos a salir. Desabrocha el cinturón. Las puertas están abiertas. Ya se siente el olor de la nieve". Elena interrumpe mis recuerdos y me empuja fuera del apretado asiento del avión.

Vamos a quedarnos en Courchevel hasta el domingo. Una vez al año, combinamos un encuentro con Jean-Luc y Pierre para ponernos al día con la conversación y el esquí. Jean-Luc era el mejor amigo de Leo, y después de su muerte se convirtió en uno de mis mejores amigos. Se conocieron en una fiesta en La Villette, Jean-Luc estaba acompañando a una comitiva diplomática y Pierre era uno de los bailarines invitados para la gala. Hijo único, de una familia conservadora del norte de Francia, Pierre se fue solo a París a hacer la carrera, y da clases de danza en el Centre National de la Danse. A pesar de la fama y de su vida pública, son una pareja discreta.

El día aún está amaneciendo y el blanco de la nieve contrasta con los colores que pintan el cielo de un rosa pálido. Elena va sentada a mi lado con la cámara de fotos en la mano. Cuando nos conocimos, tenía la costumbre de pasear por las calles de Barcelona, armada con su cámara, buscando captar rostros y cuerpos que tradujeran el alma de cada persona, decía que la fotografía revela aquello que la voz no dice.

Desvía los ojos de la ventana y comenta: "Es una mañana fabulosa. ¿Te acuerdas del año pasado? Estaba lloviendo tanto, pero tanto, que ni sabíamos si debíamos avanzar o volver atrás".

"Sabes, en aquel momento no te dije nada, pero iba con miedo. Después de tantas indecisiones

sobre si podíamos o no viajar, cuando finalmente conseguimos vuelo y llegamos aquí nos topamos con aquel temporal... El año pasado fue realmente un año bizarro", digo riendo.

Ella ríe conmigo. Mirando el paisaje de los Alpes, con el día amaneciendo, resplandeciente, la música sonando bien alto y Elena riendo y cantando, siento que nada puede salir mal.

Paramos frente al Hotel Annapurna a las once y media en punto. Suelto el volante y respiro hondo. Me inclino hacia Elena y la beso suavemente en los labios. Ella corresponde, entreabre los labios permitiéndome saborearla. La pasión entre nosotras sigue intacta después de todos estos años juntas.

El aire corta la respiración, de tan frío. El cielo se mantiene azul, ahora ya con el Sol brillando en lo alto. Estamos rodeadas de montañas cubiertas de nieve salpicadas por árboles pintados de blanco. El edificio del hotel, todo en madera, no podría ser más acogedor y nos invita a entrar con la promesa de una temperatura más amena.

Abro la puerta de nuestra suite. Me quito las botas sin desabrocharlas completamente, y me tumbo en la cama. ¡Qué maravilla!

Acostadas, siento su cuerpo junto al mío y ella me envuelve en un abrazo. Sus manos recorren el camino a lo largo de mi espalda, hasta detenerse sobre los bolsillos traseros de mis pantalones. Me aprieta y empuja mi cuerpo contra el suyo. La intimidad de los años se hace presente una vez más.

Ella duerme profundamente a mi lado. Soy inundada por una tranquilidad deliciosa. Pienso en ella, en Jean-Luc, en mi madre, en Leo, en las clases, y..., en Alicia. Se me seca la boca y se me acelera el pulso. ¿Qué me pasa?

Elena

La tarde pasa en un suspiro. Hacía mucho tiempo que no recuerdo estar así, tumbada en la cama con Charlotte a mi lado, leyendo un libro y escuchando música.

"Hora de vestirse para cenar. Ellos deben estar a punto de llegar".

Ella se levanta perezosamente, sonríe y pregunta: "¿Crees que puedo ir a cenar así? No tengo fuerza para desvestirme y, menos aún, para volver a vestirme". Antes de acabar la frase, ya está solo en ropa interior.

Paso, de pie, por encima de la cama, para poder llegar hasta ella antes de que empiece a vestirse. La abrazo por la espalda: "Vas así, vestida de mí", exclamo y ella suelta una carcajada.

Cuando entramos en el restaurante Pierre que ya estaba sentado, se levanta de inmediato. "¿Comment allez-vous? ¡Merveilleux!", nos saluda efusivamente, en francés. "Disculpenme, Jean-Luc está al teléfono, como siempre, otro asunto urgente. Salió a atender afuera, pero debe volver en un minuto", dice encogiéndose de hombros y sacudiendo la cabeza en un gesto de desagrado.

"¿Qué tal el viaje? ¡Les echábamos muchos de menos! Y oye, cuéntame todo, ¿qué historia es esa de Jean-Luc siendo candidato a las presidenciales? ¿Es verdad?". Charlotte inunda a Pierre de preguntas, sin darle tiempo a responder. Mientras tanto, Jean-Luc atraviesa el bar, y entra en la sala, aún con el móvil en la mano.

No necesitamos ver el menú, siguiendo la tradición, la primera cena aquí, es fondue Savoyard. Estamos todos con hambre y no tarda hasta que los tenedores chocan en el aire, en movimientos de ida y vuelta, entre el pan, pequeños trozos de coliflor y el delicioso queso fundido.

Jean-Luc va realmente a presentarse a las próximas elecciones y no pierde tiempo en empezar a explicar las dificultades que enfrenta dentro de su propio partido. "No se imaginan cómo es, hasta yo que pensaba que conocía la política, no estaba preparado para esto. Estar casado con un hombre tanto es usado como un arma para atacarme como es señalado como la mayor de mis virtudes. ¡Me pone furioso! Eso no define quién soy, ni mis ideas para el país..." Habla durante largos minutos, sin que nadie lo interrumpa. Cuando se calla, nos giramos hacia Pierre.

"Y tú, ¿cómo estás?", pregunta Charlotte.

"Ni sé qué decirte. No es nada agradable. Las personas me miran y no me ven, solo comentan "aquel es el marido del candidato". El otro día llegué al coche y tenía una rueda pinchada y un papel pegado en el cristal con una amenaza. ¡No es fácil!"

"Ya te dije, si crees que no vale la pena, yo desisto", interviene Jean-Luc de forma algo inesperada.

"Vamos, mira las cosas por el lado bueno, Pierre. Por lo menos no tienes que preocuparte si los periodistas discuten el diseñador de los pantalones que llevaste a la última cena", digo, provocando una carcajada.

Charlotte duerme profundamente acostada a mi lado. Ayer, la noche ya iba larga cuando subimos. Desde hace varios años tenemos un acuerdo: yo y Pierre nos levantamos temprano, y seguimos para las pistas. Jean-Luc y ella, se quedan durmiendo hasta más tarde y nos encontramos para almorzar.

"¡Bonjour! Tu es magnifique comme toujours". Pierre me espera en la mesa del desayuno.

"Buenos días, ¿durmieron bien?", indago.

"No sé si él durmió bien. Esta mañana, cuando salí, estaba durmiendo. Ayer por la noche se quedó hablando por teléfono más de una hora. Aún esperé, pero estaba tan cansado. Confieso

que ni sé a qué hora se fue a la cama". Pierre tiene un aire melancólico, perdió su habitual sonrisa y su voz suena casi como un murmullo.

"¿Está todo bien entre ustedes?", pregunto sujetando su mano entre las mías.

"Sí, creo que sí... Es mucha presión dentro y fuera del partido. Creo que no estaba preparado para ver nuestra relación discutida en las mesas de café, en los periódicos, o para ver amenazas y mentiras esparcidas por las redes sociales", hace una pausa, como si necesitara reflexionar sobre lo que acababa de decir.

"Ni me lo imagino. ¿Y la danza?"

Pierre sonríe y estira los brazos por encima de la cabeza: "Casi no hemos hablado y ni te llegué a decir, tuve una invitación para hacer una residencia de seis meses en Nueva York. ¿Te puedes imaginar, yo en Nueva York? Vieron unos videos que puse online, y una de las directoras de la Martha Graham School of Contemporary Dance me escribió".

"Tienes que ir", interrumpo, entusiasmada, viendo sus ojos brillar a cada palabra.

"En otro momento. Ahora no puedo dejar a Jean-Luc solo".

Después de dos horas y media esquiendo, necesitamos descanso. Paramos en uno de los cafés de montaña para un chocolate caliente.

"Esta mañana solo hablamos sobre mí, ¿y tú? ¿Está todo bien contigo?", me pregunta Pierre. "Ayer, parecías distante. Ni siquiera cuando Charlotte se enzarzó en describir sus guerras universitarias entraste en la conversación".

La verdad es que no sé qué responder. Puedo decir que está todo bien. O puedo aprovechar para desahogarme, y tal vez él me ayude a ver la cuestión desde otro prisma.

Las únicas personas con las que he hablado son Mari Carmen y Pilar. Ni una ni otra tienen opiniones imparciales. A Mari Carmen nunca le gustó Charlotte, cree que es una niña rica y mimada, acostumbrada a hacer todo lo que quiere. Y se enfada mucho, y con razón, con el hecho de que intente controlar todos mis movimientos.

La cuestión con Pilar es aún más sensible. Nosotras vivíamos juntas cuando conocí a Charlotte y me enamoré de ella. Nos separamos e intenté preservar la amistad, pero fue imposible. Siempre que Charlotte sabía que yo había estado con Pilar montaba una escena. Acabé por alejarme, y no hablamos durante más de tres años. Un día, nos encontramos, por casualidad, bebimos un café, conversamos y yo me di cuenta de lo importante que es su amistad para mí. Poco a poco, restablecimos una rutina de conversaciones telefónicas y un café de vez en cuando. Por eso, entiendo que Pilar solo puede tener una opinión sobre Charlotte: la peor.

Miro fijamente a Pierre, que bebe su chocolate mientras espera mi respuesta. "Sí, tienes razón, las cosas con Charlotte no están bien. Todo el proceso, todos los intentos fallidos, es complicado... Ninguna de las dos supo lidiar con la situación. Ella me culpa por querer tener un hijo. Y yo... bueno, la culpo porque creo que ella no quiere lo suficiente". Paro para respirar, me llevo la taza a la boca, y continúo. Ahora que empecé, necesito ir hasta el final: "Conoces bien a tu amiga, las crisis de celos son cada vez más frecuentes y cada vez más imprevisibles. Siempre que me retraso, que no respondo a una llamada, imagina que morí, que tuve un accidente o, lo peor de todo, que la estoy engañando. El miedo a perderme se transformó en una obsesión por controlarme..."

"Tienes que hacer algo. Si no encuentras una forma de protegerte vas a acabar por odiarla".

Es la segunda persona que me dice que tengo que hacer algo. "La amo".

"Habla con ella, dile lo que estás sintiendo. Caso contrario, vas omitiendo cosas, vas contando pequeñas mentiras con el argumento de evitar una discusión, y, poco a poco, las mentiras se vuelven grandes, y las omisiones, importantes. Cuando te das cuenta, seguiste un camino

diferente".

"¿Cuándo te volviste tan maduro?", pregunto, sonriendo.

Estamos terminando de vestirnos para nuestra última cena en la nieve, pero Charlotte no parece tener mucha prisa. Todavía medio vestida, acerca la boca a mi oído y dice: "¿Y si no fuésemos a cenar, y si nos quedásemos aquí? Pedíamos una botella de vino y aprovechábamos nuestra cama. Traje algunas cosas que creo que te van a interesar y todavía ni las saqué de la maleta..."

"Uhh, ya veo... ¿Puedes dejar esa propuesta válida para más tarde en la noche?", pregunto en un tono solemne.

Durante la cena, bebemos dos botellas de vino y la conversación recayó inevitablemente sobre los objetivos políticos de Jean-Luc, las redes sociales, y las dificultades que se adivinan. Pasamos para la sala de al lado para beber el café, y Pierre y Charlotte van pidiendo irish coffees y bebiendo como quien bebe refrescos en un día de verano. Cuando llegamos a la habitación, ella está prácticamente durmiendo. No solo no tiene condiciones para cumplir cualquier propuesta, como ni siquiera se acuerda de haber hecho ninguna. La ayudo a desvestirse y la meto en la cama. Me acuesto a su lado, todavía vestida. Miro la luz de la luna que entra por la ventana e intento guardar esta imagen para siempre.

Mi cabeza vuela, a Pilar, la mujer que dejé, el perfume de Charlotte, el toque de su piel... El olor dulce de la madera en el aire caliente, Mercedes Ferrà, desnuda en la sauna...

CAPÍTULO 5

25 de enero – Park Güell

Charlotte

"¿Está todo bien, Charlotte?", pregunta Paco al verme salir de la reunión de dirección.

"¡No, no está todo bien!", respondo con una voz que refleja mi irritación. "Fue una reunión larga, demasiado larga. Siempre los mismos y consiguen desestabilizar a toda la sala. Desafortunadamente, estoy acostumbrada, son casi quince años."

"Bueno, tal vez no sea oportuno ahora...", dice confundido. "Vine a buscarte porque nos gustaría presentarte lo que pensamos para el proyecto. Yo, Gui y Alicia hemos estado trabajando en esto hace unos días, y finalmente tenemos un plan. Pero, solo podemos avanzar después de que nos des tu opinión."

"¡Por supuesto que es oportuno! Incluso me hace bien pensar en otras cosas, mejores y mucho más importantes. Vamos.", respondo, intentando absorber un poco de su energía positiva.

"Ella es increíble", continúa Paco. "Es inteligente, quiere trabajar, y tiene una determinación que parece nunca acabar."

Él está encantado por el encanto de Alicia. "Las descripciones que hace de la Amazonía son impresionantes. Sólo de oírla hablar ya sólo pienso en poder ir allá..."

Entramos a la sala y descubro a Alicia sentada en la mesa del fondo. Como habitualmente, tiene el cabello suelto sobre los hombros. Viste unos jeans blancos y un suéter de cuello alto negro. No sé si es por la ropa o por su mirada, pero podría fácilmente ser confundida con una joven de primer año. Así que entramos a la sala, se levanta y camina en nuestra dirección. "¡Buenos días, Profesora Charlotte! ¿Paco ya le contó que definimos la metodología para la primera fase del estudio? Tiene que verlo." Habla rápido, en una mezcla de samba y salsa.

"¡Buenos días! Si me dan un minuto, podemos verlo ahora mismo", digo riendo. Paco ya tiene la computadora encendida y proyecta el esquema de trabajo. Durante cerca de una hora, me explican detalladamente sus ideas y la forma en que pretenden aplicarlas.

"Está bien, está realmente muy bien. El proyecto está bien definido, es simple y tiene algunas ideas creativas que le dan brillo. Por mí, pueden avanzar. ¡Felicitaciones!" Los jóvenes sonríen ante mis palabras y chocan las palmas de las manos en el aire, unos con otros, en un saludo de victoria.

Apresurados para una clase, Paco y Guillermo salen de la sala, dejándome sola con Alicia. Me abstraigo y me concentro en la pantalla del celular. Tengo cuatro mensajes y una llamada perdida. La llamada y dos de los mensajes son de Elena, confirmando la cena que habíamos acordado, para hoy, con Mari Carmen. Los otros de la dirección del departamento.

"Profesora Charlotte. ¡Charlotte!"

De repente me vuelvo consciente de la voz de Alicia llamando mi nombre.

"Disculpa, Alicia, estaba distraída", respondo.

"¿Quiere ir a almorzar? Ya son las dos y tengo mucha hambre. Podríamos aprovechar la hora del almuerzo y hablar sobre mi colaboración. Escuché a Paco comentar que este año hay varios monitores contratados, y pensé que tal vez podría ayudar en algunas clases o seminarios."

Voy a rechazar la invitación. No sólo no tengo el menor apetito, sino que no tengo cabeza para pensar sobre clases o proyectos. Todo lo que me apetece es salir rápidamente de aquí. Y, sin embargo, en vez de dar una excusa y salir, me encuentro diciendo "Ok".

Combinamos encontrarnos quince minutos después, junto al estacionamiento. Ya en el auto, acelero rumbo a un restaurante que conozco justo al lado del Parque Güell. Aunque la zona tiene muchos turistas, este sitio es muy discreto, y casi sólo frecuentado por la gente del barrio.

Mientras esperamos la comida, Alicia vuelve a la conversación anterior: "Me he estado preguntando si sería posible dar algunas clases..."

La interrumpo: "No lo sé... Tu prioridad debe ser el proyecto. Si empiezas a dispersarte con clases y otras cosas, me temo que terminarás perjudicando tu trabajo."

"Por favor, Profesora Charlotte, ¡me gustaría mucho! Hablé con Paco y Gui, y sé que ellos tienen horarios a medio tiempo como monitores, y son perfectamente capaces de conciliar eso con los proyectos."

Mientras tanto llegan nuestros platos, humeantes y con un aspecto delicioso.

Ella parece lista para continuar insistiendo. Me pregunto por qué tendrá tanto interés en dar clases. ¡Claro! Debe necesitar el dinero, me doy cuenta de repente.

"¿Paco y Gui comentaron que reciben algo de dinero por ayudarme con las clases prácticas?"

Alicia se sonroja. "Sí. En realidad, Gui dijo eso y yo me quedé pensando... yo tengo el dinero del Premio, pero con los gastos del viaje, no alcanza para mantenerme. Mi tía me da alojamiento y dice que no quiere que yo pague nada en su casa, pero me gustaría poder contribuir. Por otro lado, no quiero pedirles dinero a mis padres."

"Muy bien. Entiendo la situación y respeto tu voluntad de ayudar con los gastos. No creo que dar clases sea la solución. Además, en este momento no se justifica, Gui y Paco dan abasto."

"No se preocupe, encontraré otra manera."

Parece decepcionada, hace un esfuerzo por sonreír y cambiar el tema de la conversación.

"Tengo una propuesta... estoy haciendo un proyecto, de otra línea de investigación, sobre la expresión de género en niños y adolescentes. El año pasado hice muchas entrevistas y no tengo tiempo para transcribir las grabaciones. Si quisieras, podemos combinar y te pago un valor por hora." Lo único que no le explico es que este proyecto no tiene ningún tipo de financiamiento, o sea, seré yo personalmente quien pague sus horas.

Ella se queda mirándome, con un aire incrédulo. "¿En serio? ¡Gracias!"

Terminamos de comer y salimos. Alicia contempla el parque del otro lado de la calle. "¿Tenemos tiempo para entrar? Parece sacado de un cuento de hadas. ¡Vamos! No demoraremos mucho ... ¡Por favor!"

El pedido es tan vehemente y al mismo tiempo tan entusiasta que termino accediendo. Caminamos lado a lado, la mayor parte del tiempo en silencio, sólo cortado por sus comentarios de asombro ante algunas de las maravillas de Gaudí.

No miro el reloj, pero sé que estamos caminando hace más de una hora. Después de subir mil escalones, nos sentamos. Nuestras piernas quedan tan juntas que casi se tocan. El aroma de su perfume me invade y vuelve a despertar el sentimiento extraño que tuve la primera vez que nos encontramos. Sin aviso posa la mano en mi rodilla. Allí sentadas, me cuenta un poco más de su vida. Vuelve a mencionar a sus padres y su hermano, pero después de las primeras frases, la conversación recae sobre su compañera de los últimos años, la forma en que se conocieron, las expectativas y sueños, y el modo en que se separaron.

Mientras habla nunca retira la mano de mi pierna. La mano no se mueve, está apenas posada sobre mi rodilla como si se hubiera quedado ahí olvidada. ¿Será por casualidad? ¿Tendrá alguna intención? ¿Pero cuál?

Salimos del parque. Ya pasan de las cinco. Alicia rechaza mi oferta de llevarla y se despide de mí, junto a la puerta del auto, en un abrazo que une nuestros cuerpos, que se tocan a través de las varias capas de ropa. Pone las manos en mi espalda y las deja resbalar hasta la cintura. Sofocada por la intensidad del gesto doy un paso atrás y entro al auto.

CAPÍTULO 6

31 de enero – "¡Soy médica!"

Elena

El sudor me escurre por el cuello, empapando la camiseta y dejando húmeda la parte de atrás del cabello. Me limpio la frente con la punta de la toalla y bebo un poco de agua, desacelerando el paso. Al ritmo de la voz de Lady Gaga, organizo la agenda del día. Son poco más de las ocho de la mañana, y como habitualmente, corro, con los auriculares puestos y la música casi al máximo. El fin de semana no fue bien. Todos los asuntos, por más insignificantes que sean, se vuelven pretexto para comenzar una discusión. Charlotte anda con muchos problemas en la Universidad y eso hace que esté siempre irritada. Si no es una cosa es otra. Isabella, Arturo, la dirección del departamento, se suceden los motivos, pero el resultado es siempre el mismo.

La música no es suficiente para ahogar el fuerte estruendo que resuena en la sala. "¡Cuidado! ¡Cuidado!", "¿Está todo bien?", "¿Se ha hecho daño?", se oye gritar. Con la sorpresa, doy un salto que casi me hace caer. Miro alrededor, buscando la razón de tanto alboroto. En la fila de enfrente, cinco o seis máquinas a mi derecha, alguien se cayó. A su alrededor las personas forman un círculo y las voces dando consejos ya son más que muchas. "Es mejor llamar al 112", "No, no debe ser más que un pie torcido", "¿Quiere intentar levantarse?" En un instante, los monitores de la sala corren hacia el lugar, y yo hago lo mismo.

La mujer que está en el suelo se muestra afectada, tiene un aire asustado, casi de pánico. Miro y no quiero creer, es ella, es Mercedes.

En un impulso, hablo alto: "¡Yo soy médica! Apártense, por favor. Vamos, vamos hasta el vestuario, yo veo el pie, y después ya decidimos qué hacer", afirmo. Le extiendo la mano para ayudarla a levantar.

"Por favor, usen la sala del puesto médico", dice uno de los monitores, extendiendo también la mano para ayudar.

"Gracias. Ahora, si me permiten, voy a examinarla y después ya veremos si es necesario ir al hospital", afirmo en un tono asertivo, que no da margen para otra alternativa.

Cuando la puerta se cierra me doy cuenta de la situación en que nos encontramos. ¿Qué es lo que estoy haciendo aquí?

"¡Gracias! ¡Muchas gracias por ayudarme a salir de allí! Creo que está todo bien. No tengo mucha maña para estas cosas de deporte y cuando iba a salir de la cinta me desequilibré. Creo que me torcí el pie cuando lo apoyé. Después, me caí e hice un ruido tremendo... disculpe...". Mercedes se ríe de su propia situación.

"¿Estás segura de que estás bien? ¿No te golpeaste la cabeza? Tal vez sea mejor ir al hospital."

"No, no va a ser necesario, yo estoy bien. Sólo me duele el pie cuando hago fuerza. Dijiste que eras médica. ¿Cuál es tu especialidad?"

Doy una carcajada y, aún riendo respondo, "¡Soy psiquiatra!" Ella me mira con sorpresa, y se une a mí en un coro de carcajadas que nos llevan a las lágrimas. La risa tiene el don de calmarnos y, poco a poco, vamos recuperando el aliento y la compostura.

"En ese caso, agradezco aún más. Debes ser muy competente, pues en un instante conseguiste percibir que más que cualquier dolor en el pie, yo sólo quería salir de allí. Por cierto, aún ni me presenté, Mercedes. Mercedes Ferrà."

"Lo sé", respondo sin contenerme. "Elena. Elena Roig. Nosotras nos conocemos hace muchos años. Yo asistí a una conferencia tuya. Aunque no es mi área, me interesan algunos temas financieros."

De dos, una: o Mercedes no me reconoce de nuestro encuentro de hace algunos días en la sauna,

o es una óptima actriz. Yo que había decidido no volver a pensar en esta mujer, ahora estoy aquí sentada con ella, sola en este minúsculo puesto médico.

"Si crees que no es necesario ir al hospital, entonces déjame invitarte a un café, aprovechamos para dejar pasar algo de tiempo y ver si está todo bien." No sé de dónde saco coraje para hacer la invitación ni por qué quiero ir a tomar café con ella.

Miro directamente a Mercedes esperando una respuesta. De repente, tomar un café me parece la cosa más importante del mundo.

"Gracias, pero creo que no. Tengo una reunión en la oficina ahora. Estoy bien, créeme. Gracias por todo, pero ahora lo mejor es tomar una ducha, vestirme e ir a trabajar." Cuando intenta ponerse de pie, hace una mueca de dolor.

"¿Qué pasa? ¿Te duele?", pregunto.

"Estoy un poco mareada." Mercedes vuelve a sentarse en la silla de plástico y pone la cabeza entre las manos, inclinándose hacia adelante.

"Es natural que aún no estés completamente bien. Además del pie, que va a doler unos días, el susto tampoco ayudó. Deberías llamar a la oficina, estoy segura de que comprenderán que se trata de una situación de fuerza mayor."

Se queda un momento en silencio pareciendo reflexionar sobre mis palabras. Extiende la mano hacia el teléfono, que está sobre la mesa, y hace una llamada. "No, no me estoy sintiendo muy bien... Sí... No, no puedo estar en la reunión. Pep conduce los trabajos, él conoce al cliente. Gracias, no necesito nada, sólo descansar. Por la tarde estoy ahí. Hasta luego."

"¡Listo, ya está! Podemos ir al café.", dice, cuando cuelga.

"Claro. Sólo para garantizar que los mareos pasaron y que está todo bien. Es mi obligación médica no dejarte salir así", termino, riendo.

"Doctora", inicia con una sonrisa en los labios y una marcada ironía en las palabras, "Creo que debes ser una excelente médica, pero de una cosa tengo la certeza, eres una persona muy persistente."

Vamos hasta el café de Lola y nos sentamos en la terraza. A esta hora hay mucho movimiento en el interior, pero afuera hay muchas mesas libres.

Durante el cortísimo trayecto entre el garaje y el café ni yo ni Mercedes dijimos nada. Cuando nos sentamos, ella pide un café y un agua con gas y yo un cappuccino.

"Bueno, creo que si estamos aquí tomando un café, sin trabajar, un lunes por la mañana, esto debe hacer de nosotras amigas. Podemos empezar por tratarnos de tú, ¿no?", pregunta de forma retórica.

"¡Claro! ¡Al inicio de una amistad!", exclamo.

"¿Por qué viniste en mi auxilio? ¡Eres psiquiatra!"

"Creo que todos los médicos, hasta los psiquiatras, se quedan con el reflejo de reaccionar a todo lo que pueda oler a emergencia. Cuando vi que eras tú, lo que me llamó la atención no fue la expresión de dolor, sino de pánico."

"Sólo quería salir de allí. Espero que nadie me haya reconocido. Sabes, estas cosas no tienen importancia ninguna, pero de repente se vuelven titulares, en los días de hoy vale todo:

"Mercedes Ferrà, ahora en sus cincuentas, frecuenta gimnasio en busca de ponerse en forma" o

"Consultora financiera se cae mientras hace ejercicio, se espera que sus negocios no tengan el mismo fin". Ella suelta una carcajada y casi simultáneamente un suspiro de alivio. "Hace rato me dejaste con curiosidad, ¿asististe a una conferencia mía? ¿Cuándo? ¿Por qué una psiquiatra se interesa por finanzas?"

"Crecí soñando con una Cataluña independiente, pero también inmersa en los problemas

económicos y financieros de España y del mundo en general..."

"¡Claro, Roig!", me interrumpo, "Cuando me dijiste tu nombre no lo asocié, a pesar de todo es un apellido común. ¡Eres hija de Juan Carlos Roig!", meneo la cabeza como integrando la información.

"Es verdad. Mi padre tiene una gran admiración por ti. Fui con él a una conferencia tuya hace mucho tiempo, debe haber sido hace casi veinte años..., yo tenía 17, fíjate..."

"Roig..., conversamos algunas veces, no tantas como yo quisiera. Déjame pensar, en esa época yo acababa de volver a Barcelona..."

"Era exactamente eso que decían las noticias."

"¿Por qué tanto interés?"

No puedo responder y, intentando no hacerlo notar, cambio el rumbo de la conversación: "Mi padre está casi con ochenta años, ahora tiene un discurso más moderado, más conciliador. En una conversación, antes de Navidad, me decía que la independencia de Cataluña es inevitable, la cuestión no es si, sino cómo y cuándo será independiente."

Mercedes me interrumpe, "Estoy de acuerdo, pero..., siempre me quedo pensando ¿dónde va a jugar el Barça?" Ambas reímos con aquellas palabras, dichas en un tono tan formal como sarcástico.

"Ya es casi la una", murmura más para sí misma, mirando el reloj. "Elena, una vez más gracias por todo. Por todo mismo. Por la ayuda, por el café y por la conversación. Me gustaría poder quedarme, pero de verdad tengo que irme. Quién sabe si combinamos otro día."

Quiero prolongar el momento, pero acabo por responder simplemente "Sí, yo también tengo que ir a la clínica."

Ella se levanta, me da un beso en la mejilla y sale sin mirar atrás. Yo me quedo sentada, inmóvil.

CAPÍTULO 7

6 de febrero - Amor a "primera vista"

Charlotte

"No te imaginas el hambre que tengo. ¿Viste esa ensalada de gambas? Hoy solo tuve tiempo para una sopa y un sándwich en el bar. Me apetecía pedir uno de cada. ¿Y tú, qué vas a comer?" Ella me mira, sonrío y posa su mano sobre la mía, entrelazando sus dedos con los míos, en una caricia.

Hoy cumplimos ocho años de casadas. Desde nuestro primer aniversario, siempre volvemos a este restaurante. Aquí es donde tuvimos nuestra primera cena "en serio". Casi se podría decir que aquí es donde empezamos a salir.

"No sé. Creo que voy a pedir patatas bravas, pincho de gambas, tortilla, anchoas, pan con tomate, un montadito de ternera y chipirones. Luego ya veremos si me apetece algo más." Elena enfatiza el "después" y se echa a reír cuando termina de enumerar su enorme lista de pedidos.

"¿Tú tampoco has almorzado?", pregunto riendo.

"¡No, yo sí comí! Y hoy por cierto tuve compañía para almorzar. Estaba en el café, como de costumbre, y apareció Mercedes. Creo que no sabes quién es", dice, sabiendo de antemano la respuesta a su pregunta. "No, claro que no sabes. Va al gimnasio y nos conocimos un día que se torció el pie. La ayudé y acabamos yendo a tomar un café a Lola. Hoy apareció por ahí. Estuvimos hablando sobre mi padre, ella es del área."

No le doy mucha importancia, desde que no decida almorzar con Pilar ya me parece genial. El otro día estaba con su teléfono en la mano y, como por casualidad, llegó un mensaje, de Pilar, decía algo sobre quedar para merendar. ¿Por qué va a merendar con su ex-compañera? Me sentí incómoda, pero no dije ni una palabra. Las cosas entre nosotras andan tan tensas que estoy intentando suavizar y no hacer nada que empeore aún más el ambiente.

"Bueno, voy a comer la mitad de lo que vas a pedir. Por eso puedes pedir más cosas. ¿Lomo ibérico y huevos 'enfadados'? ¿Bebemos un *Pinot Noir*?" Elena asiente con la cabeza de forma convincente, estando de acuerdo con las elecciones.

"¿Te acuerdas? Estuvimos sentadas en aquella mesa allí junto a la pared hace unos diez años..., ¿25 de septiembre?" Es mi turno de buscar su mano que está sobre la mesa. La toco suavemente con la punta de los dedos y ella pone la otra mano sobre la mía. Tiene las manos heladas. Aunque mantiene la conversación en un tono ligero y divertido, noto que está tensa.

"Claro. Veníamos del cine. De ese allí en Rambla de Cataluña. Fuimos a ver 'A Roma con Amor'."

"¡Es verdad! Pedimos montones de comida y dejamos casi todo en la mesa."

Recuerdo aquella cena en cada detalle. Me acuerdo de la ansiedad y el deseo. Quería salir de allí, quería estar a solas con ella. Besarla, tenerla en mis brazos, en mi cama.

"Sí, casi no tocamos la comida. ¡Qué desperdicio! Y fíjate que me acuerdo que tenía hambre. Tú en cambio no parabas de insinuarle, y algunas cosas muy directas...", dice irónicamente, "¡Tenías mucha prisa!"

"Como si sólo fuera yo. Tú no querías nada, ¿verdad?"

Me mira a los ojos y baja la cabeza. Mira nuestras manos que siguen entrelazadas, sobre la mesa, "Ni sé cómo llegamos a la habitación. Yo llevaba días planeando qué hacer y cómo hacerlo. Me sentía la persona más feliz del mundo, un amor a primera vista, y, al mismo tiempo, la más infeliz, no podía dejar de pensar en cómo contarle a Pilar lo que estaba pasando."

"¿Cómo puedes decir que fue 'a primera vista'? ¿Por mi parte fue una "primera vista" muy larga! En la fiesta de cumpleaños de Antonio, miré hacia la puerta y tú entraste en la sala como una

diva. Lo único malo es que Pilar venía contigo. No tenías dudas de que todos te miraban. Nunca olvidaré esa primera imagen. Tenías el pelo recogido con gel y un vestido largo azul, con la falda abierta por un lado, que dejaba ver la pierna casi hasta el muslo. Esa noche nunca me miraste. Hablamos un poco durante la cena, ¿te acuerdas? Me preguntaste qué hacía yo y dónde había estudiado. Pero luego empezaste a hablar sobre Cataluña y te perdiste en una retórica interminable con el hermano de Antonio." Mientras hablo, ella sonrío mostrando que se acuerda tan bien como yo de aquella noche.

"Cuando acabó la fiesta, te fuiste con Pilar y yo aproveché para preguntarle a Antonio quién eras. Me dijo que eras colega de Mari Carmen. Yo estaba fascinada. Quería saberlo todo. Y todo lo que conseguí fue que me dijera que estabas comprometida. No te imaginas el esfuerzo que hizo falta para convencerlo de que nos invitara a las dos al partido del Barça, sin levantar sospechas. Nunca te conté esta historia. Fue un secreto bien guardado durante todos estos años", digo, bebiendo un poco de agua. "Antonio no quería. Insistí tanto, pero tanto, que lo convencí. El gran partido Barça-Real Madrid, y el Real se fue con la victoria y casi campeón. No es que le prestara mucha atención al partido..."

"¿En serio, Charlotte? ¿Fuiste tú quien le pediste a Antonio que nos invitara? De hecho, ¡siempre me pareció raro que estuvieras en el partido! ¡Ni te gusta el fútbol! ¡Ahora lo entiendo! Me siento halagada de haber sido el motivo para que fueras a un estadio."

"Pensé que había tenido mucha suerte, fuiste sola y nos sentamos una al lado de la otra. Me acuerdo que pasé el partido llenándome de valor para invitarte a tomar una copa. Pero antes de que me diera tiempo, te despediste y dijiste que tenías que volver a casa, que Pilar estaba enferma."

Nos interrumpen con la llegada de la comida. Son tantos platos y platitos que casi no se puede poner todo sobre la mesa. Elena ataca de inmediato las patatas bravas. Come con gusto, dos a la vez, quedándose con los labios manchados de salsa. Se limpia la boca con la servilleta y me hace una amplia sonrisa, con hoyuelos en las mejillas, recordándome por qué me enamoré de ella.

Elena

Sigo los recuerdos de Charlotte sobre el día que nos conocimos y rememoro la fiesta de Antonio. Ese día yo estaba muy cansada, había trabajado hasta tarde y no quería ir. Pilar insistió. Ni me había fijado en Charlotte hasta que nos quedamos juntas en la mesa durante la cena. Su acento fue lo primero que me llamó la atención. Cuando la miré mejor vi lo que hasta entonces me había pasado desapercibido. Era una mujer sensual, de una belleza singular. No pude evitar sentir atracción. Procuré disimular, pensar en otra cosa y centrar mi atención en la conversación con el hermano de Antonio. Ella y yo casi no hablamos.

Cuando Antonio me llamó para invitarme al partido del Barça me entusiasmé muchísimo. No tenía idea de que ella también iba. Cuando me di cuenta, estaba sentada a su lado. Nuestras piernas se tocaban. Podía oler su perfume. Toda esa emoción y mezcla de sentimientos me confundió. Pilar se había quedado en casa indispuesta. Cuando terminó el partido, me despedí rápidamente y volví a casa tan pronto como pude. Allí estaba mi seguridad, mi vida. Conocer a Charlotte hizo tambalear mi estabilidad. Las ganas imperiosas de saber más sobre ella se sobreponían al más básico sentido común, y supe, casi de inmediato, que algo podría pasar entre nosotras.

Meses después del partido, la reencontré en el cumpleaños de Mari Carmen. Pilar estaba entretenida con un grupo de psiquiatras amigos nuestros. Hablaban animadamente y bebían bastante. Yo me quedé en el balcón fumando. Cuando me di cuenta, a mi lado, en silencio, estaba Charlotte. Le ofrecí un cigarrillo. Lo rechazó. Pero fue la excusa para empezar una conversación que duró hasta altas horas de la madrugada. Intercambiamos teléfonos. Esa madrugada recibí un mensaje que decía: "¿Qué tal cine y cena el próximo martes? ¿Cervecería Catalana y nueva película de Woody Allen? ¡Yo invito!"

"Querida, casi no has comido nada. Yo ya devoré más de la mitad de las tapas. ¿Estás bien?", pregunto entre bocados.

"¡Sí! Estaba mirándote, comer y sonreír, y pensando que fue por momentos como este que me enamoré.", diciendo esto, inclina su cuerpo hacia mí y me da un beso, haciendo que su lengua toque la mía.

"¿Eso es una invitación?", pregunto con malicia. Enseguida, y sin darle tiempo a responder, continúo la conversación, volviendo atrás. "¿Por qué dices que no fue "a primera vista"? Mi corazón se tambaleó en el momento en que te miré de verdad." Charlotte come despacio y va bebiendo pequeños sorbos de su copa de *Pinot Noir*, ya casi vacía. "No te imaginas lo difícil que fue decidirme a ir a verte aquella noche. Sabía que no habría vuelta atrás. Cuando sucediera yo no sería capaz de no contárselo a Pilar. Por eso, en mi cabeza, ceder al deseo de estar contigo era renunciar a mi relación con ella. ¿Ves? ¡Ganaste! ¡Y ganaste siempre, a partir de ahí!"

"¿Cómo está Pilar? ¿Has hablado con ella?", pregunta, aparentemente con inocencia.

"No sé. No he hablado con ella en algún tiempo." Charlotte no hace más preguntas. Pero me mira como si supiera algo que yo no sé.

Yo estuve con Pilar hace dos semanas. Seguimos entendiéndonos bien. Fueron muchos años hablando el mismo idioma. Si por un lado nunca fue una relación muy intensa, por otro, siempre hubo una enorme complicidad. Tal vez haya sido más una amistad colorida que un gran amor.

"No vamos a hablar de Pilar. Esta noche es sobre nosotras. Me gusta mirar alrededor y ver que por aquí casi nada ha cambiado", digo girando la cabeza de un lado a otro. "Me gusta cuando cuentas historias de los tiempos en que suspirabas por mí. Hace poco ibas muy bien lanzada

recordando nuestra cena, pero te detuviste antes de tiempo..."

Sólo la estoy provocando. Al oír mis palabras finge estar enojada y hace una mueca. "Ah, no te olvidaste, ¿entonces!", continúo, "¿Te acuerdas de salir de aquí casi corriendo? Fuimos abrazadas por la calle como si no pudiéramos separarnos por nada en este mundo. Cuando abriste la puerta dejaste caer el abrigo y todo lo que traías en la mano, me empujaste contra la pared y te pusiste frente a mí. Quedamos tan cerca que juraría que podía sentir tu corazón latir."

Me detengo para evaluar el efecto de mis palabras. Ella me mira fijamente. Tiene el codo apoyado en la mesa y la mano apoyada en la barbilla. La boca está entreabierta dejando que uno de los dedos toque los labios. Cuando dejo la copa, interviene: "¡Continúa! Por favor, no te detengas. Quiero saber de qué te acuerdas de esa noche..."

Su voz transmite urgencia. Yo sé cómo este tipo de conversaciones la excita y eso me excita a mí. Continúo: "Sentía la pared en mi espalda. Casi no me podía mover con la fuerza de tu cuerpo contra el mío. Recuerdo que el deseo aumentaba y las rodillas flaqueaban. Sentí tu boca rozar mis labios, y tu lengua tocar apenas la mía, para alejarse enseguida. Lamiste mi oreja y murmuraste bajito. Con cada palabra me perdí. Cuando finalmente decidiste que ya bastaba de tortura, mi cuerpo ya necesitaba muy poco. Pero tú tenías un plan. Lo querías todo y que el "todo" fuera "tanto", que yo no pudiera, después de eso, tener ninguna duda. ¡Admítelo! Han pasado casi diez años, ¡puedes decírmelo!"

"¡Es verdad! Al menos en parte. Sabía que estabas con Pilar. Yo te deseaba mucho, muchísimo. Y no sólo por un momento. No era sólo lujuria, no era sólo placer. Te quería conmigo. Aquella noche pensé que era mi oportunidad. Si después de todo no hubieras tenido la certeza de que valía la pena luchar por mí, entonces tal vez debería rendirme y no perturbar tu relación. No es que hubiera sido planeado. Era sólo seguir los impulsos y no parar a pensar."

La llegada de la cuenta nos interrumpe. Charlotte continúa más o menos en la misma posición, no resisto provocarla y agrego: "Hoy, no espero nada menos que aquella noche..."

CAPÍTULO 8

6 de febrero - Caja roja

Charlotte

Entramos a casa. Durante el camino, Elena me hizo prometer que cuando llegáramos tocaría para ella. El piano siempre me recuerda a París. Mi madre, sus manos sobre las mías, cuando estas eran aún tan pequeñas que tenían dificultad en presionar las teclas con suficiente fuerza. Leo, intentando tocar conmigo a cuatro manos. Mi padre, que nunca pudo tocar nada, sentado en el sofá, aplaudiendo cada acorde, por más desafinado que sonara.

Me siento y toco Rachmaninoff. Es una obra que conozco bien y sé que a ella le encanta. Me olvido de todo, mis dedos tienen vida propia danzando sobre las teclas. Elena me mira a mí y a la ventana, acostada en la alfombra azul. Sé que sueña despierta.

Cuando termino, se levanta y me abraza, apoyando el pecho en mi espalda. Me besa el cuello, apartándome el cabello hacia un lado. Sus manos avanzan sobre mis hombros y se deslizan por la camisa hasta alcanzar mi pecho. Aunque la sala está en el más completo silencio, en mi cabeza sigue oyéndose Rachmaninoff. Ella hace girar el banco del piano, sujeta mi rostro entre sus manos y me besa. El contacto de su lengua con la mía me estremece y hace que todos los músculos de mi cuerpo se contraigan en una mezcla de deseo y anticipación.

La sala está iluminada únicamente por las luces del jardín que entran por las puertas de la terraza. Elena sale un momento y regresa poco después con la caja roja en la mano. Sonrío.

Me jala al suelo y quedamos ambas acostadas sobre los cojines que se esparcen por la alfombra. Pone la caja en el piso frente a mí y dice: "Hoy es un buen día para abrir nuestra caja, ¿no crees? ¿Sacamos un papelito?"

No sé qué decir. Esta caja de lata roja fue alguna vez una caja de bombones. Se la regalé a Elena la primera vez que estuvimos juntas en París.

"¡La caja roja! ¡Hace cuánto que no pensaba en ella!", exclamo. Me sorprendo y al mismo tiempo me entusiasmo. Estiro la pierna y paso el pie a lo largo del muslo de Elena.

"Vamos, saca un papel", dice extendiéndome la caja abierta.

Revuelvo los papeles como quien baraja y finalmente retiro uno. Dejo el papel blanco, doblado, apoyado en el suelo a mi lado, sin abrirlo.

"Chérie, es tu turno. No cierres la caja." Elena asiente con la cabeza y vuelve a abrir la caja. Sin mirar, saca un papel. A lo largo de los años fuimos llenando la caja. Ninguna de las dos sabe cuántos papeles tiene ni cuántos ya fueron leídos.

"¿Subimos y abrimos allá arriba?", pregunto.

Ella ignora mi sugerencia, se acerca a mí y pasa la mano sobre mi camisa empezando a desabotonarla. Sus dedos recorren mi piel con la única intención de volverme loca. Ella lo sabe y yo también. "Por favor, Elena, ¡para!... Tenemos papeles para leer, ¿te acuerdas? Si continuas no tendré condiciones..." soy impedida de continuar hablando porque ella introduce un dedo en mi boca. No hay cómo no chupar ese dedo provocador. Retira la mano, lame el dedo y, enseguida, lo desliza sobre mi barriga, dejando un rastro de saliva, que luego complementa tocándome con la lengua en los exactos lugares donde hace segundos estaba su dedo.

Mi grado de excitación aumenta a cada segundo. ¿Cuánto tiempo voy a conseguir retener esta sensación? A ella le gustan estos juegos. Es experta en estirar las cosas hasta el límite... parar y continuar, hasta que ya no sea más posible. Desisto de resistir y me sumerjo en el mar de sensaciones provocadas por su boca, ella continúa hasta oír un grito ronco provocado por un orgasmo que no consigo evitar. "¿Subimos?", pregunta con malicia.

Tengo dificultad en levantarme, pero hago lo que me pide. Lentamente caminamos hasta la

habitación, sosteniendo, cada una de nosotras, un papelito bien doblado en la mano. Enciendo la luz y tiro del edredón hacia atrás, dejando expuesta la sábana de satén negro. Me acuesto sobre la cama, ya medio desnuda, esperando que sea ella quien dé los próximos pasos. Elena elige una música que nos acompañó en los primeros años en que vivimos juntas, un sonido profundamente ligado a nuestros mejores momentos en el apartamento del Passeig de Gràcia. Cuando la música empieza, ella posa el pequeño papel blanco en la mesa de noche, y posicionada en contraluz, desabrocha los botones de la blusa que lleva puesta, pasándola sobre la cabeza, con un gesto final algo teatral.

"¿Puedo leer el mío?", pregunto.

"Sí, lee en voz alta."

Abro el pequeño papel y lo leo en voz alta. Ella sonríe. Vuelvo a doblar el papel. Mi cuerpo se estremece y muestra que volvió a estar listo. Tan listo, tan lleno de deseo, que solo resta saber, otra vez, cuánto tiempo va a aguantar.

Elena

Charlotte está acostada sobre la cama. Solo por la mirada puedo percibir cuánto está excitada. Sin embargo, hoy tengo otros planes, empecé allá abajo, y pretendo continuar toda la noche. Quiero saborear cada momento y darle un poco más, un poco más de lo que le he dado últimamente.

En este último año, sexo y discusiones andan demasiado juntos. Un sexo abrasador, comandado por el deseo, pero también por la rabia y por el miedo. El placer es intenso, pero efímero, y, después, vuelve la misma sensación de soledad que ya existía antes de empezar.

No sé si fue el vino o la magia de los aniversarios, pero hoy durante la cena empecé a pensar en nuestra cajita roja. ¿Hace cuánto tiempo no la abríamos?

Charlotte tiene los ojos fijos en mí, "¡Calma!", digo. Al mismo tiempo que intento, con palabras, contener las emociones de ella, hago exactamente lo contrario con mis acciones. Parada frente a ella, desabrocho el cinturón, lo retiro meticulosamente y lo tiro al suelo. Abro el botón y la cremallera y, con ambas manos, bajo los pantalones. Siento el calor entre las piernas, y el deseo apoderarse de mí.

Paro un instante. "Voy a leer el mío, así nos quedamos sabiendo lo que nos espera esta noche." Sin más, doy la vuelta a la cama y agarro el pedazo de papel doblado que reposa en la mesa de noche. Lo abro y lo leo.

"¿Qué tal si empiezas a quitarte la ropa?" Profiero en un tono autoritario, dando cuerpo a los mensajes escritos en los papeles. Me acuesto sobre la cama, con las piernas ligeramente abiertas y las manos apoyadas sobre el vientre. Ella se levanta, sin decir nada. Mantiene una sonrisa tímida. Sé que está completamente envuelta. Con gestos rápidos se quita la camisa. "Más despacio" ordeno.

Charlotte murmura bajito un pedido de disculpas y continúa su actuación dirigiendo la mirada al suelo, como quien está arrepentida. Luego, vuelve a mirarme a los ojos y prosigue. Se desabrocha los pantalones y se libra de ellos. Ya solo en ropa interior, para y busca entender mis intenciones.

"¡Acuéstate boca abajo!", digo. Ella obedece. Ruedo para quedar con el cuerpo de lado, pegado al de ella, y con la mano le acaricio la espalda y las nalgas por encima del tejido satinado de las bragas. Abro el cierre del sujetador y lo suelto. Continúo deslizando la mano sobre su cuerpo. La piel está caliente y se siente el temblor provocado por la excitación acumulada.

"¡Para, por favor! Si continuas no voy a conseguir controlarme."

Sus palabras tienen el don de excitarme todavía más. "Ni lo pienses", respondo, "Sabes lo que tienes que hacer. No sé cómo, ¡pero vas a aguantar!". Contrariando su pedido, intensifico los movimientos. Paso la mano por fuera y por dentro de las bragas que todavía tiene puestas. Ella queda inmóvil, intentando controlarse. De vez en cuando se estremece con pequeños espasmos, pero vuelve a inmovilizarse. Al cabo de unos minutos interrumpo las caricias, me alejo un poco y digo. "Es tu turno. ¡Desnuda, por favor! Ahora yo soy espectadora." Charlotte entiende el mensaje de inmediato. Finalmente sin bragas, se da la vuelta y empieza a tocar con las manos su propio cuerpo. Mismo con poca luz veo su rostro enrojecerse. A pesar de toda la inhibición que pueda sentir asume el guión dictado por la caja roja y continúa. Es la vez de mi deseo volverse difícil de tolerar. Quiero tocarla, pero, al mismo tiempo quiero disfrutar de este momento de lujuria.

La voz de ella se hace oír: "¡Ahora, por favor! ¡Sabes lo que tienes que hacer!"

Estamos ambas exhaustas, desnudas, acostadas lado a lado, de la mano. En el aire reina un sentimiento de paz, de perfección. Sé que no va a durar. No tengo dudas de que estamos con problemas, pero ahora, en este preciso momento, todo lo que consigo pensar es en el placer que acabo de sentir.

Ella se duerme primero. Estoy cansada, pero la excitación me impide dormir. Despacito me giro de lado, veo la luz de la ventana y el brillo del reflejo del agua de la piscina. Me vienen a la cabeza el café de Lola y la voz de Mercedes en mi espalda "¿Quieres compañía para almorzar?". ¡No, no puede ser! ¿En qué persona me estoy convirtiendo?

CAPÍTULO 9

9 de febrero – Solo en medio de un huracán

Charlotte

"¿Jean-Luc?! Hola, ¿cómo estás? ¡Qué sorpresa!"

"¡Bonjour Chérie! ¿Comment vas-tu? ¿Cómo está Elena?" Su voz suena cansada.

Jean-Luc es el amigo que más echo de menos. No es que hayamos dejado de hablar, pero la distancia impone siempre cierto alejamiento y hablar por teléfono no es igual a estar sentada en un café de París, sabiendo que al día siguiente, a la semana siguiente, podemos volver a hacer lo mismo.

De inmediato él continúa: "Perdona por llamar así, ¿tendrías un minuto? Hoy te necesitaría aquí a mi lado".

"Claro que sí, los minutos que necesites. ¿Qué pasa?" Guardo el documento que estaba leyendo, y me recuesto en la silla, estoy segura de que pasó algo grave. "Pareces preocupado. ¿Estás bien?" Jean-Luc es de las personas más calmadas que conozco, pero hoy el tono de su voz revela inquietud.

Sin más, va directo al asunto. "Lo agredieron, Charlotte. ¡Lo agredieron y la culpa es toda mía!" Las palabras son interrumpidas por lágrimas y sollozos, y durante unos instantes no dice nada más.

"¿Qué pasó, Jean-Luc? ¿Fue Pierre el agredido? ¿Él está bien?"

"No sé qué hacer. Las cosas se están yendo completamente fuera de control, yo le digo que está todo bien, pero en realidad no está nada bien".

"No consigo entender, ¿qué pasó? ¿Dónde está Pierre?"

"En casa... Pasó una noche en el hospital, pero ayer al final de la tarde vino a casa. Es horrible, tiene la cara toda marcada, tiene dolores por todos lados, en el pecho, en la espalda. Afortunadamente, no tiene nada roto".

"¿Qué pasó? ¿Fue un asalto?" Voy preguntando siempre lo mismo, no consigo juntar la información que él va dando y no entiendo qué pasa.

"No, ya te dije, la culpa es toda mía", repite, antes de proseguir, "Anteayer, hubo un mitin, aquí en el centro. El jefe de campaña creyó que podía ser bueno que apareciéramos juntos. Pierre no quería, yo insistí, y él acabó cediendo. Las intervenciones se sucedieron y el ambiente se fue poniendo cada vez más tenso. Había un grupo de manifestantes que se hartó de gritar contra el matrimonio de personas del mismo sexo, nos insultó de todo. Durante el mitin estuvimos siempre protegidos. Claro, estaba la policía, y había montones de gente, personas que nos apoyaban y aplaudían. Cuando acabamos, yo tenía que volver a la sede del partido, pero Pierre no quiso ir y decidió volver a casa a pie. Nadie anticipó..., no sé..."

"Homofobia, ¿es eso lo que estás diciendo?"

"¡Estoy harto! No vale la pena, no vale la pena luchar así, no cuando su vida es puesta en riesgo".

"¿Qué pasó, al final?", pregunto sin contener mi incredulidad.

"Pierre se niega a hablar sobre el asunto. Por lo que conseguí entender hasta ahora, un grupo de hombres, creo que de esos que estaban en el mitin, lo siguió. Él no se dio cuenta de nada y, como suele hacer, acortó camino y atravesó el parque cerca de casa. A esa hora está oscuro, no hay casi nadie. Empezaron con insultos y amenazas y acabaron golpeándolo a puñetazos y patadas. Solo no fue peor porque fueron interrumpidos, se asustaron y huyeron".

No puedo creer lo que estoy oyendo. Nos hartamos de ver estas historias en las noticias pero, en realidad, nunca pensamos que pueden sucedernos a nosotros.

"Llamaron a la policía. Pierre acabó yendo en ambulancia al hospital. Cuando yo me enteré ya lo

habían atendido y ya estaba en la habitación. Imagina mi pánico, no sabía qué hacer, qué decir, solo tenía ganas de llorar y huir de allí".

"¿Y la policía?"

"La policía dice que no puede hacer nada. Pierre no los puede identificar, nadie vio, no había cámaras, en fin, la letanía de siempre, y quedarán impunes".

"¿Y ahora?" Intento digerir todo lo que Jean-Luc acaba de decir. Es tan brutal, tan sin sentido, que no sé cómo procesar la información.

"No sé. Ayer por la noche conversamos, yo ya había tomado la decisión, voy a desistir, no vale la pena..."

"No digas eso, alguien tiene que luchar".

"Tal vez, pero no así".

Jean-Luc hace una larga pausa, lo oigo suspirar y me doy cuenta de que está llorando.

"Pero ya no importa lo que yo quiera. Él ya había tomado todas las decisiones. Vino con una conversación sobre que las cosas entre nosotros no están bien, y eso no es solo de ahora. No te imaginas cómo me sentí con él diciendo todo aquello, y la única cosa en la que yo conseguía pensar era en la cara morada e hinchada que estaba ahí mismo frente a mí. Fui yo".

"¡No fuiste tú! ¡La culpa no es tuya! ¿Pierre quiere separarse?", pregunto con miedo.

"Tampoco sé. Por ahora dice que quiere ir seis meses a Nueva York. Solo".

"Ahora que lo mencionas, cuando volvimos de Courchevel, Elena comentó algo sobre una invitación para una residencia en una escuela de danza en Estados Unidos, ¿es eso?"

"Sí. Aparentemente habló con Elena, pero no conmigo. Y ahora es una decisión tomada, y yo no tengo nada que decir. No importa lo que yo quiera, no importa lo que yo piense. Dice que está decidido y que se va a fin de mes".

"No puedo decir que sé lo que estás sintiendo, pero comprendo que te sientas mal". Recupero algo de calma e intento distanciarme de la situación lo suficiente para poder ayudar a Jean-Luc.

"En este momento no hay mucho que pueda decir para ayudarte. Tienes que intentar entender, en el fondo, en el fondo, qué es lo que más te incomoda, y empezar por ahí. ¿Es lo que pasó? ¿Es la ida de él a Estados Unidos? ¿No quieres postularte? ¿O estás simplemente enojado?"

"Me siento solo en medio de un huracán. Oye, yo sé que estoy siendo tremendamente injusto con él. Él sí, ha estado solo y fue él quien fue agredido. Pero eso no hace que me sienta mejor". Jean-Luc habla a borbotones, a veces demasiado rápido, otras haciendo pausas como si necesitara elegir las palabras. "Ayer, cuando empezó a hablar pensé que iba a decir que quería el divorcio. Y te digo, si fuera el caso, yo me iba a quedar desesperado, pero no sorprendido. Esto de la campaña, de las elecciones, es todo muy bonito pero el precio es alto. Demasiado alto".

Nos quedamos conversando durante algún tiempo. Cuando finalmente cuelgo me siento triste, más que triste, indignada. ¿Cómo pueden seguir sucediendo cosas como esta?

Pasaron cinco días desde que Jean Luc me llamó. Le envié mensajes y me fue respondiendo con pocas palabras. Miro el reloj, son las diez, puede ser que atienda. El teléfono casi no da señal de llamar cuando oigo su voz.

"Qué bueno que llamaste, estaba por llamarte. Ya sabes cómo es, los días van corriendo, y acabamos por no hacer las cosas realmente importantes".

Le pregunto cómo está él y cómo está Pierre. Me explica que nada cambió en estos días. Su voz no transmite la desesperación de la conversación anterior, suena más calmada, más el prototipo del ponderado Jean-Luc.

"¿Qué vas a hacer? Él ya decidió".

"Hemos discutido todo el tiempo. De repente, parece que todos los problemas saltaron sobre la

mesa. En serio, no me imaginaba que hubiera tanta cosa por decir, heridas antiguas, reclamos, ¿cuándo nos alejamos tanto? Tengo noción de que ya dijimos tanta cosa que no debíamos y que no queríamos. Pero al final nada cambió, él ya decidió, parte el día 28".

"Puede ser algo bueno. Les da tiempo para pensar, para dejar que la situación se calme", respondo sin mucha certeza de si creo en lo que estoy diciendo. "¿Tú realmente vas a desistir de las elecciones?"

"Las elecciones son de aquí a nueve meses. En mayo están las primarias, ahí sabré si yo soy el candidato del partido. Si yo gano esas, lo que es un enorme "sí", ahí entonces empieza la carrera de verdad. La candidata del principal partido de la oposición es muy fuerte. Puede llegar a ser la primera mujer presidente de Francia. Sería curioso que disputáramos la misma elección". Por primera vez, Jean-Luc ríe, ante esta posibilidad.

"Me gustaría mucho que no desistieras, pero entiendo si lo haces".

"Gracias, Chérie. ¡No sabes cuánto te echo de menos! Tienes razón, no tengo alternativa. Puedo intentar ir allá en sus años, tal vez consiga una semana de vacaciones", Jean-Luc suspira tan profundamente que me hace suspirar también. "Cambiando de tema, el otro día no te pregunté nada pero he estado pensando, cuando volvimos Pierre comentó que Elena le había parecido muy alterada, la palabra que usó fue mismo "perturbada", ¿ella está bien?"

"No", respondo sin pensar. "Esto del embarazo..., de repente es el único asunto de nuestras vidas, se apodera de todo, está presente en cada conversación. Ella tiene prisa. Tiene mucha prisa. Quiere volver ya a la clínica y hacer un intento más. No puede, son nuestros últimos embriones. ¿Qué pasa si ella no..." Trago en seco y no termino la frase. "No sé si nuestro matrimonio lo resistiría".

"No sé si ella no tiene razón. Por lo menos lo intentan, si no funciona empiezan a pensar en alternativas". Hace una pausa y deja un silencio entre nosotros. "Charlotte, perdona que pregunte... ¿tienes la certeza de que quieres tener hijos? ¿Tienes la certeza de que quieres que Elena se embarace?"

"¿¿Cómo puedes cuestionar eso?!" interrumpo, elevando el tono. "¡Tú sabes que yo estuve ahí! Estuve a su lado en cada momento. Hice la porquería de los tratamientos todos. ¿Tienes el coraje de decirme que no quiero que ella se embarace?", prosigo, a los gritos.

Él tocó la herida y lo sabe. "Calma, Charlotte. ¡Calma! Deja de gritar y escucha. No estoy diciendo que estés boicoteando el proceso de forma consciente. ¡Claro que no! Yo sé que estuviste ahí, y que hiciste todo lo que era necesario. Sé que pasaste un mal momento y que ni así retrocediste. Yo sé todo eso".

Vuelvo a hablar por encima de él: "Si sabes todo eso, ¿cómo puedes cuestionar si quiero que ella se embarace?"

"No es nada de eso", su voz denota algo de impaciencia, "Lo que te estoy intentando decir, pero que tú no quieres oír, es que no creo que, en tu interior, quieras ser madre. Por lo menos no ahora. ¡Pero Elena quiere! ¡Quiere mucho, y ya hace mucho tiempo!"

Me recuesto hacia atrás en el sofá, sé que él tiene razón. Es difícil de oír principalmente porque es verdad. Yo nunca quise tener hijos. ¡¿Un hijo?! Voy a vivir el resto de la vida aterrorizada con miedo de perderlo.

Después de una eternidad en que ninguno de nosotros dice nada, soy yo quien vuelve a hablar: "¿Qué hago? No sé si tengo más miedo de tener un bebé o de perderla si no lo hago..."

"Tienes que conseguir tener una conversación franca con ella", dice.

"Nunca consigo ser tan transparente como quisiera, nunca consigo hablar con ella como estoy hablando contigo ahora. Tú estuviste ahí, estabas a mi lado, sufriste conmigo, puedes

entender..." Sé que estoy mezclando asuntos, pero los sentimientos son así, matizados y enredados unos con otros.

"Vas a tener que conseguirlo, sino acabas por entrar en una situación que va a tener consecuencias para el resto de tu vida".

Sin fuerza para continuar, corto el tema: "Voy ahí a París, dentro de tres semanas. ¿Combinamos cenar? ¿Será que puedes reservar un espacio de la agenda de candidato para una vieja amiga?" interrogó.

"¿Eso es pregunta que se haga?! En realidad ni sé si dentro de tres semanas aún seré candidato. Pero, hablemos de cosas serias, ¿dónde quieres ir a cenar? ¿Quieres ir a casa de mi madre?" Jean-Luc sabe cuánto me gustan sus padres.

"Voy a estar en un congreso con Gui, Paco y Alicia. Los conoces a todos, a todos menos a Alicia".

"Ellos son fantásticos. Excelente compañía. Y Paco, Paco es un pedazo de mal camino. Ahora que voy a quedar solo quién sabe..." El comentario es irónico. Es evidente cuánto sufre con todo lo que está pasando.

"Finjo ignorar la observación y prosigo: "Alicia llegó hace poco tiempo de Brasil, ganó el Premio Bertha Lutz, ¿sabes lo que es? Ella tiene una determinación y una energía contagiantes, es el vigor de la samba. Ni te imaginas..."

"Hmmm... estás muy entusiasmada con la nueva becaria", interrumpe Jean-Luc. "¿Cómo se llama? ¿Alice?"

"Alicia. Sí, estoy entusiasmada, pero no es nada de lo que pasa por esa cabecita maliciosa. Estoy emocionada por tener a alguien en el equipo que ve la vida desde una perspectiva diferente. Trabajó en la Amazonía, ni te imaginas las historias. El otro día, estábamos conversando en el Park Güell, y me explicó la organización familiar en una de estas comunidades. No tiene nada que ver con aquello que conocemos o con los supuestos que nos enorgullecemos de asumir. Me sentí tan pequeña, tan desinformada."

"¿En el Park Güell? ¿Qué estabas haciendo con ella en el Park Güell? ¿Ahora das clases al aire libre?" Con su aire de buen chico, Jean-Luc consigue ser de lo más sarcástico. "Vamos, soy yo quien está aquí... dime, en serio, ¿qué pasa entre tú y esa becaria?" Pronuncia las palabras lentamente, dando a entender todas sus segundas intenciones.

"¡Nada! ¡Nada de nada!", me apresuro a responder.

"Charlotte, ¡cuidado! Yo conozco los síntomas, y hablo por experiencia propia. Ya conocí a más de una decena de becarios que trabajaron contigo y nunca te oí hablar así de ninguno de ellos. Cuando nos sentimos solos, enredados en problemas, buscamos escapes. Personas nuevas y atractivas suenan a un óptimo remedio."

"¿Estás hablando de mí o de ti?", pregunto.

"¡De los dos! Nunca le dije esto a nadie, ni a ti, ni a Pierre. Hace un año, entró un nuevo asistente para mi despacho. Había vivido los últimos años en Estados Unidos y desbordaba eso que describes como la energía de la juventud. Tenía la magia de lo desconocido. Trabajamos juntos muchas noches, y a veces salíamos a cenar. Él me contó su historia, primero en Barcelona, después en San Francisco. Bebía mis palabras como si pudiera aprender mucho en cada una de ellas. Me hacía sentir tan inteligente, tan respetado. Yo, por mi lado, me gustaba la vida de un San Francisco distante..."

"¿En serio? No tenía idea... ¿Qué pasó?"

"Un día nos quedamos trabajando hasta tarde, ya toda la gente se había ido, cenamos allí mismo, en el despacho. Comimos pizza, bebimos una botella de vino y, cuando me di cuenta, lo estaba

empujando contra el escritorio, poniendo las manos dentro de sus pantalones y besándolo. Imagina lo que siguió. Fue un buen orgasmo que le costó el empleo y me dejó con un peso en la conciencia hasta hoy. No volvimos a hablar. Al día siguiente pidió la dimisión alegando asuntos personales y se fue en menos de una semana. Por eso, ten cuidado."

CAPÍTULO 10

24 de febrero – Huir a Nueva York

Elena

"Hoy, la tarde fue dura. Vi a cuatro pacientes en poco más de dos horas. Una de ellas, una primera consulta, una chica de 16 años con cuarenta kilos y un metro setenta. Venía con sus padres. Me dio pena por ellos. Estaban blancos como la pared, con ojeras de quien no duerme hace días. La historia de siempre, excelente alumna, hace gimnasia de competición desde los 9 años, hasta que, hace unos meses, la madre comenzó a notar reacciones extrañas. Agresividad, cambio de hábitos, la chica, que adoraba cocinar, dejó de querer estar en la cocina, dejó de querer estar en la mesa, empezó a llevar la comida a su cuarto y a comer, o no comer, sola. El padre estaba tan culpable, ni te imaginas... Su mayor remordimiento era no haberse dado cuenta de nada, haber desvalorizado lo que pasaba justo frente a sus narices. Terminaron siendo los profesores los que dieron la alerta. No hay duda de que es anorexia. Pero, ¿cómo explicarles eso a esos dos sin hacerlos sentir como los peores padres del mundo? Di mil vueltas para convencerlos de que no podían haber hecho nada, de que no dependía de ellos. La chica va a tener que ser internada." Pierre tiene un vaso de cerveza en la mano y escucha atentamente mi descripción. Llegó hace poco, directo del aeropuerto.

"¡No podría hacer tu trabajo!", exclama.

Sonríó y lo miro. Está más delgado, y alrededor de uno de sus ojos todavía se distingue una sombra morada que no deja olvidar lo que pasó.

"Bueno, ahora que ya hablé bastante, ya te conté unas historias, ¿vas a querer decirme algo? ¿Qué te dio por aparecer aquí de repente? ¿Viniste a saber noticias de mi día, a beber una cerveza? No es que no esté contenta de verte..."

"No puedo dormir, no puedo trabajar, no puedo hacer nada. No aguanto más".

"¿Jean-Luc?", pregunto perpleja.

"No puedo dejar de sentir que la culpa es de él. Lo sé, sé que es injusto. Sé que él no hizo nada y que no tiene ninguna culpa. Pero, ¿qué quieres que te diga?, cada vez que miro su cara, me acuerdo de todo otra vez. Aquellos tipos detrás de mí..., escuché los pasos acercarse, primero pensé que no era nada conmigo, que simplemente iban pasando, pero, de repente, me di cuenta de que estaban detrás de mí. Oía las risas, los comentarios, las amenazas, oía las botas raspando el suelo. Entré en pánico, aceleré el paso. Miré alrededor buscando ayuda, pero no había nadie. Empecé a correr. Fue en ese momento que las cosas se precipitaron..." Pierre deja de hablar, levanta la cabeza y me mira. Tiene lágrimas cayendo y la desesperación reflejada en el rostro.

"¿Quieres...?"

"Déjame terminar, tengo que contarte, tengo que hablar con alguien o voy a explotar".

Asiento con la cabeza y no digo nada.

"Eran cuatro. Claro que cuando empecé a correr, ellos hicieron lo mismo. Obvio que me alcanzaron en menos que nada. Me rodearon y, sin dejar de reír nunca, empezaron a empujarme de uno a otro, como si yo fuera un muñeco. Reconocí a uno de ellos, suele estar en el gimnasio del barrio, cuando voy a entrenar al final de la tarde. Es un tipo musculoso, engreído, pero que siempre me pareció cuerdo y amistoso, nunca diría que podía ser peligroso. Me quedé en silencio, intenté contener las lágrimas, pero eso sólo sirvió para provocarlos. Gritaban insultos, amenazas contra mí y contra Jean-Luc. Vociferaban que, si nadie hacía nada, ellos no iban a dejar que un "marica" se postulara a la presidencia. Debían haber bebido bastante, el olor a alcohol era muy intenso. Uno de ellos me agarró con fuerza, me sujetó los brazos, y incitó a los demás para que, en sus palabras "hicieran lo que tenían que hacer". Yo no los podía ver bien,

pero uno de los más jóvenes, se acercó de inmediato al frente. "Vamos a eso, tal vez aprendas algo", gritaba mientras me abría los pantalones, al mismo tiempo que hacía lo mismo con los suyos. Entré en pánico, grité, le imploré que parara, pero de nada sirvió. Nunca había sentido tanto odio, tanta rabia. Lo habrían hecho si hubieran tenido tiempo. De la nada, escuché voces y ruido de pasos. Ellos pararon. El tipo del gimnasio, que parecía ser quien comandaba, dio una orden: "¡Basta! Vámonos. ¡Déjenlo!" Los otros me soltaron, me dieron unos cuantos puñetazos, haciéndome caer y, ya en el suelo, algunas patadas más".

"¡Qué horror!", exclamo, arrepintiéndome inmediatamente por no haber sido capaz de contener las palabras. "¿Le dijiste a la policía que habías reconocido al menos a uno de ellos?"

"No".

"¿Cómo no?"

"No. Tengo miedo. La policía no va a hacer nada. Él me conoce, conoce a Jean-Luc, y nunca más tendremos paz. Sólo quiero salir de aquí y fingir que esto nunca sucedió. Tampoco le conté a Jean-Luc. Él sabe que me golpearon y nada más, es mejor así".

"¿Y la solución es huir a Nueva York?"

Pierre empieza a hablar de nuevo: "¡No aguanto más la situación en casa! No se puede tener una conversación, Jean-Luc no escucha nada. Últimamente casi no me habla y, cuando habla, sólo quiere discutir. Hace un tiempo tuvo el descaro de acusarme de que si perdía las primarias sería por mi culpa. A los gritos reclamaba que yo no lo apoyaba. ¡Yo, precisamente yo!" Sacude la cabeza en un gesto de impotencia y retoma lo que estaba diciendo. "Ahora, claro, cambió todo. Dice que va a renunciar, que yo soy lo más importante. ¡Mentira! Él quiere postularse. Y yo también quiero que se postule, sólo que no puedo estar aquí. Cada vez que me mira, veo pena en sus ojos, veo culpa y frustración. Cada vez que lo miro, me acuerdo de aquella noche".

"Es mucho al mismo tiempo. Para él tampoco debe ser nada fácil. Imagina la presión a la que está sometido, lo que debe escuchar incluso dentro del partido. Sé que no es justo. No pediste nada de esto..."

"No voy a huir, voy a intentar recuperar mi vida. No tiene que ver sólo con lo que pasó, yo tengo que irme".

"¿Cómo así?" De repente no estoy entendiendo el curso de la conversación, ¿será que está pasando algo más que yo no sé?

"¿Te acuerdas que en la nieve te pedí que hiciéramos las pistas azules? No fue sólo para ver el paisaje, en realidad no estaba en condiciones de bajar las otras".

"¿Por qué no dijiste nada?", indago.

"No quise arruinar el fin de semana. No hay nada que hacer, el diagnóstico es claro, una laceración en el menisco y en el ligamento cruzado anterior. Según el médico, por ahora, ninguna de ellas es muy grave, pero con mi profesión la tendencia es a empeorar".

"¿No pueden operar?"

"La cirugía puede resolver, pero también puede acabar definitivamente con mi carrera".

"¿Y Jean-Luc, qué opina?"

"¡Él no lo sabe, nadie lo sabe! Cuando te conté que había sido invitado por Martha Graham, en realidad no fue exactamente así, yo fui quien los contactó y pedí que me recibieran. No voy allá para bailar, voy a trabajar en un proyecto que están empezando en el área de la interpretación. Puede ser la puerta de entrada a un futuro que sinceramente en este momento no tengo". Respira hondo, y se detiene sólo el tiempo suficiente para recuperar el aliento. "Con toda esta complicación de la campaña, elecciones, Jean-Luc que anda destrozado, había decidido no ir. Pero, lo que pasó me hizo cambiar de opinión".

"Te va a hacer bien. A veces los motivos no son los mejores, pero el resultado puede ser bueno de todas formas". Pongo la mano sobre su brazo buscando transmitirle algo de aliento.

"Yo ayer me fui de casa...", susurra.

"¿Cómo así?", pregunto incrédula.

"Me fui temporalmente..., después de la última discusión decidí que no podía quedarme ahí ni un minuto más o iba a decir cosas de las que me iba a arrepentir para siempre. Estoy en casa de un colega, por cierto un colega muy guapo", se ríe con una risa nerviosa, intentando evitar las lágrimas.

"Deberías buscar ayuda".

"¿Un psiquiatra?"

"Sí. Tienes que hablar con alguien. Yo puedo escucharte como amiga, pero necesitas ayuda. Aquello por lo que pasaste no va a desaparecer en el aire sólo porque tú quieras, ni aquí, ni en Nueva York".

"Tal vez. Pienso en eso cuando esté allá, lo prometo".

"Ya verás que en unas semanas van a estar ambos muertos de nostalgia y él va a visitarte".

"Tal vez", responde otra vez, como si la duda fuera lo único que consigue expresar en este momento. "Lo estoy abandonando, cuando más me necesita. Eso es lo que él piensa".

"No te preocupes por lo que él piensa. Nunca se sabe lo que la gente piensa. ¿Nunca consideraste la posibilidad de que él fuera contigo?"

"No, claro que no. Eso no es posible. Él puede ser el próximo presidente de Francia y nada se compara con eso".

Pienso en Jean-Luc y en la forma en que va a resistir todo esto. Para él, Pierre es una garantía, el joven solo en París, cuyos padres lo alejaron cuando asumió ser homosexual. Jean-Luc fue su primer novio, su primer y único gran amor.

Pedimos dos cervezas más. Pierre extiende las manos sobre la mesa y agarra las mías. "Gracias, realmente te necesitaba. Hoy salí temprano en la mañana a dar una vuelta y despejar la cabeza, a medio camino se me ocurrió que lo único que realmente quería hacer era estar contigo. Cambié de dirección, dejé el auto en el estacionamiento del aeropuerto y compré un boleto. En unas horas tienes que llevarme de vuelta", suspira y bebe la mitad de la cerveza de un solo trago.

CAPÍTULO 11

1 de marzo – Congreso de París

Charlotte

Paco, Gui y Alicia vienen en avión. Salieron de Barcelona a las diez de la mañana y ya deben estar aterrizando en París.

El tren avanza a gran velocidad impidiéndome contemplar el paisaje. Estoy contenta por hacer este viaje sola. Necesitaba alejarme de la Universidad y de las discusiones de Isabel. En un análisis más profundo, tal vez no sea sólo de la Universidad que necesito alejarme. La semana pasada volvimos a hablar sobre embarazo..., ya ni entiendo lo que ella quiere, tan pronto dice que quiere intentarlo otra vez, como que deberíamos dejar pasar más tiempo..., no lo entiendo.

Bebo un sorbo de agua de la botella que tengo conmigo y recuerdo el rígido plan de tareas que definí para este viaje. Es una forma de hacer que el tiempo pase más rápido.

Miro el reloj, ya pasaron más de dos horas desde que salimos de Barcelona Sants y aún no hice nada. Últimamente es esto lo que sucede, hago planes, me siento frente a la computadora, y cuando me doy cuenta estoy pensando en otras cosas, muchas veces ni sé en qué, y pasaron horas. Toco el teclado para despertar la pantalla que con el tiempo se apagó, y surge el texto inacabado. Vuelvo al inicio, comienzo a leer, voy escribiendo algunas frases y corrigiendo otras.

Alicia está sentada en el sofá a mi lado. Habla, pero no consigo oír nada de lo que dice, apenas veo los labios moverse. Sonríe y me mira. Poco a poco, como si se moviera en cámara lenta, se aproxima y coloca la mano sobre mi rodilla. Me mantengo quieta, con el corazón a saltos. Está sentada justo a mi lado, inclina la cabeza y junta sus labios a los míos... Despierto súbitamente con un movimiento más intempestivo del vagón. ¿Dónde estamos? Miro el reloj, marca las dos horas. Dentro de muy poco llegamos a París. La computadora permanece frente a mí y la música, en los auriculares, continúa sonando.

Llego sola a la puerta del restaurante. Acordamos encontrarnos aquí, yo, ellos y mi hermana Claire.

Por la tarde, cuando llegué a la habitación me di cuenta de que estaba hambrienta. Al final no almorcé en el tren. Pedí un Croque Madame y un cappuccino. Cuando llevé la taza a la boca no pude dejar de sonreír y pensar en Elena. Cuando terminé de comer la llamé. Todavía estaba en la clínica, pero atendió, y estuvimos conversando unos buenos veinte minutos. Se burló de mí cuando le conté que había dormido durante más de la mitad del viaje. "Me parece genial, descansa bastante mientras estés por ahí. Nada de cenas, nada de copas o noches largas. Guarda eso para hacerlo conmigo, cuando vuelvas." La voz de ella sonaba tranquila. La distancia tiene este efecto... ¡nostalgia! "Dale un beso a Claire. Pregúntale cuándo viene a Barcelona, estoy ansiosa por tenerla acá. Es mi compañera de museos."

Elena adora a mi hermana y el sentimiento es mutuo. "Sí, claro que sí. Vamos a cenar hoy. Mañana el congreso comienza a las ocho, así que hoy volvemos temprano al hotel. Te llamo en la noche para desearte dulces sueños, Chérie."

Entro en el restaurante y los veo inmediatamente, están sentados en una mesa redonda, conversando y riendo. En el mismo instante siento una mano en mi espalda. "Lottie", es la voz de Claire. Me giro y ella está justo detrás de mí. La abrazo, apretándola con fuerza, y la beso varias veces.

"Estás más delgada. ¿Está todo bien? ¿Cómo está mamá, y Simon?" Hablo rápido, y sin que ella consiga responder, la abrazo nuevamente.

Finalmente atravesamos la sala y nos dirigimos a la mesa. Paco y Gui se levantan y nos saludan efusivamente. Cuando llegué, por la tarde, ellos habían salido a pasear. Alicia se queda un

momento sentada, siento que me mira. Después, se dirige a Claire: "Hola, buenas noches. Yo soy Alicia, un placer conocerla."

Mientras comemos, Claire monopoliza la conversación y nos cuenta, con emoción, las últimas novedades del hospital y cómo fue gestionar la pandemia en su apogeo. Después de varias historias, unas tristes otras heroicas, se detiene y dice: "Ah, Lottie, antes de que me olvide, tengo finalmente mi pasantía en Barcelona confirmada para mayo. Voy a quedarme tres meses, ¿crees que puedo quedarme con ustedes? Si no es posible, no hay problema, alquilo un apartamento cerca del hospital y ya está."

"Claro que te quedas en casa, eso ni se discute. Hablé con Elena hace un rato, mandó besos y dice que te está esperando con una lista de museos y exposiciones lista para recibirte. Sabes cómo le gusta cuando estás allá."

Después de Claire es el turno de Alicia de cautivarnos con historias de la Amazonia. Cada vez que habla sobre su viaje yo entro en una nueva dimensión, me dejo perder en pensamientos sobre una realidad desconocida, pero que se va volviendo más cercana a través de sus palabras.

Los días siguientes pasan casi sin darnos cuenta. En el congreso reencuentro a los colegas y amigos que hacía mucho no veía. Todos tienen mucho para decir y el placer de estar juntos parece haber renacido, después de esta larga ausencia.

Mañana tengo mi presentación, hoy quiero ir temprano a la habitación. Alicia insiste en quedarse para ayudarme, pero rechazo vehementemente.

La presentación es un éxito. A pesar de estar contenta, cuando el día termina me siento aliviada. Aunque no lo parezca, estas presentaciones causan siempre algún desgaste. Las piernas me duelen como si hubiera corrido kilómetros, y simultáneamente me siento ligera como hace mucho no recordaba. Contradicciones del cuerpo y de la mente. En un rato vamos a cenar con Jean-Luc y mañana nos vamos, ya ni asisto a las últimas sesiones, el tren parte al mediodía.

Tomo una ducha prolongada con la música sonando bien alto. El agua está caliente, la dejo caer sobre la cabeza y me pierdo en recuerdos. No sé por qué, pero estoy satisfecha de que Alicia y Jean-Luc se vayan a conocer. Quiero saber la opinión de él sobre ella. Cuando abro los ojos, una inmensa nube de vapor invade el baño. Ya atrasada, me visto rápidamente y bajo al vestíbulo. Allá abajo Paco y Alicia me están esperando. "¿Dónde está Gui?", pregunto extrañando su ausencia.

"No se siente bien. Él tiene migrañas y desde la hora del almuerzo está con dolor de cabeza. Insistió en quedarse hasta el final de las sesiones, pero cuando llegamos a la habitación estaba pésimo. Lo convencí de tomar una pastilla y él mientras tanto se durmió. Charlotte, si no te importa, me quedo por aquí, él puede necesitar algo. Pide disculpas a Jean-Luc, me hubiera gustado mucho estar con él. Dile que estoy haciendo fuerza por la victoria."

"Claro, sin problema. Jean-Luc se va a decepcionar. El otro día, cuando hablé con él por teléfono, me dijo que le gustaría verte...", le guiño un ojo a Paco, y no escondo una sonrisa.

Alicia y yo entramos en el restaurante y, pocos minutos después, Jean-Luc se une a nosotros. El camarero que viene a la mesa a traer los menús y las entradas mira varias veces hacia él y, por fin, toma coraje y dice: "Disculpe interrumpir, pero no puedo dejar de decirle que fue un orgullo tenerlo como Alcalde y será un honor aún mayor cuando sea elegido Presidente."

Jean-Luc se sorprende y se ruboriza con la manifestación de apoyo. "Gracias. El orgullo es mío, en poder representar a todas las personas y luchar por una sociedad más justa."

"Pareces un político hablando", comento con ironía cuando el camarero se aleja.

"¡Yo soy un político!" dice, soltando una carcajada de buen humor. La posibilidad de desistir parece haberse disipado.

Alicia está cautivada por él. Le hace preguntas sobre la campaña y sobre el trabajo en el ayuntamiento. Jean-Luc retribuye y se deshace en simpatías y sonrisas, alimentando la conversación sobre Brasil y las cuestiones económicas y sociales que el país atraviesa. Ella habla de forma elocuente, mostrando creencias políticas fuertes y un nivel de conocimiento que yo no anticiparía.

"La política es un arte peligroso. Parece que la elección es siempre entre malhechores. Dictadores, corruptos y, ahora, populistas.". Ninguno de nosotros tiene coraje de responder, o las palabras correctas para argumentar. Alicia habla como sólo quien está dentro de la situación puede hablar.

Antes del café se levanta y va al baño. Aunque quiero mucho saber lo que Jean-Luc pensó de ella, aprovecho el momento a solas para preguntarle cómo está Pierre. La respuesta es corta y evasiva y, como anticipando mi curiosidad, cambia de tema: "Entiendo tu atracción, es linda, es inteligente, y tiene un "algo" difícil de explicar. Voy a decirte una cosa, ella te mira de una manera, que no estoy seguro de lo que puede significar. No sé si es sólo admiración o". Jean-Luc no termina la frase y se ríe, mientras yo fuerzo una sonrisa. "No te olvides de lo que te dije el otro día, puede ser un camino sin retorno.", concluye.

La despedida en la puerta del restaurante es demorada, ninguno de nosotros tiene ganas de terminar la noche. Salimos a la calle y, aun con el frío, continuamos conversando. Por fin, él va hacia el carro y nosotras llamamos un taxi.

"¿Tomamos algo? Es nuestra última noche aquí... ¿Sí? ¡Por favor!". Alicia me mira con una mirada suplicante. Ya bebimos lo suficiente en la cena. Debería subir y llamar a Elena, con la prisa acabé por no telefonarle antes de salir.

"Creo que no..., tengo que llamar a casa." Ella no contesta, pero su mirada tiene una intensidad que me deja vulnerable. "Bebo un café, pero me quedo sólo unos minutos. Estoy tan cansada, me duelen tanto las piernas, que parece que estuve haciendo gimnasia todo el día", me desahogo. Una vez más, tengo plena conciencia de que no es la respuesta correcta. Pero unos minutos más no harán diferencia.

Avanzamos juntas hasta el bar, eligiendo una mesa alejada de la barra. Hablamos de Jean-Luc, de la Universidad, del congreso y del viaje de vuelta mañana. Alicia me muestra fotografías del sobrino, que el hermano le envió esta tarde.

Casi una hora después nos levantamos y nos dirigimos al ascensor. Las piernas me duelen cada vez más, de tal forma que cuando caminamos por el pasillo, me veo obligada a parar a mitad de camino. Me agacho y me froto con fuerza la pantorrilla, es una sensación entre el dolor y el calambre.

"Buenas noches, gracias por el café y por la compañía", digo mientras paso la tarjeta y abro la puerta de la habitación. Avanzo hacia el interior, cuando miro hacia atrás para cerrar la puerta, constato que ella permanece estática en el pasillo. La miro buscando una explicación.

"¿Puedo entrar? Puedo hacerte un masaje. Debe ser de la adrenalina. La presentación de esta mañana fue fantástica, pero imagino que estás exhausta". Sin esperar mi respuesta, entra y cierra la puerta.

Entre el cansancio del día y el efecto del vino, no tengo fuerza para pedirle que salga. Me siento en la cama, me apoyo en las almohadas, me saco los zapatos y cierro los ojos por un momento. Antes de reabrirlos, siento sus dedos en mis piernas. Sentada en el borde de la cama, comienza a masajearme con fuerza en la zona de las pantorrillas. ¡Se siente tan bien! Me quedo en silencio, sintiendo su toque firme, primero en una pierna y después en la otra.

Me sobresalto con el toque de un teléfono. ¡Es el mío! Lo saco del bolsillo trasero de los

pantalones y surge la fotografía de Elena. Es casi la una de la mañana. Me olvidé de llamarla. En un instante evalúo las posibilidades, atender e interrumpir el momento o ignorar la llamada. Opto por la segunda.

"Alicia... deberíamos parar. No es apropiado... estamos aquí... a esta hora... El masaje es genial, pero es mejor que salgas."

"¿Desde cuándo importa lo que es "apropiado"? Es bueno, ¿no?" pregunta, sin retirar las manos.

"Excelente", digo, sin oposición, volviendo a cerrar los ojos. El masaje no alivia apenas los dolores musculares, tiene un efecto mucho más profundo y mucho más peligroso. El problema es que no consigo pedirle verdaderamente que pare.

Las manos de ella van ganando terreno, tocan mis rodillas y suben, extendiendo el masaje a los muslos. Pasean despacio, explorando caminos desconocidos. Los movimientos son hechos con la fuerza justa, pero con una dosis de contención, como si a cada avance ella buscara mi consentimiento. Tengo que decidir rápidamente si voy a dejar que esto continúe o si la interrumpo, dentro de poco no habrá retorno.

El teléfono vuelve a sonar. Es Elena. Suena cinco o seis veces. No atiendo.

Me levanto bruscamente huyendo del contacto con Alicia. Entro en el baño, enciendo la luz y dejo la puerta abierta. Apoyo las manos en la piedra del lavabo quedándome mirando mi reflejo. ¿Qué estoy haciendo? Ella me sigue, entra, y nuestras miradas se cruzan en el espejo. Apoya su cuerpo al mío. Siento su pecho contra mi espalda. Se aleja y me agarra por los hombros obligándome a quedar de frente a ella...

El tren avanza a gran velocidad. Pasamos la frontera hace minutos, dentro de poco llegamos a Barcelona-Sants. Elena me habló tres veces desde que salí de París. Quiere saber si el tren va a llegar a la hora prevista y qué quiero para la cena. Estaba preocupada por no haber conseguido hablar conmigo anoche. Sin dudar, expliqué que había ido a cenar con Jean-Luc, llegado tarde al hotel y me había dormido enseguida. Ella nunca hace muchas preguntas y, por regla general, acepta mis explicaciones.

El vagón se estremece haciendo balancear la taza de té posada sobre la mesa. Tengo menos de una hora para decidir lo que le voy a decir.

La noche pasada fue todo lo que podía ser. Cuando desperté, ya de madrugada, Alicia no estaba a mi lado. Sobre la mesita de noche una nota decía: "Voy a guardar tu sabor hasta que lo pueda sentir nuevamente".

CAPÍTULO 12

5 de marzo - "1982, Cataluña, Reuniones Internas"

Elena

Charlotte vuelve mañana. La echo de menos. A pesar de que los últimos meses han sido difíciles, ella es la mujer que amo. Y, sin embargo, me estoy vistiendo para ir a cenar con Mercedes.

Dudo entre los pantalones de pana con un suéter de lana verde menta y el vestido azul que adoro. Vestirme para cenar es un pequeño placer que últimamente casi no tengo. Según sus palabras, no vamos a ningún lugar sofisticado, quiere probar un nuevo restaurante italiano que abrió cerca de la Sagrada Familia. Ayer, cuando me llamó para invitarme a cenar, fue algo enigmática, dijo que había encontrado algo que quería mostrarme.

Al final opto por los pantalones. Los pendientes de oro, el reloj, el abrigo largo de tela blanca y estoy lista. Es una noche fría. A última hora, decido llamar a un Uber, no me apetece llevar el coche.

Llamo a Charlotte, el teléfono suena varias veces pero va a parar al contestador automático. No sé si hoy hay alguna conferencia hasta más tarde, o si fue a cenar con Jean-Luc.

Entro al restaurante y veo a Mercedes ya sentada. Está toda de negro, pantalones, blazer y camisa, a excepción del pañuelo de seda, donde sobresalen pájaros en tonos pastel de azul y amarillo. Siempre es un poco diferente de sus habituales trajes grises, pienso.

"¡Hola, menos mal que pudiste venir!", exclama mientras me siento.

"Disculpa, me retrasé. No conté con que hubiera tanto tráfico. ¿Llevas esperando mucho tiempo?"

"No. Aproveché y elegí un vino. ¿Puedo pedir que te sirvan?". Diciendo esto hace una señal a uno de los camareros.

"Gracias por la invitación. Me sorprendió, dijiste que tenías algo para mí. Me dejaste intrigada."

"Es verdad", al mismo tiempo se agacha, saca algo del bolso que está en el suelo y pone sobre la mesa un libro con aspecto antiguo. Lo gira hacia mí, y pregunta: "¿Sabes qué es?"

"No tengo ni idea." No es exactamente un libro, es más un informe encuadernado, con aspecto oficial. En la portada solo dice "1982, Cataluña, Reuniones Internas".

"Venga, ¡ábrelo! Lee las primeras páginas", me anima.

Hago lo que me pide. En la primera página un pequeño texto dice "resumen ampliado de las reuniones del gobierno regional y del gobierno central con Juan Carlos Roig, 1980 a 1982". Me quedo estupefacta, sigo hojeando y voy leyendo algunas páginas en diagonal. Se trata de las transcripciones de reuniones de mi padre con varios miembros del gobierno de la Generalitat y del gobierno de Madrid.

"¡Wow!", exclamo sin contenerme, "¿Qué es esto?"

"Después de nuestra conversación, me quedé curiosa. Dijiste que tu padre relataba unas reuniones con el gobierno, pero que tenías la sensación de que podían no haber existido nunca. ¡Ahí lo tienes! Las reuniones no solo existieron, sino que fueron realmente importantes. Este documento forma parte de un archivo oficial y tiene que volver allí. No me preguntes cómo lo conseguí, pero desde que lo encontré solo quería mostrártelo."

"No pensé que te hubieras quedado interesada en esta historia."

Entre tanto llega la comida y ella vuelve a guardar el informe, prometiendo que más tarde me dejará leerlo. Entre bocados los temas se van multiplicando. Me habla sobre las vacaciones que pasó en Faial y me muestra las fotografías que sacó. En una de ellas aparece en camiseta con una copa de gin en la mano.

Lo primero que se me ocurre es "¿quién sacó esta fotografía?". Apoyada por la valentía de un

poco de alcohol de más, interrumpo su descripción: "Debió haber sido increíble. ¿Fuiste sola? ¿Con tu compañero?". De inmediato me siento ruborizar, ya está, no hay vuelta atrás para retirar las palabras. Aun así lo intento, "Disculpa, no tengo nada que ver con eso... Cuéntame más sobre el volcán..."

Ella me mira, tiene un semblante serio y, por momentos, vuelve a ser la mujer enigmática de los foros financieros. No sé si se enojó, pero me siento intimidada. Entonces, su expresión se altera y sonrío. "¡Puedes preguntar! No hay razón para que te sientas avergonzada. Soy yo la que no suele hablar de estas cosas." Me siento aliviada con aquellas palabras. "¿Podemos tomar el café afuera?" me pregunta.

Ya en la terraza me extiende un cigarrillo. Dejé de fumar, pero ignoro el hecho y acepto.

"Primero hice una parada de una semana en Lisboa y después seguí hacia Horta. Me quedé por ahí diez días...". Parece que se ha relajado, se recuesta en los cojines que cubren las sillas y se acomoda el cuello del abrigo más cerca del cuello para protegerse del frío que se siente. "Y, para que quede registrado, fui sola, no tengo compañero." No añade nada más después de esta frase, lo que hace que mi cabeza se llene de más y más interrogaciones.

Voy fumando el cigarrillo lentamente, esperando a que sea ella quien retome la conversación. Parece dudar entre seguir hablando o volver adentro, cortando definitivamente el tema.

"Sabes Elena, creo que nunca he dicho esto en voz alta a nadie, seguramente no a alguien que conozco desde hace pocas semanas. Construí mi carrera a sangre y fuego, en un mundo dominado por hombres y por estereotipos. Para llegar donde estoy tuve que trabajar el doble, tuve que probar que era capaz, mil veces más que ellos, y aun así, cualquier tontería es tema para ponerme en duda." Sus palabras me dejan cada vez más curiosa. ¿Adónde querrá llegar con esta introducción? "La verdad es que no tengo un compañero porque me gustan las mujeres. Pero tampoco puedo tener una compañera, simplemente porque no es compatible con mi carrera..., no de la manera en que yo misma la estructuré." Con esta declaración se calla con la misma brusquedad con la que empezó a hablar. Se recuesta hacia atrás y cierra los ojos.

"¿Qué tal si pagamos y vamos a dar una vuelta a pie? Es una noche preciosa", la urgencia de seguir hablando con ella se apodera de mí. No quiero ir a casa, quiero seguir escuchándola. Pienso en Charlotte. Ya son casi las once y hoy aún no hemos hablado, no me llamó y no atendió el teléfono cuando la llamé. ¿Estará todo bien? Debe estar. La llamo cuando llegue a casa.

Poco después caminamos lado a lado. La calle está bien iluminada y se ven algunas personas que, como nosotras, disfrutan de una sublime noche de invierno.

"¿Te sorprendió?" Mercedes me dirige la pregunta sin mirarme.

"No, ni mucho menos. No es nada en lo que no hubiera pensado." Recuerdo mis 17 años, mi "enamoramiento", y sonrío. "Aprendí, ya hace mucho tiempo, que no debemos intentar adivinar ese tipo de cosas. ¿No es difícil vivir así? ¿Renunciar a tu vida personal para poder tener una carrera?"

"Son elecciones. Nunca he tenido mucho éxito en el amor. Incluso puedo decir que soy un fracaso." Su voz cambia de tono, probablemente atravesada por un pensamiento que no comparte. "Mi carrera profesional en cambio ha estado coronada de éxitos. Cuando la elección es entre el fracaso y el éxito, la decisión se vuelve fácil."

"No puedo creer lo que estás diciendo. Creo que estás manipulando la realidad para explicar tus elecciones. Es difícil imaginar que puedes ser apodada fracaso en lo que sea..., eres una mujer inteligente y seductora." Claro que, si me hubiera parado a pensar, nunca habría dicho lo que acabo de pronunciar.

"Vaya, vaya..., no sabía que me veías así, me siento halagada. Pero créeme, en el amor mi grado

de competencia es lo inverso de lo que ha sido en el mundo profesional. Un día con calma te cuento. Vivo al final de esa manzana", dice apuntando con el dedo a un edificio al otro lado de la calle. "¿Quieres subir y tomar algo?"

Esta vez logro pensar antes de responder: "No, gracias. Tengo que ir a casa de verdad. Charlotte está en París y aún no he hablado con ella hoy. Queda para otro día. Hasta porque me debes una historia."

"Tal vez un día de estos te cuente, pero, para la próxima, quiero saber de ti. Tal vez entienda mejor por qué te gusta tanto ese gimnasio tan poco interesante.", Mercedes termina la frase con una carcajada.

Ya en casa, intento nuevamente hablar con Charlotte. Es extraño, pero sigue sin atenderme.

CAPÍTULO 13

7 de marzo - Separación

Charlotte

"¡No es posible! ¡No puede ser verdad lo que estás diciendo! ¿Estás enamorada de ella? ¡No puede ser! Yo te amo y sé que tú me amas. ¿Qué es lo que pasó? ¡Cuéntame! ¡Cuéntame, por favor!" Ella está fuera de sí, camina de un lado a otro en la sala, frotándose las manos y retorciendo los dedos. No hay una forma fácil de decirle a alguien que ha sido traicionado.

Ayer cuando llegué no tuve el coraje de decir nada. Ella había preparado la cena y montado toda una escenografía, con derecho a música, servilletas de lino, copas altas e incluso velas.

Al final del viaje, me di cuenta de que, más allá de la culpa y el deseo, sentimientos fuertes pero inconsecuentes, mi noche con Alicia me abre una salida. Sé que no puedo mantener la relación con Elena tal como está. Ella quiere tener un hijo y yo... la única forma de no tener miedo es simplemente no tenerlo.

Cenamos un rosbif, asado a la perfección, y bebimos champán. Todo era tan contradictorio, como si hubiera entrado en la película equivocada. Elena intentaba seducirme, quería saber en detalle todo lo que había pasado en el congreso, cómo estaba Claire, Jean-Luc, cómo había sido mi conferencia. Me inundó con preguntas y caricias. Probablemente, si yo no estuviera tan abrumada con mis propios asuntos, me habría dado cuenta de que todo era un poco demasiado.

Perdí el coraje para hacer el discurso ensayado. Le conté cómo había sido el congreso, describí la migraña de Gui y la cena con Claire. Se lo conté todo y escondí lo único realmente importante.

Ella comentó, sin mucho detalle, que había cenado con su nueva amiga del gimnasio y que ella le había mostrado un documento que hablaba de su padre. No insistió en saber por qué no había atendido el teléfono, ni hizo preguntas incómodas. Mantuvo el tono tierno de quien extraña y quiere una noche de amor. Pero eso era demasiado para mí. No hablar era una cosa, pero hacer el amor era otra muy diferente. Inventé un dolor de cabeza, puse la culpa en las horas pasadas en el tren y en el cansancio acumulado de los últimos días. Ella, preocupada, me dio un analgésico y me acompañó hasta el dormitorio: "Duerme bien, mañana despertarás totalmente recuperada, tenemos todo el tiempo del mundo para matar el extrañar". Lo que ella no sabía era que no teníamos todo el tiempo, de hecho, no teníamos nada de tiempo.

Tomamos el desayuno y cuando terminamos le cuento una versión muy resumida de lo que pasó. A pesar de que mis palabras son escasas, son más que suficientes para que ella lo entienda.

"Ya te dije, no hay nada más que explicar. Sucedió. Una cosa llevó a la otra, ella me besó y yo correspondí. El resto no importa".

"¡Claro que importa! ¿Te acostaste con ella? ¿Qué pasó? ¿Fue ella? ¡Cuéntame!" Elena hace preguntas en avalancha sin esperar las respuestas.

"No importa lo que pasó... ¿Quieres la verdad? ¡La verdad es que me siento atraída por ella! ¡La verdad es que me fui a la cama con ella! ¡Listo! No sé cómo empezó, ¡pero tengo que intentar entender lo que estoy sintiendo y para eso tengo que estar sola!"

"¡Tú nunca quieres estar sola! ¡Nunca lo has estado, ni sabes vivir sola! No creo nada de lo que estás diciendo".

"¡Elena! ¡Deja de gritar! No me importa si lo crees o no. ¡Yo voy a salir de esta casa! Tengo que poner la cabeza en orden. Entiendo que esto te tome por sorpresa, pero piensa, nuestra relación no está bien y eso no es de hoy, y no tiene nada que ver con Alicia".

"¿Qué quieres decir con eso? ¿Estás insinuando que es por mi culpa? ¿Vas a decir qué, que te presioné? ¡Soy yo, siempre soy yo! Tú lloras, gritas, haces las mayores escenas, todos estos años y, al final, soy yo quien te presiona. ¡Curioso! ¡Pobre Charlotte!"

"Yo no dije nada de eso. Tú sabes tan bien como yo que hace mucho tiempo que no estamos bien. Ya sé, vas a decir que eso no es razón para que yo esté con alguien. ¡Eso es conversación de psiquiatra! En la vida real, una cosa lleva a la otra. Tenemos que parar... Vamos a darnos un tiempo, vamos a ver qué pasa".

Me levanto y subo al dormitorio, tratando de respirar y decidir qué hacer. En mi cabeza se cruzan los pensamientos más contradictorios. ¡Me gusta tanto ella! Quiero volver a la sala y abrazarla, liberarla del dolor que sé que está sintiendo. Al mismo tiempo quiero irme y no mirar hacia atrás. No puedo pensar con claridad. ¿Será que estoy huyendo? No importa, sea cual sea la razón, tengo que salir de aquí.

Elena

Solo puede ser un mal sueño del que no logro despertar. Sentada en el sofá, miro por la ventana sin ver lo que está del otro lado. Charlotte está arriba en el dormitorio empacando la maleta. Realmente se va de casa. Fui allí, lloré, pedí, supliqué, de nada sirvió. Pocas veces la vi con una actitud tan determinada. A diferencia de lo habitual, no parece nerviosa, está tranquila y racional. No tiene sentido que se haya enamorado perdidamente, al punto de querer irse de casa de un día para otro.

Subo nuevamente la escalera. "Charlotte, para, por favor, deja de hacer la maleta y escúchame". Ella hace lo que le pido y se sienta sobre la cama.

"No hay nada que puedas decirme ahora que me haga cambiar de opinión. ¡Tengo que irme, quiero irme! Sabes adónde voy, si necesitas algo solo llámame, estaré a la distancia de una llamada".

"Hago todo lo que quieras. Renunciamos a toda esta idea de hijos, probablemente tienes razón, no lo vamos a lograr y es solo un desgaste innecesario. Vamos a enfocarnos en nosotras. ¡Vamos a viajar! Podemos aprovechar las vacaciones de Pascua e ir a París, o entonces a Italia, como querías en verano". Me siento a su lado y agarro con fuerza una de sus manos. "Lo que sea que pienses que está pasando entre tú y Alicia terminará, ella está aquí solo de paso. No pasa nada, ya te dije, si necesitas estar con ella para resolver el asunto, hazlo, no me importa". Estas palabras nunca deberían salir de mi boca. Primero porque no pienso así y segundo porque si Charlotte se las tomara en serio ciertamente no resultaría. Mi incredulidad es tan intensa que, en este momento, cualquier argumento es válido para intentar evitar lo inevitable.

Ella se levanta y me mira a los ojos con una mirada que traduce su irritación: "No estás escuchando nada de lo que te estoy diciendo. Me voy de la casa. No hay nada que puedas decir o hacer para evitarlo. ¿Quieres que te diga que me enamoré de Alicia? Lo digo. ¡Quiero estar con ella! Por mucho que te duela, va a ser mejor así. Déjame continuar, me voy al Paseo de Gracia, tú te quedas aquí. Después ya veremos cómo hacer con las cosas, ahora eso no es importante". Mostrando que cerró la conversación, Charlotte vuelve a hacer la maleta sin volver a mirarme.

Sus palabras me cortan el corazón, ella sabe dónde y cómo alcanzarme. Bajo las escaleras corriendo, agarro la llave del auto y la billetera apoyadas en la mesa junto a la puerta y tomo el ascensor directo al garaje. Entro al auto y manejo hasta el gimnasio, sin pensar. Entro en la piscina con un clavado, contrariando el reglamento, y empiezo a nadar lo más rápido que puedo, concentrándome en mi ritmo respiratorio.

No logro aceptar sus argumentos, seguro que hay algo que no estoy viendo. Tal vez lo mejor sea dejarla ir y mañana aparecer en el apartamento, con flores, recordando otros tiempos. Podría llevarle un reloj, siempre es ella quien me mima con regalos, es un buen momento para invertir posiciones. No importa que haya estado con otra persona, fue un momento, un momento sin significado, sigo repitiendo para mí misma.

Nada de eso, ella me traicionó. Ya sea porque se enamoró, ya sea porque está harta de nuestra relación, no interesa, fue deshonesto. Después de años masacrándome con miedos y fantasías, fue ella quien me traicionó. No entiendo, ¿quiere quedarse con Alicia? ¿Y Alicia, qué quiere? ¿Sexo? ¿Poder? Pues bien, que así sea, que disfruten mucho.

Saco la cabeza del agua con una decisión tomada, ¡me voy a alejar!

El pecho me duele y la garganta tiene un nudo tan apretado que parece que nunca más seré capaz de comer, pero va a pasar, ¡siempre pasa!

Otra vez en el auto agarro el teléfono, de inmediato surge la imagen de Charlotte fruto de la última llamada efectuada. Me apresuro a marcar el número de Mari Carmen, tengo que cancelar las consultas de la tarde, no estoy en condiciones de trabajar. Después de una explicación corta, sobre una súbita indisposición, ella me asegura que se encargará de reprogramar mis consultas. Cuelgo y vuelvo a llamar, esta vez a Pilar.

"Necesito hablar contigo. Ahora". Ella se sorprende con mi llamada y me responde algo sobre estar en el hospital y solo salir a las cuatro. Ignoro completamente la información e insisto en que tenemos que hablar ahora. Insisto tanto que la convengo de venir a verme.

Nos encontramos en el café de Lola. Todo lo que logro beber es un café y aun así apenas rozo la taza con los labios, sin ser capaz de tragar. De manera torrencial le cuento todo, no tengo ganas de llorar, ni rabia, solo dolor.

Cuando Pilar se recompone de la sorpresa dice: "Bueno, como mínimo es inesperado. Qué extraño... No anticiparía que Charlotte se involucraría con alguien. Siempre tan controladora, tan posesiva en relación a ti. ¿Quién diría que sería ella quien tendría una aventura?"

"No sé si es exactamente una aventura, a mí me parece más una fantasía, algo que encontró para ocupar un espacio vacío. Tampoco me interesa, no voy a hacerme la psiquiatra. Fui yo quien fue traicionada, no quiero justificaciones, la quiero bien lejos".

"Sabes que puedes contar conmigo para lo que necesites. Estoy y estaré siempre aquí". Pilar me agarra la mano y apoya los labios depositando un beso. "Cuando me dejaste pensé que iba a morir, que no iba a aguantar. Durante mucho tiempo no era capaz de pensar en ti, en nosotras, sin una tristeza profunda. El tiempo fue pasando y los sentimientos fueron quedando más suaves. Te adoro, y eso nunca va a cambiar. No puedo decir que ya no siento nada, pero creo que aprendí a tenerte como amiga".

CAPÍTULO 14

18 de marzo - El dinero no lo compra todo

Charlotte

"¡No es admisible! No podemos quedarnos de brazos cruzados y seguir siendo cómplices de estas cosas. ¡El dinero no lo puede comprar todo! ¿Dónde queda la ética? ¿La moral? Primero fue el cómputo del tiempo de servicio, ahora esto con los becarios, ¿no les parece que ya son demasiados asuntos y siempre con la misma persona?" Isabel habla a gritos, con la agresividad que la caracteriza.

"Por favor..., por favor, mantengan la calma, no podemos exaltarnos. Tenemos que determinar cuál es nuestra posición frente a la investigación que se abrió. Discutir no nos va a llevar a ningún lado." El director del departamento tiene buenas intenciones, pero sus palabras tienen el efecto inverso al pretendido.

"¿Cómo quieres que no nos exaltemos!?" Exclama Arturo, "¡La culpa es toda de ella!", dice mirándome directamente. "Con la manía de que lo puede todo, de que es la mejor, siempre exhibiendo ropa de marca, joyas, coches, y Dios sabe qué más... ¿Qué ejemplo es este para nuestros alumnos!? Y ahora, como si no fuera suficiente todo lo demás, paga a los becarios con su propio dinero... ¡hasta dónde hemos llegado!" Arturo no parece tener voluntad o capacidad para callarse. Me señala con el dedo y prosigue, inflamado de ira: "Deberías dimitir, ¡esto ya fue demasiado lejos! Quién sabe lo que van a encontrar si dejamos que la investigación llegue hasta el final. Por el bien del departamento, e incluso por el tuyo propio, ¡deberías irte! De cualquier manera, y al contrario que nosotros, ¡no necesitas este empleo para nada! Estoy seguro de que ese reloj que tienes ahí en la muñeca vale mucho más de lo que yo gano en un mes."

Me mantengo callada. Cuando la reunión comenzó ya me imaginaba lo que me esperaba. El lunes recibimos un correo electrónico informando que la dirección de la Universidad había dado seguimiento a la investigación sobre la financiación de los becarios. Recibieron una acusación anónima diciendo que yo les pagaba a los becarios para que me hicieran diversos servicios. No decían nada concreto, pero levantaban varias sospechas y dejaban la duda de hasta qué punto se trataba de abuso de poder y favoritismo. Son denuncias extraordinariamente graves.

Puedo jurar que las acusaciones partieron de Isabel y Arturo. Hace unos años levantaron sospechas sobre la validez del cómputo de mi tiempo de servicio, intentando impugnar un concurso. En aquel momento me indigné e hice una reclamación por escrito. El asunto acabó llegando al más alto nivel. Recibí una disculpa de la Universidad, y me pidieron dejar morir el tema. En realidad, tuvieron miedo de que fuera a acusarlos de discriminación. Me quedé callada. En la sala, a mi alrededor, la discusión continúa al rojo vivo. En medio de la confusión, alguien se dirige a mí: "Oye Charlotte, ¿por qué no dices nada?"

"No digo nada porque no tengo nada que decir además de lo que ya saben. Es verdad que adelanté dinero a los becarios para que pudieran ir a Berlín. Pero ese dinero ya fue transferido y la situación ya está resuelta. No veo por qué creen que debo arrepentirme."

"Oh Charlotte, sabes perfectamente que no es el congreso lo que está en cuestión. ¿Vas a decir que es mentira que les pagas para que te ayuden en las clases? Lo que se oye... El otro día estaban comentando que son ellos los que corrigen los trabajos de tus alumnos...", quien habla es uno de los nuevos profesores que se unió a nosotros el año pasado.

"¿Qué? ¿Qué estás diciendo? ¡No puedes estar hablando en serio! O te lo estás inventando, o quien lo comentó no tiene ni idea de lo que está diciendo. ¿Qué te pasa? Desde que entraste tienes una actitud hostil, ¿qué es lo que te incomoda?" Paro para respirar y prosigo: "¿Es que yo sea negra? ¿Es que sea lesbiana? ¿O es simplemente porque soy mujer y no soportas que tenga

un cargo más importante que el tuyo? ¡Venga, asúmelo! ¿Qué es lo que tanto te incomoda?" No puedo oír nada más y quedarme callada. Cuando las cosas empezaron a tomar proporciones más graves hablé con el abogado y su consejo fue claro, "quédate callada, no digas nada, escucha y responde estrictamente a las preguntas que te hagan, dando la menor información posible". Aguanté hasta donde pude.

Isabel interviene: "Quieres desviar la atención Charlotte, quien usa esos argumentos eres tú, no nosotros. ¿Vas a decir que es mentira que le pagas un sueldo a Paco y a Guillermo?"

"Sí, quiero decir, no. Les pago, pero no es para que me ayuden a revisar trabajos, les pago como monitores. Ustedes saben que dejamos de tener presupuesto para monitores de las prácticas, pensé que así podía resolver el problema y, al mismo tiempo, ese dinero les ayuda a mantenerse aquí en Barcelona. Estos chicos tienen mucha dificultad para hacer frente a los gastos con lo que reciben de las becas."

Isabel no desiste: "¡Claro! Eres una bienhechora, ¿cómo es que todavía no lo había entendido! Nada de esto es en causa propia, ¿verdad? Pero, curiosamente, solo contratas a los becarios de tus proyectos."

Inspiro profundamente: "¡Naturalmente! Son las personas que conozco." Pienso en Alicia. Espero que no venga a formar parte de esta conversación.

La reunión se extiende ya más de dos horas. Los argumentos se repiten y nadie da muestras de escuchar a nadie. Finalmente, el director interviene en su tono formal de siempre: "No vamos a llegar a ningún lado, por eso propongo que no haya ninguna posición de consenso, ya que este no existe. Cada uno de ustedes es libre de responder, o no, al correo electrónico recibido. Charlotte, mientras la situación no haya sido aclarada mantienes tus funciones y, por mi parte, eres libre de presentarte a mi puesto en la dirección. Como saben voy a jubilarme a finales de verano, por lo que uno de ustedes deberá sustituirme, el concurso debe abrirse en breve." Dicho esto, pone fin a la reunión no dando margen para que alguien continúe argumentando.

Cuando entro, la sala está helada. La ventana debe haber quedado mal cerrada y acabó abriéndose de par en par. Enciendo la calefacción, cierro los cristales y aprovecho para quedarme contemplando los edificios con sus balcones de hierro forjado. Las casas con las luces encendidas dejan ver su interior. Allá abajo, en la calle, las personas pasan en un frenesí rítmico, digno de un musical de Broadway. Es un privilegio vivir aquí, pero este apartamento me trae millones de recuerdos de ella.

Una vez tomada la decisión hay que seguir adelante, a partir de ahora voy a centrarme en aquello que puedo tener. No veo a Alicia desde que volvimos de París. Me llamó varias veces, no atendí ninguna de ellas, no estaba en condiciones de hablar. Alteré mis clases y, durante unos días, no fui a la Universidad. Cuando regresé me enteré de que ella tampoco había retornado. Habló con Paco y se disculpó con "unas cuestiones familiares que tenía que resolver" nada concreto, pero lo suficiente para que él no hiciera más preguntas y aceptara su ausencia.

Al inicio de esta semana mandé entregar flores, muchas flores, acompañadas por una tarjeta donde le explicaba que me había separado y enviaba esta dirección, aunque no la invitara explícitamente a nada. No agradeció ni respondió a mi mensaje.

El toque del timbre interrumpe mi viaje por la calle a través de la ventana. ¿Quién será? Precisamente hoy, después de aquella malograda reunión no me apetece ver a nadie.

Abro la puerta. "¿Alicia?", mi asombro es grande.

"¿Puedo entrar? ¡Necesitamos conversar!"

Sí, sin duda que tenemos que hablar, pero no hoy, estoy agotada, sin una pizca de energía. No verbalizo nada de lo que estoy pensando y abro la puerta hacia atrás. Ella entra, se quita la

chaqueta, posándola cuidadosamente sobre una de las sillas y se queda de pie mirando por la misma ventana donde, hace minutos, yo completaba la calle.

"Voy a buscar algo para que bebamos", digo, dejándola sola. Vuelvo con dos copas de vino blanco y le extiendo una.

Ella coge la copa, pero no se la lleva a la boca, en vez de eso, la levanta y dice: "¡Un brindis por los encuentros de la vida!"

Levanto mi copa y brindo con ella. Nunca deja de sorprenderme.

"¡Gracias por las flores!"

"Podrías haber respondido..."

"Es muy difícil seguir tus deseos, Charlotte. Primero pasas días sin atender mis llamadas, sin siquiera un simple mensaje. Después, mandas flores..., ¡no consigo seguirte! ¿Qué quieres de mí?"

No se me pasa por alto que abandonó el "Profesora". Suelto la copa y me acerco y, sin pedir permiso ni dar explicaciones, la envuelvo en un abrazo. Su copa, afortunadamente ya vacía, cae al suelo, milagrosamente no se rompe, y rueda hasta la pared. Ella pone los brazos alrededor mío y me aprieta. El cansancio va desapareciendo a medida que la adrenalina se libera. La imagen de Elena cruza rápidamente por mi mente. Miro a Alicia, está tan cerca que puedo sentir su respiración caliente en mi cuello. Giro la cabeza y pego mis labios a los suyos, buscando que la fuerza de un beso me haga olvidar todo lo demás, me haga olvidar a Elena. Abro paso con la lengua y prolongo el beso saboreando su gusto dulce.

"¿Estás segura?", pregunta, manteniendo una postura tensa.

"Lo estoy", es mi única palabra. Doy unos pasos hacia atrás para conseguir llegar al interruptor y apagar la luz, dejando la sala apenas iluminada por las luces de la calle, a través de la ventana. Me quito la camiseta y la dejo caer, mientras me descalzo los zapatos, rozando un pie en el otro. Alicia mantiene los ojos fijos en mí. Parada en medio de la sala, ahora solo con pantalones vaqueros, medias de lana y camiseta interior, le extiendo la mano y la conduzco hasta el sofá. Me siento y ella se sienta en mi regazo, con una pierna a cada lado.

Alicia es una brisa en una tarde de verano. Yo nunca consigo sentirme así de "liviana". Pero, ¿y el resto? ¿Qué hago con el resto de mi vida? Podría dejar la Universidad y salir por ahí a viajar. Ver el mundo como alguien que está de paso, sin compromisos, sin responsabilidades y, sobre todo, sin miedo. La idea me seduce y no puedo dejar de sonreír, una playa en las Maldivas, un bagel en Nueva York y un café en Roma.

Ella me besa suavemente en el cuello, al mismo tiempo que yo le acaricio el cabello. "Charlotte", dice mientras sus manos buscan las mías, "¿Qué quieres de mí, de verdad?"

"No sé..., ¡creo que me enamoré!" Por la expresión en su rostro veo que las palabras cumplen mi objetivo. En este momento es difícil distinguir la verdad de la necesidad. "Cuando te conocí despertaste cosas que no esperaba, que no quería. Me obligaste a repensar lo que tenía y lo que quería tener. No es una ecuación fácil. Me gusta Elena, son muchos años. Pero tú..., tú trajiste todo lo que yo no tenía hace mucho tiempo."

"Escucha... para mí esto no es un juego, no es un flirteo pasajero. No sé si es pasión, o simplemente calentura. Yo no vine a Europa para enamorarme, y aun así no consigo estar lejos. Te pregunto otra vez, ¿qué quieres de mí?"

"No tengo una respuesta. Aquí y ahora, te quiero mía. Mañana, no sé..."

"¿Y Elena?"

"Nos separamos. Cuando llegamos de París, le conté lo que había pasado, y me fui de casa."

"¿Así sin más?"

"No fue sin más. Las cosas no estaban bien. Ella ha estado con Pilar, su ex compañera... Lo que pasó en París fue solo una gota más en un vaso a punto de desbordar." Yo misma ya no sé lo que es mentira y lo que es verdad. En este momento todos los argumentos me parecen válidos si me ayudan a convencerla de que podemos estar juntas.

"¿Te traicionaba?"

"No sé, nunca me dijo que había vuelto a estar con Pilar. Sé que se encuentran, el resto solo puedo imaginar." Claro que yo no creo que Elena me traicione. Sé perfectamente que ella solo no me lo contó porque yo habría hecho un escándalo.

Alicia se muestra más cómoda. Pensar que Elena me traicionó primero, que yo no estaba bien y que ella fue la salvación, en vez de haber destruido mi relación, la deja más segura.

La atraigo en un abrazo que termina en un intento de quitarle la camiseta. No sale a la primera, pero con algún esfuerzo consigo mi intención. Ella se quita la liga que sujeta la cola de caballo, y deja el cabello caer suelto por la espalda. De repente hace calor, ese tipo de calor que va hasta el alma, que viene de dentro de nosotros.

Con un movimiento imprevisible, ella me tira al suelo, dejando que la alfombra amortigüe la caída. Apoya sus dedos en mi boca, pasándolos entre mis labios y haciendo que los lama. Las caricias se suceden, los cuerpos se tocan, siento sus manos en mí, primero en el pecho, después en la barriga pasando junto al ombligo y bajando. Al mismo tiempo, soy invadida por un ansia de poseerla. En gestos rápidos retiro lo que falta de su ropa, contemplo la desnudez en contraluz, y sin dar tiempo para nada más deslizo los dedos con ímpetu, forzando levemente el paso. Ella gime, clava las uñas en mi espalda, y grita improperios, con cada uno de ellos yo acelero los movimientos hasta sentirla derretirse en mi mano, hasta que su voz se extingue en un último grito de éxtasis.

Cuando recuperamos lo suficiente para levantarnos, volvemos a vestirnos con la ropa esparcida por el suelo. Me siento en el sofá y me cubro con una manta. Ella agarra la otra y se acuesta con la cabeza en mis piernas. Nos quedamos así, volviendo a prestar atención a las personas que pasan allá abajo en la calle. Encargamos la cena y cerca de una hora más tarde, después de una ducha bien caliente, estamos sentadas frente a una pizza.

"¿Y ahora?", pregunta, "¿Mañana vas a ignorar lo que pasó?"

"¡Claro que no! ¿No entiendes que estoy en tus manos? Me hiciste querer estar contigo más de lo que alguna vez podría imaginar ser posible. Quédate aquí... Puedes quedarte el tiempo que quieras."

Ella todavía no tocó la comida y me mira con aire de duda, sin decir una palabra. Yo me conozco, la única forma de no ir detrás de Elena es mantenerme acompañada, y Alicia es, sin duda, la mejor compañía que puedo tener ahora.

"Quédate aquí, al menos unos días. ¡Va a ser genial! Solo tenemos que ser cuidadosas, y no llamar la atención en la Universidad. No quiero involucrarte en esta historia de Isabel y Arturo. Pero, ya lo dije y lo repito, puedes quedarte aquí siempre que quieras."

Ella empuja la silla hacia atrás, se levanta, da la vuelta a la mesa, se inclina sobre mí y me besa. "Un día a la vez. Hoy me quedo, mañana ya veremos."

CAPÍTULO 15

30 de marzo – Congreso de Lisboa

Elena

Las mesas metálicas, rodeadas de sillas negras, están casi todas ocupadas. La gente habla alto, en medio de la confusión del equipaje y los múltiples avisos del sistema de sonido. Nuestro avión a Lisboa tiene más de una hora de retraso.

Mari Carmen conversa animadamente con Pilar sobre un tema al que no presto mucha atención. No estaba en mis planes viajar con Pilar a donde fuera. Además, Charlotte haría una escena y, con seguridad, impediría este viaje. Pero ahora..., ahora ya no está la voz de Charlotte para cuestionar lo que sea.

Miro el cappuccino frente a mí y siento una mezcla de náuseas y pánico. Pilar, sentada a mi lado, se mantiene atenta a la taza que tiene delante como si estudiara física cuántica, pasa la cuchara por el polvo de chocolate que está sobre la espuma de la leche y va esparciendo líneas marrones en el fondo blanco.

"Elena..., ¡Elena!" La voz parece lejana. "Elena, ¿estás bien? Estás pálida, ¿te sientes bien? ¿Necesitas algo?" Su mano me agarra del brazo y sus dedos se posicionan para evaluar me el pulso.

"Voy al baño, ya vuelvo". Me levanto y Pilar se levanta detrás. Entro al baño y sólo tengo tiempo de cerrar la puerta antes de empezar a vomitar. Son más las arcadas que lo que tengo para sacar. Ella me espera junto a los lavabos. "¿Mejor?" pregunta, extendiéndome un pañuelo de papel.

"Sí, desde la mañana no comí nada. Estoy con náuseas". Me duele la garganta. Extraño todo, porque la extraño a ella.

Pilar ya está sentada a la mesa del desayuno cuando entro al comedor. Lisboa tiene una luz mágica, incluso en invierno, pienso mirando hacia afuera.

"El pan es delicioso, prueba", dice, extendiéndome una rebanada de pan untada con mucha mantequilla, que se derritió con el calor del pan.

"¡Excelente!", exclamo, percibiendo que tengo hambre. Ayer en la noche terminé por no comer nada y quedarme dormida.

En el congreso, las sesiones se desarrollan en ocho salas en paralelo. La dificultad es elegir. Asisto a una sesión sobre hiperactividad y déficit de atención en la edad adulta y después a otra sobre el duelo. Creo que vine para intentar encontrar soluciones para mí misma. La pérdida duele, nos vuelve vulnerables y se alimenta de esa vulnerabilidad.

Nos encontramos en el atrio poco antes de la hora de cenar. Acordamos comer algo aquí cerca y seguir directo al hotel.

Llegamos exhaustas. Cuando subimos en el ascensor Pilar comenta de la nada: "Estoy nerviosa para mañana".

La miro asombrada. "¿Quieres ayuda? Si quieres puedo revisar la presentación contigo".

"Sería genial. ¿No te importa? ¿No estás muy cansada?"

"No, nada que no aguante un poco más". Entramos a la habitación. El aroma de su perfume está en el aire y, momentáneamente, me transporta a un pasado distante.

Durante más de una hora me muestra lo que va a presentar. Interrumpo varias veces haciendo preguntas o simplemente discutiendo un detalle. De a poco el cansancio acumulado sale a flote, y con él una sensación de nostalgia.

"Elena, ¿qué pasa? ¿Estás bien?", la voz de Pilar suena preocupada.

Me doy cuenta de las lágrimas que corren. Me limpio la cara con el dorso de la mano y no puedo evitar el desahogo: "¡Es injusto! Tengo tanta rabia y al mismo tiempo una nostalgia inmensa".

De repente percibo cuánto estoy siendo narcisista. Ella me escucha en silencio, pero así que me callo, interviene: "Gracias por la ayuda. Ya es tarde, tenemos que descansar". Sin dejarme responder se levanta y abre la puerta.

Sé que la conversación terminó y que no hay nada más que decir en este momento.

La presentación es un éxito. En el intervalo todos comentan. Me quedo mirando de lejos, admirándola con orgullo.

El resto del día pasa en un pestañear. Al llegar al hotel ninguna de las dos tiene ánimo para nada más y subimos directo a las habitaciones.

Miro el celular esperando ver un mensaje de Charlotte. ¿Cómo es posible? Después de tantos días sigo esperando. Me tiro vestida sobre la cama y me quedo mirando el techo. La extraño...

Durante un momento no consigo entender. No estoy segura si están golpeando la puerta de la habitación o si es un ruido en el pasillo. Miro el reloj, dos y cincuenta. Están golpeando a la puerta. Sin pensar mucho me levanto y abro.

Pilar está parada del otro lado, me empuja delicadamente hacia adentro, cerrando la puerta detrás de ella. Nos quedamos de pie, en silencio, en la oscuridad.

"No dejé de pensar en ti. Sé que estás herida, que estás vulnerable y no me quiero aprovechar... O mejor, ¡quiero! Te quiero. Pero, tienes que decirme que tú también quieres. Si no, me voy y te dejo dormir".

No consigo pensar con claridad. ¿Ella está aquí en mi habitación? ¿O es apenas un sueño confuso más?

Las sensaciones son todas conocidas. Pasaron ocho años y es como si hubiéramos estado juntas ayer. El aroma a vainilla es el mismo, inunda mis fosas nasales y provoca mis sentidos.

Cuando ella se va me quedo desnuda dentro de la cama. El sexo puede ser la mejor de las terapias, pero su efecto es de corta duración.

CAPÍTULO 16

23 de abril - Claire

Charlotte

Hablé con Elena, por teléfono, la semana pasada, y ella estaba entusiasmada porque Claire se quedará allí en casa. "Una cosa no tiene nada que ver con la otra", me dijo, "Me gusta Claire, por mí puede quedarse aquí el tiempo que quiera". La llamada fue difícil y corta. Desde que salí de casa solo hablamos dos o tres veces, y para tratar asuntos del día a día.

Finalmente avisto a Claire. Me hace señas con ambas manos, soltando las dos maletas exageradamente grandes que transporta consigo. Después de mil abrazos y otros tantos besos, avanzamos en dirección al estacionamiento. La conversación prosigue con preguntas rápidas y respuestas inocentes. Ya en el garaje, surge la pregunta para la cual me preparé: "Lottie, ¿dónde está Elena?". Mi hermana es la única persona que me llama Lottie.

Entramos en el coche y enciendo el motor antes de responder. "Escucha Claire, tengo algo que decirte, ¡Elena y yo nos separamos!" declaro de sopetón.

"¿Cómo así, se separaron? ¡Ustedes se adoran! ¿Cómo pueden haberse separado?"

"¿Te acuerdas cuando cenamos en París? ¿Te acuerdas de Alicia?"

"Sí, ¿y qué?"

"Pues que una noche bebimos un poco y..., y acabamos por involucrarnos".

"¿Estás bromeando? Es una broma, ¿verdad? ¡No puede ser verdad!"

"Necesito tiempo para entender mis sentimientos, para organizarme. Necesito estar sola".

"¿Sola o con ella?"

Opto por no responder, y poco a poco Claire se va calmando.

"¿Hablaste con mamá?"

"No, no hablé con nadie. Mamá está lejos, no puede hacer nada y no quiero que se preocupe. Por favor, ¡no le cuentes! Por cierto, ¿cómo está ella? No tengo noticias hace casi dos semanas".

Mi hermana sonrío: "Está genial. Está en San Francisco".

Claire me llena de preguntas sobre Alicia. Me doy cuenta de que hay muchas cosas de las que no tengo ni la más remota idea.

Estaciono el Cayenne en el garaje, en el lugar de siempre. El coche de Elena está aparcado al lado. Lo tanto que discutimos sobre coches a lo largo de los años.

"Te ayudo con las maletas hasta allí en el ascensor, pero no voy a subir. Elena te está esperando. Le envié un mensaje ahora".

Toco el botón de llamada, y cuando las puertas se abren, pongo un pie dentro del ascensor, dejo pasar a Claire con las maletas, le doy un beso en la mejilla y giro mi llave en el panel para desbloquear el acceso directo. "Va a salir todo bien. Te llamo para que combinemos la cena, ¿ok?"

La semana pasa sin grandes novedades. En la Universidad el ambiente es hostil, se suceden clases y evaluaciones, pero inevitablemente están todos con los ojos puestos en la investigación que va prosiguiendo.

Hoy, combiné cenar con Claire para que me ponga al día de las novedades.

"Me enteré que tienes un nuevo amor...", comento bromeando.

"¡Siempre lo sabes todo! Eres siempre la misma, ¡Lollie!" Claire finge un aire irritado, al mismo tiempo que deja escapar su alegría.

"¿Por qué? ¿No es verdad? ¿O decidiste diversificar tus elecciones y no es uno sino una?"

Ella ríe, entrando en la broma. "Ya te dije, un día voy a experimentar, pero todavía no fue esta vez. Charles es un nuevo interno, mi colega en el hospital".

Mientras comemos, ella va describiendo a su nuevo amor. Al cabo de una hora, siento que ya lo conozco personalmente, con tanta descripción y tantos detalles.

Claire no habla de Elena y yo me contengo para no preguntar, pero cuando llegan los cafés no consigo aguantar: "¿Cómo está ella?"

"¿Qué quieres saber? No sé qué decirte", me mira a los ojos, y su expresión cambia.

"Dime algo. Cómo está ella..., no sé, dime cualquier cosa..."

"No entiendo por qué ustedes se separaron. Tú estás aquí muerta de nostalgia y ella está allá en casa, tan triste como yo nunca la había visto. Ayer por la noche, bajé a beber agua, eran como las tres de la mañana, ella estaba sentada en el sofá, en pijama, mirando por la ventana. Puedo jurar que estaba llorando".

"¿No te dijo nada sobre mí?" Mi curiosidad es casi mórbida. Necesito que Claire confirme que Elena está enojada, que nunca más me quiere ver.

"Dijo, claro que dijo. Hemos estado tanto tiempo juntas que hablamos de todo, incluso de ti. Ayer, nos quedamos horas en el Museo Picasso. Cuando salimos fuimos a beber un chocolate y ella me contó vuestra conversación. Dice que no lo entiende, y yo tampoco. ¿Qué viste en esa chica?"

"Creo que es la sencillez con que ella encara la vida. Elena es lo opuesto, vive la vida con una profundidad que yo no consigo acompañar".

"¿En serio, Lottie? ¿Cómo puedes decir eso? Tú eres la persona que yo conozco que más le gusta ir al fondo de las cosas". Claire posa los cubiertos y me mira fijamente: "Elena no está bien, pero eso ya lo sabes. Está herida, se siente traicionada. Ella estuvo en Portugal, ¿sabías?"

"Lo sabía".

"Algo pasó en ese Congreso. Parecía que me lo iba a contar, pero acabó por no decir nada. Bueno, también, lo que sea que haya sido, ahora no interesa".

Claire sigue hablando. Mi silencio acoge la imagen de Elena y el dolor de su ausencia.

CAPÍTULO 17

30 de abril – Creer en el Amor

Elena

Hoy decido llevar el vestido. Un poco de maquillaje y unos tacones de aguja, veremos si me reconoce. Desde nuestra cena me ha llamado varias veces, la mitad de las cuales no atendí. Por estos días no tengo ganas de hablar con nadie. Es genial que Claire esté aquí, me da una sensación de familia.

Salgo temprano de casa, asegurándome de que, esta vez, no llegaré tarde. Hoy, para variar, no hay tráfico y llego diez minutos antes de la hora. Aunque no hace frío opto por entrar y beber algo mientras espero. Exactamente a las nueve, Mercedes atraviesa la puerta y entra en la sala. Sorprendentemente, viste unos jeans, un suéter de cuello alto negro y una chaqueta de tela, puesta sobre los hombros.

"Qué tal, ¿cómo estás?", me mira de arriba a abajo y sonrío, con una de esas sonrisas en las que cada músculo de la cara se contrae para dar su contribución. "¡Estás hermosa!"

"¡Gracias!", el elogio es tan genuino que me toma desprevenida. "Y tú, ¿cómo estás? Me gusta el nuevo *look*, no te imaginaba con jeans".

"¿Por qué?", pregunta manteniendo la sonrisa.

"Porque siempre te vi con traje gris o pantalones negros".

"Pero imaginas que no duermo con traje gris, no voy a la playa con traje gris... Hoy, tampoco ceno contigo con traje gris".

Sus palabras me dan el confort de la intimidad, como si esos jeans tradujeran que estamos más cerca, que se pueden caer las máscaras.

"Estás más delgada desde la última vez. Tampoco te he visto en el gimnasio, pero probablemente la falla es mía que siempre llego tarde", va bebiendo la cerveza que está frente a ella y mantiene los ojos fijos en mí.

"Desde nuestra cena muchas cosas cambiaron. Pasaron algunas semanas, pero parecen años". Me callo, tragando seco. No sé si quiero, o si puedo, continuar.

"Cuéntame, soy una buena oyente", insiste en un tono tranquilo, que inspira confianza.

"El día después de que cenáramos, Charlotte volvió de París, ¿recuerdas que te dije que se había ido a un Congreso?"

"Sí, me acuerdo perfectamente".

"Pues bien, cuando volvió me contó que se había ido a la cama con una de las becarias".

"¿En serio?", pregunta, incrédula.

"Como si eso no fuera suficiente, vino con todo un discurso estudiado de que nuestra relación no estaba bien, que yo la presionaba mucho... Imagínate, ¡yo la presiono!"

Mercedes interviene, otra vez: "No tenía idea de que su relación fuera así de mala".

"¡No lo era! Esa es la cuestión. A pesar de todo, de todas las desconfianzas, de todos los desencuentros, la relación era buena. Si me hubieras preguntado hace un tiempo, te habría dicho que era para siempre... y ahora..."

"¿Y tú? No me importa Charlotte, ella hizo su elección, ¿y tú?", la mano de Mercedes está posada en mi brazo y, aunque la comida ya llegó, ninguna de las dos tocó los cubiertos.

"No sé. Hay días en que me despierto y todo lo que quiero es volver a taparme la cabeza y quedarme en la cama todo el día. Otros me dan ganas de salir, reír y escuchar música. En esos momentos pienso que tengo que reencontrar mi vida, la persona que soy, o que era, antes de conocerla. Estoy perdida. No sé por qué te estoy contando todo esto..., disculpa. Es bueno tener a alguien con quien hablar, alguien que escuche y no critique. ¡Gracias!"

"Para eso están los amigos, ¿no? Para escuchar, no para criticar. Para eso tenemos a todos los demás, y ya son muchos".

Me reclino hacia atrás en la silla. Es verdad, somos amigas. ¿Qué hace de alguien un amigo? ¿El tiempo? ¿Las circunstancias? No puedo responder, pero definitivamente Mercedes cabe en la designación estricta de esa palabra.

"Y el congreso, ¿cómo estuvo?", pregunta mientras termina la cerveza.

¿La pregunta es personal o profesional? Necesito contarle a alguien lo que pasó, necesito oír decir que "no pasa nada". Su mirada directamente dentro de mis ojos, esperando una respuesta, precipita mi decisión. "El congreso estuvo bien. Fui con Mari Carmen, y Pilar se nos unió".

"¿Quiénes son?", pregunta.

"Mari Carmen y yo nos conocemos hace muchos años, trabajamos juntas en la clínica. No sabía que Pilar también iba". Mercedes va siguiendo mi explicación con dificultad.

"Disculpa, pero todavía no entendí quién es Pilar. ¿Es psiquiatra?"

Suspiro antes de responder. "Sí, es psiquiatra. Vivimos juntas durante bastante tiempo y terminamos de una forma algo brusca... cuando yo me enamoré de Charlotte". Mercedes se da cuenta de mi aprensión. "Sea lo que sea, no necesitas contarme si no te apetece".

"No, no es eso. ¿Ya te dijeron que eres una excelente oyente? ¡Podrías considerar cambiar de carrera!" Reímos, aliviando el momento.

"En el congreso, una noche, Pilar golpeó a mi puerta a las dos de la mañana. No debería haberla dejado entrar, pero no resistí. Una cosa llevó a la otra... Me gustaría decirte que fue ella quien me sedujo y, al principio lo fue, pero en cierto punto fui yo..."

"¿Eso es malo?" Mercedes no hace ninguna expresión que me permita evaluar aprobación o desagrado.

"Me siento culpable. Siento que traicioné a Charlotte".

"¿La traición tiene que ver con el sexo? ¿Puedo pensar, puedo tener sentimientos, siempre que no los lleve a la cama, entonces está todo bien?"

"No, no es eso. Sabes que no es eso lo que quiero decir".

Respiro hondo y me doy cuenta de que terminé por no comer casi nada. La cerveza también permanece intacta en el vaso. Hoy soy yo quien avanza con la invitación. "¿Qué tal el café y un cigarro afuera?"

Con una sonrisa Mercedes asiente con la cabeza.

El tiempo está más soleado, pero la terraza está vacía. Ella bebe un café y yo un cappuccino. Saca un cigarrillo del paquete, lo enciende y me lo pasa, encendiendo otro. No dejo escapar la intimidad del gesto.

"Tienes razón... para quien es un fracaso en el amor, no está mal. ¿Y tú? ¿Cuál es tu historia?", pregunto.

"¿De verdad quieres saber? Mira que es una historia larga y antigua".

"No tengo prisa, tenemos toda la noche". Me acurruco en el abrigo y cruzo la pierna, dejando que la falda del vestido suba. La miro, anticipando su mirada. No me equivoco. Sus ojos siguen atentamente el movimiento de mis piernas.

"Muy bien, aquí vamos... Cuando terminé la facultad empecé a trabajar en una pequeña consultora y, pocos meses después, recibí una invitación de una gran empresa para ir a hacer un curso en Harvard. La propuesta era irrechazable, seis meses en Massachusetts, y si quedaba en los diez primeros me daban un contrato de dos años. Así fue. De un día para el otro me mudé a Estados Unidos e inicié una nueva vida. Cuando los dos años acabaron me invitaron a integrar un equipo en Europa. Se había firmado el Tratado para el Euro y se formaba la Eurozona. A

principios de 1999 me mudé a Portugal. Alquilé casa en Lisboa, pensando que me iba a quedar un año y luego volvería a Nueva York".

"No tenía idea de que habías vivido en Lisboa. Ya leí tantas cosas sobre ti y no me acuerdo de ver eso en ninguna parte".

"En esa época yo no era conocida, y ni siquiera llegué a quedarme hasta el final del proyecto".

"¿Por qué? ¿Qué pasó?"

"Me enamoré..." Mercedes suspende la frase. No tengo idea de lo que sucedió, pero el silencio no deja anticipar nada bueno.

"¿Vamos adentro? ¿Vamos a dar una vuelta, qué te parece? Dijiste que no tenías prisa".

Caminamos lado a lado. Ella no retoma la conversación y va hablando de otras cosas. Las calles huelen a primavera y, a pesar de ser casi medianoche, se ve mucha gente. Sólo cuando atravesamos la Plaza de Tetuán es que continúa: "Rosa, la persona que me hizo descubrir el amor y enseguida dejar de creer en él, se llama Rosa. Ella trabajaba en el Ministerio de Finanzas y era uno de los contactos de nuestro equipo. Nos conocimos poco después de que yo llegara y nos volvimos inseparables. Rosa tenía un novio. Él era médico, estaba haciendo la residencia de cirugía en Oporto y sólo iba a Lisboa algunos fines de semana. Cuando él no iba, ella se quedaba a dormir en mi casa. En una de esas noches nos quedamos en la sala viendo una película. Me acuerdo de estar mirando la televisión y sentir las manos de ella en mis piernas. Primero pensé que no era nada, estábamos, como tantas veces, acostadas en el sofá, cubiertas con una manta a cuadros. En cierto punto no tuve dudas, Rosa hacía que la mano avanzara sobre mi pierna, sobre el muslo, hasta la cintura. La miré y recuerdo ver que mantenía los ojos fijos en la televisión, como si la mano no fuera la suya. En mi cabeza todo quedó claro en un instante. Mi cuerpo reaccionaba. Apagué la televisión, la forcé a mirarme y, por primera vez, nos besamos. Mantuvimos todo en secreto. Cuando el novio de ella estaba en Lisboa, yo desaparecía. Empezamos a hacer planes. Yo hablé con mi director y pedí para al final del proyecto ser transferida a Madrid. Abdicaba de la carrera en Estados Unidos, pero podía conseguir una buena posición en España. Estaba aterrada, pero tan enamorada que nada parecía demasiado difícil".

Paramos frente al edificio de Mercedes. La misma puerta donde hace unas semanas nos despedimos. "¿Quieres subir?"

CAPÍTULO 18

6 de mayo – Reencuentro en París

Charlotte

El ambiente no podía ser más alegre después de la victoria aplastante en las primarias. "Chérie, qué bueno que viniste. Esta fiesta no sería la misma sin ti", Jean-Luc se acerca a mí y a Claire y me dice las últimas palabras al oído, mientras me jala para un abrazo.

Las elecciones fueron ayer, cuando hablé con él, la emoción era difícil de contener. No podía dejar de venir. A último momento Claire decidió venir conmigo.

"¿Cómo están las cosas? ¿Cómo estás?", pregunta mientras me extiende una copa de champán.

"Depende a qué "cosas" te refieres", digo sonriendo.

"Chérie, tu sonrisa es maravillosa, pero está triste."

"Hoy no es día para esto, Jean-Luc. Hoy es día para celebrar. No es todos los días que tengo un amigo candidato a la presidencia. ¡Vamos a beber y celebrar!"

La sala se va llenando de invitados, unos conozco, otros no. Claire se alejó y habla animadamente con un grupo de viejos amigos. Consiguió convencer a Charles de unirse a nosotros después de terminar su turno en el hospital, por lo que está doblemente contenta. Yo, por mi lado, tuve que aguantar a una Alicia irritada y decepcionada por no venir. No sé por qué, pero no me pareció adecuado venir con ella. Se enojó, tan enojada que salió de casa dando un portazo y diciendo que "no significaba nada para mí". Rabietas.

En el aire flota el aroma de la victoria, un sentimiento contagioso que llena la sala. No consigo entrar en el espíritu, pero voy bebiendo champán y disimulando lo máximo posible. De repente, tengo la sensación de haber retrocedido en el tiempo. Miro hacia la puerta y veo entrar a una mujer deslumbrante, cabello recogido con gel y vestido largo... ¡Elena!

Elena entra en la sala acompañada por Jean-Luc. Yo debería haber previsto la situación.

¿Qué voy a hacer con ella aquí dando vueltas entre los invitados? Evalúo irme, pero es demasiado temprano. Comienzan ahora a servir la cena. Las personas se distribuyen por la sala y yo intento mantenerme cerca de Claire y lejos de Elena. Aún no nos cruzamos, pero ella sabe que yo estoy aquí. Parece totalmente relajada. Conversa en varios grupos y circula por la sala.

Después de la cena, se improvisan discursos, en su gran mayoría para elogiar a Jean-Luc y para comenzar la movilización para la verdadera campaña. Salgo de la sala en dirección a la puerta de entrada y, en el pasillo, me encuentro cara a cara con Elena. Después de un momento de mutuo reconocimiento, soy la primera en hablar: "¡Hola! ¿Cómo estás? ¡Qué sorpresa!" Ella me mira y, la conozco lo suficientemente bien para saber que intenta leer más allá de las palabras.

"¿Cómo estás?"

"¡Bien!" respondo.

"Genial, yo también. Fue bueno ver la alegría de Jean-Luc, ni te imaginas cómo Pierre estaba nervioso. ¿Vas a salir?"

"Iba... Estoy cansada, no estoy con espíritu de fiesta. ¿Me acompañas en una última copa de champán?" ¿Por qué dije esto? Mirarla, sentir su perfume...

"Claro, ¿vamos al balcón?" El tono continúa frío y solemne como en las pocas veces que hablamos por teléfono. La sigo.

A solas en el balcón, el ambiente se pone tenso. Después de unas frases de circunstancia, ella da muestras de querer aprovechar el momento para algo más.

"Mira, Charlotte, no te voy a preguntar nada porque dejó de ser de mi cuenta, pero tenemos muchas cosas en común y necesitamos hablar..."

"No es el momento para esa conversación", me apresuro a responder. Debería haberme ido,

pienso.

"¡Nunca lo es! ¡Cuando no te agrada el tema, nunca es la hora correcta! ¡Pero esta vez, tenemos que hablar! Para ti es fácil, cambias de casa como quien cambia de ropa. ¡Pero no todos somos así!" De un momento a otro, ella está exaltada. Su semblante calmo e intocable, dio lugar a una ola de cólera que sale en catarata.

"Yo no quiero tu dinero para nada. Nunca quise. Vivimos en una casa que yo no puedo pagar y dejé que fuera así. Tengo un carro que tú compraste y cuando entro en él siento tu presencia... No puedo seguir viviendo así. ¡No es justo!"

"Somos casadas, lo que tenemos es de las dos. No importa si lo pagué yo o si fuiste tú."

"Yo vivo de mi salario, que es bueno, pero no da para vivir en penthouses con piscina. ¿Qué quieres que haga? ¿Que te pida dinero para pagar las cuentas?"

"¿Qué es lo que quieres? ¿Quieres salir de casa?"

"Si fuera posible, era exactamente eso. Pero, no es tan fácil. No tengo un apartamento esperándome, ni dinero para comprar uno. Claro, siempre puedo alquilar una casa..." Para y se queda suspendida, como pensando en la repercusión de sus últimas palabras. Claro, que puede alquilar una casa, si está tan insatisfecha parece ser la solución obvia.

"¡Quiero el divorcio!" Las palabras resuenan como una bofetada.

"Esto no es una cosa para decidir así, aquí, en medio de una fiesta. La semana que viene voy a casa y hablamos con calma, vemos las opciones."

"¿Qué opciones? ¡No hay opciones! Me traicionaste, mentiste, planeaste todo esto. Fingiste tener celos, me controlaste, me subyugaste. Vivía aterrorizada si me atrasaba, si me quedaba hablando con alguien. Dejé de ser yo, para pasar a ser la persona que tú querías que fuese."

"¡Sabes que eso no es verdad! Hiciste siempre lo que quisiste hacer, y si alguien mintió todos estos años fuiste tú. ¿O vas a negar que has estado con Pilar? Sí, ¿tienes coraje de decir lo contrario? Los mensajes de tu teléfono dejan bien clara vuestra relación."

"¡Yo lo sabía! No puedo creer que fuiste capaz de caer tan bajo. Te das el derecho de violar mi teléfono y ¿qué más? ¿E-mails? ¿Pusiste un detective a seguirme?"

"Estás huyendo de la cuestión. Lo importante no es si yo vi o no vi el teléfono. ¡Lo que interesa es que tú tienes una relación con ella!"

"Si no fueras tan obsesionada con eso, podrías ver que Pilar y yo somos amigas. Yo la dejé para quedarme contigo. ¡Eso debería ser suficiente! No es justo que, por estar contigo, tenga que renunciar a su amistad y sí, después de haberme alejado tanto tiempo, decidí que no podía continuar, y volví a hablar con ella."

"¿Dormiste con ella?" La pregunta sale de mis labios a la velocidad de la luz. ¿Qué importancia tiene eso ahora? Elena lo niega vehementemente.

"¡Para con las acusaciones! No es posible que no podamos intercambiar dos palabras sin acusarnos."

Pierre entra en el balcón con una copa de vino en la mano y, sin darse cuenta de que interrumpe nuestra discusión, me envuelve en un abrazo.

"Jean-Luc me pidió que te convenciera de tocar. Él dice que el piano no es gran cosa, pero pide encarecidamente."

Vale todo para acabar con esta conversación. Si el precio son unas canciones al piano, que así sea.

CAPÍTULO 19

14 de mayo - "¡No puedo!"

Elena

Estoy terminando de poner la mesa cuando Mercedes toca el timbre. Han pasado exactamente dos semanas y no he podido dejar de pensar en todo lo que me contó. No es una persona de afectos fáciles. A pesar de la intimidad de la conversación, no se permitió ni una lágrima. Recordaré para siempre sus palabras y sobre todo el dolor reflejado en su rostro.

"Pasamos el resto del año organizando todo para poder ir a Madrid. Rosa consiguió un puesto en una consultora en el centro de la ciudad y yo alquilé un apartamento en la Calle Princesa. El 5 de septiembre recibió una llamada de su madre, acababa de enterarse de que el padre tenía cáncer de pulmón en estado avanzado. Rosa quedó destrozada. Su actitud cambió, parecía otra persona. Pasadas unas semanas me pidió conversar. Había decidido casarse. Él iba a pedir el traslado a Lisboa e iban a vivir cerca de los padres de ella. La boda sería de allí a tres meses."

No sabía qué decir, pero tenía unas ganas imperativas de abrazarla, de consolarla, aunque hubieran pasado más de veinte años.

"Después de eso, pedí abandonar el proyecto. Alegué razones familiares y fui transferida a Barcelona. Durante casi un año no tuve noticias de Rosa. Un día, cuando llegué a casa tenía una carta de ella. No sé cómo descubrió mi dirección. Era una carta larga, relataba que el padre había muerto y que estaba embarazada. No respondí, tampoco la tiré. Se sucedieron las cartas, dos o tres por mes. Resistí durante un tiempo, hasta que capitulé, y respondí. Intercambiamos cartas de amor durante diez años. En aquellas líneas vi crecer a su hija, e ir a la escuela, celebré cumpleaños y cambios de año, hasta que, a finales de 2010, escribí la última carta. Le pedí que no me escribiera más, que siguiera su vida y que me permitiera seguir la mía. Ella volvió a escribir muchas veces. Yo, nunca más abrí ninguna de sus cartas."

No sé qué se puede decir después de oír una historia así. Probablemente nada. Me quedé sentada sin hablar, y sin moverme. Al cabo de unos minutos me acerqué, le cogí la mano, y todo lo que conseguí pronunciar fue: "Gracias por habérmelo contado."

*

El reloj de la pared de la cocina marca las ocho y veinte. Antes de ir a abrir la puerta, enciendo el horno, miro de reojo el espejo, me arreglo un mechón de pelo prendiéndolo detrás de la oreja. Mercedes trae una botella de vino tinto que me extiende mientras me saluda con dos besos en la mejilla.

"Mira lo que encontré, ¡vino portugués! Me pareció adecuado después de nuestra última cena", declara riendo.

Cojo la botella, la abro, y vierto un poco de vino en dos copas. "Podemos ir a beber a la terraza..., pero antes, ¿quieres ver la casa?" La invitación es casi un proforma, la agarro del brazo y la arrastro por las escaleras.

"Esta casa parece sacada directamente de una revista", comenta, a medida que vamos avanzando.

"Como siempre estoy aquí, a veces hasta me olvido de apreciar. Estoy preocupada..., el otro día estuve con Charlotte en una fiesta, no nos veíamos desde hacía tiempo. Ni cinco minutos después, ya estábamos discutiendo. ¡Con ella es imposible!" Interrumpo mi línea de razonamiento para encender las luces del baño y del vestidor y mostrar ambos a Mercedes. "Compramos esta casa juntas, quiero decir "compramos" es una fuerza de expresión, ella lo pagó todo, pero como estamos casadas no se cansa de decir que todo es de las dos. Cuando nos divorcemos no voy a poder seguir aquí..., intenté abordar la cuestión, pero ella no quiere ni oír hablar."

"Puede que no me gusten los gimnasios, pero adoro las saunas", dice Mercedes, mirando la puerta de madera y volviéndose hacia mí para confirmar el efecto de sus palabras. Me siento enrojecer al recordar su cuerpo desnudo.

Bajamos, cogemos las copas, que quedaron encima de la mesa, y nos sentamos en la terraza, a beber el vino, mientras se pone el sol. Su teléfono suena dentro de la sala. Se levanta, entra y atiende. Aprovecho y entro también, yendo directamente a la cocina. En el camino oigo unas frases sueltas, "Ya te dije que no vuelvas a llamar. No habrá una próxima vez... No vuelvas a llamar, por favor." Acelero el paso para no escuchar la conversación.

Nos sentamos a la mesa, ya con el pescado y las patatas asadas servidos en los platos, y retomamos la conversación que estábamos teniendo. "Y tú, ¿qué opinas del matrimonio?"

"Tienes un don especial para hacerme hablar. Si alguna vez vuelvo a necesitar un psiquiatra ya sé a quién debo recurrir", pone algo de ironía en las palabras, pero se la devuelvo de inmediato: "Lamentablemente tengo conflictos de intereses y no te podré aceptar como paciente, pero puedo aconsejarte otros colegas, quién sabe tal vez la Dra. Pilar Gómez."

Mercedes se ríe con ganas.

"Bueno, doctora, no sé si su conflicto de intereses es por hechos pasados o por aquello que proyecta para el futuro. Pero acepto la sugerencia."

El intercambio de ironías me deja pensando qué querrá decir con "proyecta para el futuro". Incluso en una simple conversación ella consigue ser enigmática.

"Desviaste el tema y sigues sin responderme."

"En el poco tiempo que estuve con Rosa nunca pensé en casarme porque en la época esa no era una posibilidad. Después, nunca más conocí a nadie con quien siquiera contemplase despertarme por la mañana, y decir "buenos días", cuanto menos casarme. Pero, dicho esto, yo creo en el matrimonio, creo que es una forma fácil de definir derechos y deberes legales que de otra manera exigen mucho esfuerzo de interpretación."

Su visión del matrimonio es tan objetiva y fría como sus trajes grises.

"Voy a responderte a lo que creo que quieres saber, pero no preguntas. Después de Rosa nunca más tuve a nadie, o mejor dicho nunca más tuve ninguna relación." Mercedes va bebiendo el vino y mastica lentamente la comida que se mete en la boca.

"Claro que me hace falta tener compañía, no lo voy a negar. Cuando volví a Barcelona estuve mal durante muchos meses. El trabajo era mi único escape. Consulté a un colega tuyo y poco a poco me recuperé. En ese momento, y ya hace muchos años, me prometí a mí misma que no me volvería a involucrar. Pasé a separar muy bien sexo de amor. Puede parecer frío, pero es una cuestión de supervivencia."

No es que me sorprenda, pero oírlo así tan crudo es inesperado.

"¿Te choca?" pregunta interrumpiendo la narrativa.

"No, no me choca. Sólo me da pena..."

"Es práctico... Yo no puedo ser vista en público con otras mujeres. Despertarme por la mañana al lado de alguien, cepillarme los dientes, tomar el desayuno es una intimidad de la que me quiero mantener alejada. Antiguamente era más complicado, ahora todo es simple, viajas, conoces personas, y después vuelves a casa. Aprendí mucho..."

"Cuéntame..."

Percibo que duda, pero empieza a hablar: "Hace muchos años, fui a Múnich a una reunión. Recuerdo que era invierno y hacía un frío que pelaba. En una de las cenas del equipo conocí una mujer increíble. Al final, me invitó a una fiesta al día siguiente.

Cuando me vio entrar, Úrsula se levantó, me sonrió y me saludó con la copa de champán.

"¡Mercedes! ¡Qué bien que pudiste venir!" Y dirigiéndose a las demás, continuó: "Esta es Mercedes, trabaja conmigo, es de las oficinas de Barcelona." Hablaba alto y recibía la atención de todas.

"Basta de presentaciones, parece que estamos trabajando. Bienvenida, Mercedes, ¡de verdad! Deduzco que no sepas nada sobre la Esfera. Nuestra Úrsula es siempre la misma, misterios y seducción, una marca muy propia", dijo Emma riendo, explicándome brevemente el contexto.

En un momento dado nos quedamos solas en la mesa. Ella tocó mi muslo, y lo acarició, sin ningún pudor o discreción. Dejó las copas, cogió mis manos y les enseñó el camino. Un camino tan recto, tan directo, que en menos de un parpadeo, mis dedos estaban entre sus piernas.

Sentía el cuerpo arder y no podía dejar de pensar dónde terminaría todo aquello. Sin protestar seguí las instrucciones. Fue una de las noches más intensas de mi vida. No había un antes y, tal vez, tampoco existiría un después. Es de las sensaciones más liberadoras que te puedo describir. Nos despedimos como compañeras de viaje, que saben que, un día, se encontrarán por ahí.

Pasaban de las cuatro de la madrugada cuando volví a casa. No me preguntes cómo lo sabía, pero sabía que aquella noche cambiaría el rumbo de mi vida. Después de formar parte, es difícil imaginar el mundo de otra forma. Aprendes que cuando compartes cosas tan íntimas, estás obligada a guardar los secretos de los demás como si fueran los tuyos."

"¡Wow! ¡Qué historia increíble!" Quiero hacer mil preguntas, pero no consigo decir nada.

Mercedes se muerde el labio inferior, y la fuerza de su mirada, me hace tener ganas de besarla.

"Un día de estos te invito. No tengo dudas de que serás recibida con los brazos abiertos. Pero, tienes que estar dispuesta a compartir..., piensa en ello."

Ya terminamos de cenar hace mucho, pero seguimos sentadas a la mesa enfrascadas en la conversación.

"¿Café?", pregunto cuando finalmente me levanto para recoger los platos.

Cogemos las tazas y volvemos a la terraza. Ella saca un cigarrillo y me extiende el paquete. "No quiero ser responsable de que vuelvas a fumar, por eso no lo enciendo, pero si quieres estás a gusto."

Ante el comentario sonrío, y rechazo.

"No, gracias. Si me das una calada acepto con gusto."

"Este tiene un sabor diferente, lleva un poco de mí, ¡prueba!", me extiende el cigarrillo después de ostensiblemente ponérselo en la boca e inspirar profundamente, soltando una nube de humo.

Sentadas lado a lado, seguimos conversando mirando el reflejo de las luces allá abajo en el jardín.

"Voy sólo a poner música, espera un instante", entro en la sala y cuando vuelvo ella ya no está sentada donde la dejé. Como no encendimos las luces, la terraza está prácticamente en penumbra. Por fin, identifico su figura, sentada en el borde de la pequeña piscina de la terraza, con los pies dentro del agua. Avanzo y, sin comentar, me descalzo también los zapatos y me siento a su lado. El movimiento es difícil porque la falda del vestido es muy justa, para poderme sentar en el suelo tengo que dejar que suba casi totalmente.

Nos quedamos calladas mirando el vacío y oyendo la música a lo lejos. Me estremezco cuando siento su brazo sobre mis hombros. Su mano recorre mi espalda y, con un gesto suave, me atrae hacia ella haciendo que los cuerpos se junten. Es inevitable que me gire hacia ella. Cuando nos encaramos, retira el brazo y se aleja ligeramente. Tengo un instante de pánico. ¿Habré hecho algo mal?

"¿Estás segura?", pregunta, mirándome a los ojos.

No estoy segura de nada, excepto del deseo que siento. Ella no se mueve, mantiene los ojos fijos

en los míos y no hace ningún avance. Su confianza aumenta mi excitación. Ya no puedo pensar. ¡La quiero!

Me levanto y le extiendo la mano para que nos pongamos las dos de pie. Sin decir nunca nada, la encamino hacia dentro.

Cuando entramos en la sala, ella me envuelve en un abrazo y me besa. Es un beso impetuoso, un beso que estaba guardado esperando el momento adecuado. Lo retribuyo. Introduzco la lengua en su boca al encuentro de la suya, las dejo tocarse y bailar ora en una ora en otra boca. El beso se prolonga, ella me muerde el labio y yo me agarro a su cuerpo buscando sentirla. Sin separarnos, llegamos junto al sofá y nos dejamos caer. Sus manos vagan, ahora sin pudor, sobre mi cuerpo. Tiro de su camisa, para poder sentir su piel. "Vamos arriba", murmuro entre dos besos.

Sin que me lo espere, ella se levanta de un salto: "¡Disculpa, no puedo!"

Coge el abrigo y sale sin mirarme. ¿Cómo así? "¡No puedo!"

CAPÍTULO 20

27 de mayo - Cartas de Recomendación

Charlotte

Finalmente, fin de semana, pienso cuando abro la puerta después de una larga tarde de viernes. Alicia está en casa. Escucho la música sonando y huelo la comida. Subo para una ducha rápida, pero antes me cepillo los dientes con una fuerza y un vigor innecesarios, veo el reflejo de mi rostro en el espejo sobre el lavabo y busco rastros de arrugas. No sé cuándo me volví obsesiva con estas cosas. Después de terminar, entro al closet y contemplo las barras que ocupan las dos paredes. Sin variar mucho opto por una camisa blanca y unos jeans oscuros. Media hora después, nos sentamos y nos deleitamos con un risotto de champiñones.

Claramente ella está ansiosa por decirme algo. Sin dejarme siquiera elogiar la cena, empieza a hablar: "No vas a creer... Pasó una cosa fantástica". Su excitación es tanta que ni siquiera prueba el risotto, hablando a gran velocidad.

"Esta tarde me llamó un colega mío de la USP. Hay una profesora de allá que está trabajando en la ONU en un proyecto sobre los derechos de la mujer en comunidades indígenas y van a lanzar un concurso para reclutar veinte personas. No vas a creer, él se acordó de mí y dio mi nombre".

Alicia no logra quedarse quieta en la silla, ríe y gesticula, buscando que yo entienda la importancia de todo lo que está pasando.

"¡Ni una hora después, ella misma me llamó para preguntarme si estaba interesada en postularme! ¿Si estaba interesada? ¡Por supuesto que sí! ¡Es todo lo que siempre quise!"

Las palabras y sobre todo la euforia me impactan profundamente. No soy capaz de seguir comiendo.

"Qué bueno...", comienzo, intentando contener las emociones y hablar normalmente. "Puede ser un proyecto importante. Explícame mejor, ¿qué fue lo que ella te dijo? ¿Crees que tienes posibilidades?"

"No sé, probablemente no. Debe haber decenas de candidatos... tengo pocas chances".

"No desistas antes de intentarlo" digo, creyendo que lo mínimo que se espera de mí es que muestre algo de apoyo. "¿Ya sabes lo que es necesario para postular?"

"Un formulario con un sinnúmero de preguntas, enviar un currículum, y piden también unas cartas de recomendación. Por lo que entendí, cada una de las cosas vale un tercio".

"¿Cuáles son los plazos?", pregunto lacónica. En un instante soy invadida por una sensación de pérdida como si ella ya se hubiera ido.

"El plazo es el 10 de julio, tenemos muy poco tiempo. La respuesta sale a finales de agosto y la primera reunión del equipo es el 15 de septiembre, en Nueva York".

No sé qué es lo que ella espera de mí o qué puedo decir que sea mínimamente adecuado. Vuelvo a concentrarme en el risotto e intento comer. Ella está tan contenta de que ni siquiera nota mi angustia.

"Me vas a ayudar, ¿verdad?", creo que es la primera vez que mira hacia mí y me ve allí frente a ella. La primera vez que pondera sobre lo que pasará con nosotras. "Alégrate por mí. Mira, muy probablemente no voy a conseguir nada y me quedo aquí. Si por casualidad soy seleccionada, vamos a encontrar una forma de conciliar las cosas. Imagina, podrías venir un tiempo conmigo, es tan diferente de este tu mundo".

Sé que ella intenta tranquilizarme, pero también sé que todo lo que dice son fantasías. Será otra vida, en otro espacio, en otro tiempo e, inevitablemente, con otras personas.

Mientras pienso, Alicia prosigue: "Mi currículum en esta área es bueno. Pero las cartas de recomendación valen mucho. ¿Se puede creer? Un tercio del total. Pensé en pedirle una al

profesor con el que trabajé en la Amazonía". Ella respira y bebe un poco de agua. Su risotto permanece intacto en el plato. "Y tal vez tú y el profesor Enrique puedan escribir las otras". Sin querer, en este momento, me da el as que hasta aquí yo no tenía. Sonrío.

"Vamos, no dejes que se eche a perder el risotto, está maravilloso. El concurso mañana todavía va a estar esperándote. Si quieres veo contigo el formulario, tal vez pueda ayudar".

"Gracias, amor".

Las palabras suenan huecas. ¡Quiere irse al otro lado del mundo, estar lejos más de dos años y tiene el coraje de llamarme "amor"!

La imagen de Elena surge ante mis ojos. Hace cuánto tiempo que no hablo con ella...

Tal como estaba planeado salimos el sábado bien temprano y viajamos hasta la playa. Nos hospedamos en un hotel deslumbrante. Desde la ventana de la habitación se ve el mar y en la noche se puede oír el ruido de las olas. Siempre tengo alguna dificultad en entender si a Alicia le gustan o no estos programas. La mayoría de las veces siento que disfruta. En otras parece tensa e incluso irritada, en línea con un discurso que profiere ocasionalmente sobre la sobrevaloración de los bienes materiales. No tengo mucha opción, yo solo sé vivir así. Me gustan las almohadas mullidas, desayunos, piscinas y jacuzzis, los pequeños placeres que el dinero puede comprar.

"Enrique, ¿cómo estás? ¿Todo bien contigo? Tu hija, ¿ya está mejor?" Aunque en el pasado hicimos varios proyectos juntos, actualmente hablo pocas veces con él. Enrique es profesor de políticas sociales y es uno de los miembros del jurado del Premio Bertha Lutz, fue así que conoció a Alicia.

"Charlotte, ¿cómo estás? ¡Qué sorpresa! Sí, mi hija ya está óptima, fue solo un susto".

"¡Qué bueno! Mira, te llamé porque como ahora raramente nos vemos allá en la Universidad pensé que era la forma más simple de conversar sobre un tema un tanto sensible". Voy directo al asunto, hasta porque difícilmente tengo otro tema de conversación para mantener la llamada. "¿Alicia te habló sobre unas cartas de recomendación para un proyecto de la ONU?"

"Ahhh... sí, sí me habló. Anteayer fue a verme cuando terminé la clase, fuimos a tomar un café al bar y me contó sobre el proyecto y su deseo de postular. No sé si tendrá posibilidades, me parece un poco joven y con poca experiencia para un proyecto de tanta envergadura. Pero no le dije nada, ella es quien sabe. Me pidió escribir una carta de recomendación y me dijo que también te lo había pedido a ti".

"¡Qué alivio saber que también piensas así!"

"¿Cómo así? ¿Qué quieres decir con eso?", pregunta, sin entender adónde quiero llegar.

"Yo también creo que tiene poca experiencia. No le dije nada para no desanimarla, pero no me siento cómoda escribiendo una carta de recomendación. Sabes, trabajar con ella ha sido problemático. El otro día incluso hubo un colega del equipo que vino a hacer un reclamo, mira qué desagradable, nunca me había pasado. Se quejan de que ella siempre quiere imponer su opinión, que es prepotente. Creo que no es exactamente eso, tiene falta de madurez para escuchar a los demás".

"¿En serio? ¡No tenía idea! Leí su trabajo en la época del Premio, era un trabajo brillante. Pero a veces las cosas escritas nos dan una idea equivocada de las personas". "Tenemos que ser muy cuidadosos con lo que escribamos. No debemos poner el nombre de la Universidad en riesgo, ni quedar nosotros en jaque".

"Fue exactamente eso lo que pensé, por eso te llamé. ¿Qué crees que debemos hacer?" Necesito que sea él quien encuentre una solución.

"Creo que tienes toda la razón, vamos a tener que escribir las cartas. Afortunadamente este tipo de cartas son "cerradas"..."

"¿Qué quiere decir eso?"

"Que escribimos directamente en la plataforma del concurso. Voy a escribir algo positivo sobre su trabajo en la Amazonía, justificando la atribución del Premio, pero no voy a dejar de plantear dudas sobre su madurez y capacidad para el trabajo en equipo".

"Entonces, ¿ella no va a saber lo que escribamos?"

"No. Solo si algún día llega a presentar un reclamo, pero, por ahora, no. ¿Qué te parece? Puedo enviarte lo que escriba, antes de ponerlo en la plataforma, así me das tu opinión".

La propuesta de él es mucho mejor de lo que yo jamás podría haber soñado.

Durante las semanas que siguen Alicia no piensa en otra cosa más que en formularios y currículums. Opto por ser parte de la solución y evitar problemas. La ayudo a preparar el currículum y me ofrezco para responder algunas de las preguntas del formulario. Ella acepta mi ayuda sin dudar.

No logro entender si es una actriz digna de un Oscar, o si ve la vida de una forma que no puedo acompañar. Da la idea de que lo único que importa es el hoy, el mañana está siempre demasiado distante. Pasó a vivir aquí, como si fuera su casa y, sin embargo, su ropa no ocupa más que un cajón.

Pienso en Elena todos los días, me hace falta. Ayer, el día fue particularmente duro. Pasé, otra vez, la tarde prestando aclaraciones a la Comisión de Investigación, preguntas tras preguntas, siempre todas iguales, y mis respuestas parecen nunca ser suficientes para esclarecer nada. Cuando llegué a casa, Alicia todavía no estaba. Tomé un baño, puse música y preparé un té. Me acordé de la última discusión en casa de Jean-Luc, después de eso, nunca más hablamos. Tal vez debería llamarlo.

CAPÍTULO 21

15 de junio - "¡Buenos días!"

Elena

Hoy almorcé con Charlotte. Estamos separadas hace más de tres meses y, hasta ahora, nunca conseguimos hablar sobre cómo vamos a resolver nuestra situación.

Ella vive la vida como si no existieran reglas, o como si, aun existiendo, no se le aplicaran. Combinamos almorzar en el café de Lola.

Cuando llegó me traía una rosa roja como quien llega para una cita. Sin que yo tuviera oportunidad de reaccionar, se acercó, me extendió la flor y me depositó un beso en los labios.

La conversación comenzó circunstancial, y fingí ignorar lo que acababa de pasar. No se veía bien. Tenía ojeras y un semblante preocupado. Mientras comíamos me contó todo el drama que está pasando en la Universidad. Pobre Charlotte, una vez más pensó que podía controlar el sistema y sortear las reglas. Se volvió la principal víctima de su propia riqueza. Me gustaría poder ayudar, pero no hay nada que yo pueda hacer.

Ya habíamos terminado de comer cuando conseguí abordar el tema de la separación, y ni siquiera osé hablar de divorcio. La discusión se instaló en un santiamén.

"¿Por qué te preocupas? ¿No te gusta la casa? Siempre dijiste que sí. Tienes tus cosas, tu piscina... estoy segura de que estás bien. ¿Es dinero? ¿Ese es el problema?"

"Para, Charlotte, ¡estás siendo grosera!"

"Dime de cuánto necesitas, lo deposito hoy mismo. ¿Puedo pasar a hacer una transferencia mensual, prefieres?"

Charlotte me agredía con preguntas e insinuaciones sucesivas, y por más que intentara, no conseguí entender adónde quería llegar. Poco a poco fui perdiendo la calma y acabé por responder, a los gritos: "No quiero tu dinero para nada. Puedes ser feliz con él. De ti, ahora, solo quiero distancia. Voy a buscar un sitio para vivir y durante las vacaciones me voy de allí, no te preocupes no voy a llevarte nada tuyo. Crees que puedes comprarlo todo, crees que el mundo se curva ante tu inteligencia y tu dinero, pero estás tan equivocada."

Recuerdo el almuerzo, sentada en el sofá de la sala de Mercedes. Después de su salida extemporánea, de allá de casa, hace un mes, no volvimos a hablar hasta ayer. Salió diciendo "no puedo", y, hasta ahora, no entendí lo que quería decir con esas palabras.

Me di cuenta de lo poco que sé respecto a ella. Unas frases sueltas sobre sus padres, su trayectoria profesional y la fatídica historia con Rosa. De lo que siente, de lo que le gusta, sobre eso no sé absolutamente nada. Percibo que su vida está envuelta en un velo de misterio, que pinta como algo encantador y poético, pero que, cada vez más, me parece apenas una máscara para su cobardía.

Ayer por la noche me envió un mensaje invitándome a cenar. La llamé. No quiero una relación de mensajes, besos furtivos y lenguaje en código. Si es para eso, que no cuente conmigo. Conversamos por teléfono durante bastante tiempo y acabé por aceptar venir acá a su casa hoy.

Su voz se hace oír desde la cocina. "Comemos aquí, ¿qué te parece?"

"Por mí, está bien. Se ve con buena pinta", digo cuando me acerco.

"Creo que te debo una explicación."

"No entendí nada. Pensé que estaba todo bien, y, de repente, tú dices que no puedes y sales corriendo."

Mercedes se sienta en uno de los bancos, e intenta prender detrás de la oreja un mechón de pelo que se empeña en caer. "Tienes razón. Estábamos bien, tú querías y yo quería." Respira profundamente, llenando las copas de vino.

"No puedes saber cuánto te deseaba. Podríamos haber hecho el amor allí mismo en la terraza. Sé que habría disfrutado solo con tocarte. Pero esa persona no soy yo. Yo soy aquella que se acostumbró a controlar todos los movimientos, todos los gestos. A medir las consecuencias, los riesgos de cada acción. Aquella noche perdí la noción de todo. Solo existíamos nosotros. Cuando entramos en casa tuve un momento de lucidez y fui demasiado débil para continuar. ¡Tú eres todo aquello de lo que siempre huí!" Sé que habla con el corazón. Se nota por la fuerza que imprime en las palabras, y por el tic nervioso que la hace tocarse repetidamente la punta de la nariz.

Respira hondo, otra vez, y bebe otro sorbo de vino. "Déjame mirarte. No sabes las veces que miré y desvié la mirada. En el gimnasio, en el restaurante, en tu casa... Tuve miedo de que te lo tomaras a mal si te dabas cuenta de que realmente te estaba mirando. Podría contarte las veces que me acosté sola, recordando cada detalle de tu cuerpo."

No puedo seguir aquí parada y, menos aún, comer. "¿Retomamos donde nos quedamos?", pregunto con malicia. Sin darle tiempo a responder deslizo la lengua dentro de su boca, forzando el paso entre sus labios. De inmediato siento sus manos en mi trasero, presionando mi cuerpo contra el suyo. Los cuerpos quedan pegados en un beso ávido de deseo. Sus manos, ahora dentro de la fina tela de mi vestido, provocan escalofríos a cada paso.

Ambas sabemos que ya no vamos a conseguir parar. Salimos de la cocina, hacia la sala, sin soltarnos. Sentada sobre sus rodillas, una ola de deseo se acumula entre mis piernas y los músculos se contraen cuando ella clava las uñas en mi espalda. Con el movimiento de la cadera, la tela de sus pantalones roza directamente contra la piel de mis muslos. El vestido se subió y en este momento ya no cubre casi nada, dejando mis bragas a su merced.

Ella suelta una de las manos y, en gestos rápidos, se quita la camisa y desabrocha mi vestido. Estoy completamente expuesta y todo lo que consigo pensar es en tenerla dentro de mí.

Sus manos continúan deslizándose sobre mi cuerpo, acabando por conseguir desnudarme. Pasa la punta de los dedos en mi cintura, mientras con la lengua juega con mis pezones, mordiendo con suavidad. No consigo quedarme quieta, es más fuerte que yo. Mi cuerpo busca que el contacto alivie las ganas que siento. Mercedes desvía la boca y aprieta con fuerza uno de los pezones, sin darme cuenta, suelto un grito. Mis muslos se separan. Con la boca pegada a mi oído, la oigo preguntar: "¿Lista?" No sé exactamente a qué se refiere, pero sea cual sea el sentido de la pregunta la respuesta es siempre la misma, "¡Sí!" Estoy lista para lo que ella quiera.

Su mano pasa a través de mis bragas, forzando el elástico y obligándome a quitármelas. Sin preámbulos, entra dentro de mí. Mi grado de excitación es tal que sus dedos se deslizan sin ninguna dificultad. Siento la presión del toque, quiero más, necesito más. La urgencia es tanta que verbalizo aquello en lo que estoy pensando: "¡Necesito más!"

Ignorando mi pedido, ella no intensifica el movimiento, al contrario, retira la mano y vuelve a colocarla sobre mi vientre. Me dan ganas de gritar. Implorar que continúe. Aprieto las rodillas con fuerza buscando así calmar las ganas. Ella me empuja suavemente haciendo que yo quede en el suelo, boca abajo. El contacto de mi cuerpo desnudo con la alfombra tiene el don de excitarme aún más. Respiro profundamente, pero el movimiento es interrumpido por su presión sobre mis nalgas. Su mano desciende sin pedir permiso, me agarra y me manosea, para luego enseguida tocarme muy suavemente. Los movimientos más delicados no hacen otra cosa sino aumentar la intensidad de los siguientes. Es como una montaña rusa, donde cada subida nos prepara para una bajada alucinante. Sus dedos exploran sin limitaciones, y yo disfruto hasta el límite, para en el instante inmediatamente antes de que me deshaga en éxtasis ella impide que eso suceda.

Su mano vuelve a parar, pero mi cuerpo ya no consigue relajarse, está en un ritmo propio,

impulsado por un sentimiento que ya ni se puede llamar deseo pues ya es más una fusión de placer. Podría ir hasta el final, pero ella no parece ser de la misma opinión. Se aparta, se desnuda y, sin dejar dudas de que se trata de una orden, dice: "¡Date la vuelta!" De inmediato hago lo que me pide. Ahora puedo mirarla a los ojos. "¡Separa las piernas!" Ni siquiera sería necesario pedirlo. Cierro los ojos. "No, no cierres los ojos, ¡mírame!" Con esfuerzo vuelvo a abrirlos y fijo su rostro. Ella sonríe. Su mirada refleja su éxtasis. Lleva la mano a la boca y se lame los dedos, para enseguida pasarlos sobre mi boca. En un lapso de tiempo no entiendo lo que pasa, encontré mi punto más crítico, y sus dedos describen movimientos circulares que me llevan a la locura, mientras, al mismo tiempo, me penetra de forma profunda e impetuosa. Soy tomada por un placer incontrolable. No es posible parar. No importa lo que ella haga o diga, no consigo contener un orgasmo. Mi cuerpo se contrae recorrido por varias descargas simultáneas. En éxtasis oigo su grito, percibiendo su clímax. No sé decir cuántos orgasmos se suceden hasta que, por fin, nos relajamos exhaustas.

Despierto con el sol dándome en la cara. Es de mañana. No me acuerdo de haberme dormido. El recuerdo de la noche me hace esbozar una sonrisa.

Me giro hacia un lado y encuentro sus ojos. "¡Buenos días!"

CAPÍTULO 22

20 de junio - Acoso

Charlotte

"¡No puedes ser tan falsa! ¿Cómo pudiste hacerme esto? ¿Cómo tuviste el valor? ¿Por qué?"

Alicia grita a pleno pulmón en medio de la sala. Al principio no entiendo qué está pasando. Está parada, sentada, mirando mi computadora con un aire atónito. Estuve toda la tarde trabajando y, cuando ella llegó, dejé la computadora abierta sobre la mesa. Me acerco y veo en la pantalla mi correo electrónico. Están abiertas mensajes míos y de Enrique.

Ella llora y grita, en una mezcla de rabia y aflicción, con el mentón temblando y la voz titubeando. "No lo entiendo, realmente no lo entiendo, ¿qué ganas con todo esto? Todo lo que te pedí fue una carta de recomendación. No te lo pedí como amante... ¡te lo pedí como profesora! Eres mi tutora, conoces mi trabajo, ¿cómo puedes decir esas cosas sobre mí? ¿Por qué? ¿Soy inmadura? ¿No sé cómo trabajar en equipo? ¿Soy arrogante? ¡Mentira!"

"Escucha, Alicia, ¡para un momento! Eso no es lo que parece, déjame explicarte". Mis palabras no tienen ningún efecto. Ella sigue mirando la computadora y vociferando contra mí. En un gesto de pura rabia, cierra la pantalla golpeándola con fuerza contra el teclado. Cambio de estrategia y elevo el tono de voz: "¿Con qué derecho te atreves a ver mi correo? ¿Por qué crees que puedes hurgar en mi computadora?" Me acerco a la mesa y, de un tirón, agarro la laptop.

"¿Eso es lo importante? ¿Que yo hurgue en tu computadora?"

"No tienes ese derecho. Es algo privado, ¡es mío! Las cosas no pueden ser sacadas de contexto".

"¿Por qué? Dime, ¿por qué? ¿Por qué estás poniendo en riesgo mi postulación? ¡Di algo!"

Me alejo de la mesa y me siento en el sofá, todavía con la computadora en la mano. Respiro hondo antes de responder: "Tu postulación está en riesgo porque no eres la persona adecuada para el puesto. Al contrario de lo que estás diciendo por ahí, no son mentiras, es la verdad desnuda y cruda. Y si no, mira... lee la carta del profesor Enrique. Él, aún más que yo, cree que tienes potencial, pero eres demasiado joven".

"¡Eso es mentira!" Alicia tiene los ojos y el rostro rojos, con manchas provocadas por la irritación. Grita y gesticula, sin controlar las lágrimas. "Siempre me fue bien en todos los equipos, a la gente le gusta trabajar conmigo. Sí, a veces hablo de más, doy muchas opiniones, pero sé escuchar, no soy arrogante". Se levanta y camina de un lado a otro, hacia atrás y hacia adelante. "Vi tus mensajes para el profesor Enrique. Fuiste tú quien lo obligó a escribir esa carta. ¡Lo envenenaste contra mí!"

"No sé por quién me tomas. No sé qué quieres que te diga. ¿Crees que debería mentir sólo porque me acuesto contigo? Es una razón más para protegerte, a ti y a mí. No quiero que nadie diga nunca que yo te beneficié".

"¡Ah! Entonces es eso, para protegerte mientes descaradamente y arruinas todo lo que más quiero".

"Alicia, siéntate y piensa. Nosotras estamos bien. Me gustas. Tienes tu proyecto y podemos pensar en otro después de este. Quédate aquí... yo te ayudo..."

"¿Ayudas? ¡¿Ayudas como ayudaste a escribir las cartas de recomendación?! Resta saber qué escribiste en el formulario. Felizmente, yo aún no envié la versión final. ¿Escribiste un montón de porquerías en mi nombre? ¡Eres muy capaz de eso!" Para, apenas el tiempo suficiente para recuperar el aliento: "¿Cómo es posible? ¿Quién eres tú?"

"Yo te necesito", respondo bajito.

"Entonces de eso se trata, tú y tus necesidades. No me quieres perder y eso te da el derecho a pasar por encima de mí y arruinar mis sueños".

"¿Sueños? ¿Qué sueños? Ayer soñabas con venir a Europa, hoy quieres postular a Estados Unidos. ¿Qué sueños son esos? Tú, ¿acaso sabes lo que quieres? Un día dices que me amas, al día siguiente lo que más deseas es un proyecto que te alejará de mí durante años..."

"Cariño, tal vez nunca nadie te lo haya dicho, ¡pero la vida no es así! No puedes manipular a todos a tu alrededor como si fueran peones en un juego de ajedrez, cuyas reglas cambias cuando quieres". Su voz se transformó. La ira ahora es ironía. Está sentada en el piso, recostada en un almohadón, y me mira con una sonrisa que nunca le había visto, una mezcla de escarnio y pena.

"¡Desiste del concurso! Planeamos unas vacaciones. Las clases ya terminaron, los exámenes están por acabar. Podemos salir durante un mes, o más..., podemos ir adonde quieras, a Estados Unidos a ver a tu hermano... sólo tienes que decirlo. Vamos a darnos tiempo".

"No estás bien Charlotte. ¡No, para nada! Deberías consultar a alguien. ¿Crees que todo el mundo se vende, que todos tienen un precio?" Su tono es gélido. "Voy a resolver este asunto. Nunca más te quiero ver. ¡Olvídate de que existo!"

Agarra la mochila que está en el piso y el teléfono sobre la mesa, y se va dando un portazo.

En shock, me quedo inmóvil, intentando asimilar lo que acaba de pasar. ¿Y ahora? Se me ocurre llamar a Elena, pero después de la discusión de la semana pasada creo que es mejor no hacerlo. Tengo que lograr parar y pensar. ¿Qué va a hacer Alicia?

Agarro el teléfono y llamo a mi madre. Atiende al primer tono y, como siempre, me habla como si viviéramos al lado. No imagina lo que pasa, y yo tampoco digo nada.

Está muy preocupada, supo por la madre de Jean-Luc que él ha recibido amenazas, cartas anónimas que aparecen en los más diversos lugares. Nadie sabe quién está detrás, pero el tono se está poniendo serio. Me hace preguntas, pero yo sé menos que ella sobre el asunto. Ya llevamos un largo rato conversando, cuando me pregunta por Elena. Sabe que estamos separadas, pero no mucho más que eso. Cuando le conté desestimé la situación, diciendo que ambas necesitábamos pensar, casi un cliché. Reaccionó con una calma inesperada y ni siquiera hizo muchas preguntas.

"No creo posible que tú, de un momento a otro, hayas dejado de estar enamorada de ella. Esa historia está mal contada y tú lo sabes mejor que nadie".

"Tal vez, mamá. Tal vez tengas razón... otro día hablamos sobre eso, hoy sólo necesitaba escuchar tu voz. Disculpa, pero tengo que volver al trabajo. Besos, *je t'aime bien*". Corto la conversación abruptamente. Sé que ella tiene razón y sabía que sería la primera en cuestionar mis motivos. Un día, no hoy, tendremos esta conversación.

Dejo pasar los días sin saber nada más de Alicia, de Elena o de mi madre. El teléfono permanece en silencio. No un silencio bueno, que me permita descansar, es un silencio pesado, como una tormenta que se adivina antes de oírse los primeros truenos.

Recibí un email extraño que, sin decir casi nada, me convocaba a una reunión en la dirección. ¿Será que la investigación terminó? Estaba previsto que fuera hasta septiembre, pero tal vez avanzó más rápido. O, ¿será por mi candidatura a la dirección del departamento? No lo sé, pero lo voy a descubrir.

Cuando entro a la sala ya están sentados el director del departamento, el asesor de la dirección de la Universidad y el responsable del servicio jurídico. Repentinamente me pongo nerviosa. Tienen un semblante serio y circunspecto.

"Hola Charlotte, buenas tardes. Siéntate, por favor", dice mi director.

El asesor de la dirección toma la palabra. "Profesora Grimaux, gracias por haber venido". Como si yo tuviera elección. "Recibimos hace dos días una queja muy grave contra usted".

Siento el corazón dispararse y contengo la respiración. Tengo la sensación de que voy a desvanecerme. Mientras prosigue su narración, me extiende un conjunto de fotografías. Agarro y

me deparo con imágenes mías besando a Alicia en varios lugares, incluyendo dentro del auto en el estacionamiento de la Universidad. ¿Quién tomó estas fotografías? Tiene que ser alguien que nos estaba siguiendo. ¿Pero cómo? ¿Dentro de la Universidad? Mi cerebro tiene muchísimas más preguntas que respuestas. Vuelvo a prestar atención a la conversación.

"Ella la acusa de acoso. Dice que la presionó para tener una relación. Argumenta que dada su posición no tenía cómo negarse".

Dejo otra vez de escuchar. ¡Acoso! ¡Acusada de acoso! ¡¿Cómo se atreve?! "Disculpe, disculpe interrumpirlo, pero lo que está diciendo no tiene sentido".

"Profesora Grimaux, por favor déjeme terminar. Es importante que tenga conocimiento de la acusación y los hechos presentados para poder elaborar su defensa".

¿Defensa? Hablan en defensa porque ya me consideran culpable. "Pues muy bien, prosiga por favor. No vuelvo a interrumpir".

"Gracias. La becaria que trabaja con usted en el ámbito del Premio Bertha Lutz, Alicia Souza, solicitó a la Universidad que le fuera asignado otro tutor, acusándola de acoso y abuso de poder. En términos concretos dice que la Profesora tiene una actitud impropia. Relata que comenzó desde el momento en que se presentó, incluyendo invitaciones para paseos y almuerzos fuera de la Universidad, y que, más tarde, tuvieron un involucramiento de índole sexual. Declara que las relaciones sexuales fueron consentidas, pero dice que, en realidad, sólo consintió porque pensó que podría ser perjudicada si no lo hacía. Además de las fotografías que hace poco le mostré, nos entregó otras de lo que dice ser los regalos que usted le dio, entre los cuales está un reloj de valor superior a diez mil euros. La joven afirma no querer iniciar ningún proceso criminal o civil, declarando que sólo hace la denuncia porque la situación se tornó insostenible. Quiere continuar el trabajo aquí en la Universidad, pero bajo la tutoría de otra persona".

Finalmente termina el relato de este delirio. No tengo palabras. Me ocurre pocas veces, pero esta es una de ellas. No tengo palabras. Por fin pregunto de un modo casi ingenuo: "¿Qué debo hacer?"

"Nosotros vamos a abrir un proceso interno de averiguación. No tiene relación directa con la investigación que ya está en curso, pero de alguna forma están asociadas ya que usted es la implicada en ambas. Le preguntamos a Alicia si recibía pagos en dinero suyos, por cualquier tipo de servicio o actividad dentro o fuera de la institución, pero lo negó. Dice que sólo recibió los regalos de los cuales nos presentó fotografías".

Ahora entiendo aún menos. Yo le pago para ayudarme en el proyecto sobre la construcción social de la identidad de género. En los últimos meses hizo varios análisis de contenido y hasta escribió algunos textos. ¿Por qué no dijo nada sobre eso cuando presentó la queja? Ella sabe que hay una investigación en curso y que eso me podría perjudicar seriamente. No es coherente.

Esta vez es el responsable por el servicio jurídico quien interviene: "Profesora, desde nuestro punto de vista la acusación es tan grave que justifica su suspensión temporal durante el período de investigación".

"¡No pueden hacer eso! Tengo proyectos en curso. No pueden suspenderme por algo que no tiene nada de verdad. ¡Nada mismo!"

"Calma, Charlotte", interviene mi director, hasta aquí callado, "Nadie está diciendo que tienes culpa de algo, pero comprendes que tenemos que aclarar la situación. Tú misma has sido muy activa en los derechos humanos, en los derechos de las mujeres. Las situaciones de acoso en el trabajo existen, y tenemos que estar atentos. ¿Te das cuenta de que si fueras un hombre la situación tendría todos los ingredientes para decir que era un caso típico: "Profesor abusa de joven alumna extranjera"? Te conozco hace tiempo suficiente para tener la certeza de que tiene

que haber algún malentendido en esta historia. Pero, no es por ser mujer que no vamos a investigar del mismo modo que lo haríamos si fueras un hombre".

No sé si soy sólo yo que tengo esta sensación, pero me parece haber una cierta satisfacción por el hecho de que esta acusación sea contra una mujer.

"Profesora Grimaux, a mi parecer debería contratar a un abogado. La Universidad va a nombrar una Comisión para cuidar el caso y todo hará para que el proceso sea lo más breve posible, evitando males mayores. Quisimos hablar con usted personalmente por toda la consideración que nos merece. Cuando termine esta reunión va a recibir un email formal en el cual se le solicita que presente su versión de los hechos, por escrito. Tendrá un plazo de diez días para hacerlo. Es suficiente, ¿no?"

"Sí, es más que suficiente para contar la verdad. No consigo creer... Voy a mostrarles que todo esto no pasa de una confabulación inventada con el único propósito de perjudicarme".

"¿Por qué Charlotte? ¿Por qué Alicia querría perjudicarte?"

No tengo cómo responder a esta pregunta. No puedo contarles lo que pasó. "Admito que tuvimos una relación y que eso puede ser considerado inapropiado, pero nunca hubo acoso de mi parte, lejos de eso. Creo que esto puede ser una reacción al hecho de que le dije, la semana pasada, que teníamos que terminar. A ella no le gustó, y creo que esta fue la forma que eligió para vengarse", miento.

"Profesora Grimaux, nuestra propuesta es que anticipe sus vacaciones. Será una forma de no llamar la atención. Es importante que el asunto permanezca en sigilo. No será bueno para ninguna de las partes que el tema se vuelva público. Perjudicaría mucho la credibilidad y reputación de la Universidad, ya ni hablar del impacto que tendría para usted. Diga a todos que tuvo que precipitar las vacaciones por razones familiares, y que estará ausente hasta finales de agosto. Para entonces ya deberíamos tener una conclusión y podremos entonces decidir cómo proceder. ¿De acuerdo?"

No me queda otra opción sino estar de acuerdo.

"Profesora, solo una cosa más, por favor, no contacte a Alicia. No hable con ella, no llame ni envíe emails. Es muy importante que no haya ningún tipo de contacto. Por ahora, vamos a pedirle a la Profesora Isabel Reyes que la oriente."

¡Isabel orientando el proyecto es la guinda que faltaba en el pastel!

Salgo de la sala todavía sin poder creerlo. Entro en el coche y arranco haciendo chirriar los neumáticos. No me importa que miren. Sigo sin destino, mientras intento delinear una estrategia. No sé en quién confiar. ¿Qué puedo decir en mi defensa? En realidad, probablemente, no tengo defensa posible.

CAPÍTULO 23

1 de julio - Confidencias

Elena

Ayer, estábamos cenando en casa cuando Mercedes recibió una llamada del cuñado. En pocas palabras le informó que su madre había tenido un dolor en el pecho y estaba de camino al hospital. Ella se puso pálida y no pudo decir nada más que preguntar el nombre del hospital y murmurar entre dientes que iría para allá. Primero, se negó vehementemente a que yo la acompañara. No pude entender el porqué de tanta resistencia, pero no era el momento para discusiones. Al final, acabó por aceptar que yo la llevara.

Hicimos el camino en completo silencio. Aceleré más de lo que debía y llegamos pasada una hora. Paré en la puerta del hospital, Mercedes me dio un beso en la mejilla diciendo apenas "Gracias". Salió del carro, sin mirar atrás, y corrió hacia dentro del edificio.

Avancé hacia el estacionamiento y llamé a Mari Carmen. Sin rodeos le conté lo que estaba pasando.

"Hiciste bien en llevarla hasta ahí. Ahora, por favor recomponete, da la vuelta y vete a casa. Si quieres ven hasta acá. Te ofrezco un té y dos dedos de conversación."

Llegué a casa ya pasadas las dos de la mañana. Desperté con el sonido del teléfono.

"¡Murió! Elena..., ¡mi madre murió!"

¿Qué podía decir ante aquellas palabras?

"Oh, Mercedes... lo lamento mucho. ¿Quieres que vaya contigo?"

"No sé... Fue ahora mismo..., el médico nos estaba esperando. Mi hermana no para de llorar y yo..., yo no sé qué hacer."

"¿Puedo ir hasta ahí contigo?"

"¿No te importa?"

Llegué al hospital pasadas poco las ocho de la mañana. La encontré sola con la cabeza baja entre las manos y los codos apoyados en las rodillas. Me acerqué despacio para no asustarla.

"Ya llegué." Ella levantó la cabeza, y pude ver que tenía los ojos rojos, pero no lloraba.

Mercedes fue a explicar a su hermana que iba para un hotel y combinar a qué horas estaría en la iglesia. Cuando entró al carro estaba con una fisionomía menos cargada, aparentando algún alivio.

"Tengo que estar en la iglesia a las seis."

Mercedes sale conmigo de la iglesia y se dirige a alguien de traje gris. Me quedo atrás, intentando pasar desapercibida, lo que, en esta situación, no es difícil. Me apoyo en una de las paredes laterales del edificio y finjo estar concentrada en el teléfono. Discretamente miro a las personas a mi alrededor. No es difícil percibir cuál es el mundo de quién.

Volvemos para el hotel alrededor de la medianoche. Mañana el funeral está marcado para las nueve de la mañana.

Nos acostamos pero, entre la agitación, las emociones y el hecho de haber dormido toda la tarde, ninguna de nosotras consigue conciliar el sueño.

Acabamos por decidir pedir algo para comer y nos sentamos en los sofás junto a la ventana.

"Mi relación con ella era muy difícil. Durante la universidad me fui alejando. Hablábamos una vez por mes, a veces menos. Mi padre intentaba... A veces me llamaba para conversar. Pero había un abismo entre nosotras. Cuando volví de Portugal venía mal, muy mal. Me hacía falta tener a alguien con quien compartir mi dolor. Elegí a la persona equivocada..." Hace una larga pausa, mira al vacío y finge terminar las gotas de cerveza que están en el fondo del vaso. "Un día, le conté lo que había pasado. Me expuse como nunca lo había hecho y nunca más lo volveré

a hacer. Ella escuchó todo sin decir una palabra. Cuando terminé, me dijo, "Dios te acompañó y no permitió que te perdieras. Hay momentos en la vida en que cedemos a tentaciones. Tienes que olvidar que eso sucedió, y no vuelvas a contar esta historia a nadie. Vas a encontrar un hombre bueno, con quien vas a ser feliz. Vas a darme nietos, a mí y a tu padre." Después de estas palabras se levantó y preguntó "¿Quieres un té antes de irte?" Nunca más hablamos sobre aquella conversación. Mi padre murió sin conocerme verdaderamente, y ahora..., ahora ella murió... Nunca aceptó."

"¡Tienes que vivir tu vida, de acuerdo con tus principios y no con los de los demás! ¡Ni siquiera los de tu madre!"

"Dices eso porque nunca pasaste por nada parecido."

"No, no pasé, pero no es por eso que deja de ser verdad." El comentario me hace recordar cuánto mi madre me ayudó cuando me enamoré de ella, tal vez sea el momento de contar esa historia. "¿Te acuerdas de haberme preguntado por qué yo sabía tantas cosas sobre ti? ¿Por qué había leído artículos y entrevistas, después de haberte visto en la conferencia con mi padre?"

"Claro..."

"No lo sabes, pero fuiste mi primer "amor". Nunca había sentido nada parecido. Te vi, y algo cambió dentro de mí. Quería estar contigo, saber más, aunque fuese por recortes de periódico."

"¿En serio?" Mercedes me mira incrédula.

"¡En serio! En aquella época, mi madre fue la mejor persona que podría ser. Debería hablar más con ella..."

Mercedes se acerca y deposita un beso en mis labios. "No sé qué decir..."

"Nada, no digas nada. Pasaron muchos años sin que yo volviera a pensar en ti, pero la vida tiene estas cosas..., coincidencias."

Ella continúa hablando mientras yo me pierdo en devaneos. Afuera ya se ve la luz del día, e inevitablemente la conversación es interrumpida por las horas. Es el momento de volver al presente.

La ceremonia es breve y simple. Al final, Mercedes se despide rápidamente de la hermana y del cuñado, prometiendo volver. Aunque yo esté a su lado nunca llega a presentarme a nadie. Me despido de todos, como si mi presencia fuera, no más que "normal".

CAPÍTULO 24

8 de julio - La "realidad" es lo menos importante

Charlotte

La semana pasada reuní el valor y llamé a mi madre. Si alguien me podía ayudar era ella. Ensayé mil discursos, ¿qué iba a decir? "Me están acusando de acoso, pero es mentira. Intenté boicotear el concurso de Alicia, ¡y esto es un acto de venganza!" No podía decir esto, ni a mi madre, ni a nadie. O tal vez sí podía, quizás fuera la única solución.

Fui a París y me reuní con los abogados. Era momento de contar la historia, reescribirla y hacer de ella una historia verdadera, o al menos una que pudiera ser probada.

"Charlotte", me interrumpió uno de los abogados, "¿eres consciente de que estabas en una posición de poder?"

"Sí, lo entiendo. ¡Puedes querer que lo entienda! Pero, en realidad, fue ella quien lideró los acontecimientos. No tengo cómo probar nada y, aunque lo tuviera, eso no cambiaría las circunstancias."

"Por más que te cueste oír esto, "la realidad" es lo menos importante."

Durante unos minutos, los tres abogados intercambiaron impresiones. No entendía lo que decían, pero sabía que no tardarían en explicármelo detalladamente.

"Estás siendo acusada de algo que no hiciste. Tú y ella lo saben, pero no hay pruebas. El dinero que le pagaste para que trabajara en tus proyectos, ¿cómo fue pagado?"

"En efectivo."

"¡Excelente! ¿Y regalos?"

"Un reloj. Algo de ropa, unos pendientes y una pulsera de oro. ¿No os parece extraño que no haya usado el dinero que le pagué para acusarme?"

"Tal vez no quiera ser acusada de evasión fiscal."

"¡Bien visto!" No había pensado en eso.

"Escucha Charlotte, nuestra propuesta es que asumas lo que ya es público, vuestra relación, las cartas, pero vas a acusarla de robo."

"¿¡Robo!? ¿Nos estamos volviendo todos locos?"

"Calma, sé que no lo estás entendiendo, déjame terminar. La acusación de acoso es grave."

"Sigo sin entender qué tiene eso que ver con robo."

"No vamos a conseguir probar que no hubo acoso, porque las circunstancias están en tu contra. Entonces, vamos a reescribir la historia. Vamos a contar una mentira, y aprovechar el hecho de que, en esa "historia", las circunstancias están en contra de ella."

"¿¡En serio!? ¡Dime que estás bromeando!"

"No podría estar hablando más en serio. Basta con que se instale la duda. El prejuicio hablará más alto. ¿Sabes lo que va a pasar?"

"¡No tengo ni idea! Pero me lo vas a decir, ¿verdad?"

El avión acaba de aterrizar. Salgo sola y tomo un taxi. La conversación con los abogados me dejó absolutamente pasmada. ¿Qué diría Elena de todo esto?

La fuerza de la añoranza supera el sentido común. En un impulso, cojo el teléfono y la llamo. Suena una vez y otra, hasta que se escucha el mensaje grabado. Cuelgo y vuelvo a llamar. Voy a enviar un email. La situación es grave, lo suficientemente importante como para dejar de lado nuestras diferencias.

¡Nada! Ninguna respuesta. Cojo las llaves y la cartera, y salgo. ¡Voy allá!

Elena

Sostengo el teléfono con las dos manos. Tengo que contenerme para no responder. Charlotte sabe cómo ser insistente, llama tantas veces seguidas que, aunque no quiera, siempre acabo preocupándome. ¿Qué habrá pasado? Ya es tarde, es raro que esté insistiendo tanto en hablar conmigo.

Supe, por Mari Carmen, que Alicia se fue y la acusó de acoso. Estoy segura de que es mentira, Charlotte sería incapaz.

El teléfono vuelve a vibrar, esta vez con un mensaje. No la voy a llamar. Con o sin problemas en la Universidad, este no es el momento de volver a hablar. Si le va mal con Alicia, mejor. No es asunto mío.

Pasé el fin de semana con Mercedes. No sé qué tipo de relación es esta, ni siquiera si es una relación. Ayer, me invitó a ir con ella de vacaciones a Portugal. Yo había planeado ir a Cerdeña con Charlotte y de ahí seguiríamos a la casa de su madre en Saint Tropez. Al final, después de tantas conversaciones, tantos planes, este año cada una de nosotras tendrá un destino diferente.

Mercedes iba sola a Portugal y se esforzó arduamente en convencerme de ir con ella. No sabía que no necesitaba haberse esforzado tanto. Después de los primeros argumentos, yo ya estaba más que convencida, pero me hice la difícil y dejé que la conversación se prolongara por más de una hora. Esta mañana, antes de que ella se fuera, combiné encargarme de los billetes, mientras ella hablaba con los hoteles para cambiar las reservas.

Claire salió a cenar con unos amigos, y yo finjo ver televisión, recostada en los cojines de la cama. El móvil vuelve a vibrar, esta vez por la llegada de un email.

¡Charlotte! Decido no leerlo, y vuelvo a perderme en mis pensamientos. ¡No puedo! Después de resistir algunos minutos, cedo a la tentación. Es un texto largo, lleno de emoción y mucha tristeza. Hay partes que me conmueven, y otras tantas que me irritan. Ella es siempre la misma, nunca va a aprender, nunca va a cambiar. Cuando termino, hago lo que debería haber hecho antes de empezar, lo borro y apago el teléfono. Basta de Charlotte y sus dramas. Por más que todavía me afecte, no hay nada que yo pueda hacer. O mejor dicho, no hay nada que yo quiera hacer. Ella va a vivir su vida y yo voy a vivir la mía, lo más separadas posible. Respiro hondo e intento concentrarme en la película. No estoy muy segura de que sea la misma película que estaba viendo la última vez que miré.

¡Imposible, no puedo dormir! Me levanto, bajo las escaleras y vengo a la cocina. Puede que un vaso de agua me ayude a recuperar la tranquilidad suficiente como para al menos poder cerrar los ojos.

Saco el vaso del armario y lo lleno de agua helada. En el silencio de la noche, oigo un ruido extraño, primero distante y luego progresivamente más cerca. Mi cuerpo se estremece y se pone en estado de alerta. El corazón se acelera y los músculos se tensan. Permanezco inmóvil, sosteniendo con fuerza el vaso de agua en la mano, procurando no emitir ningún sonido.

Es el ruido del ascensor y se está deteniendo aquí mismo, en el vestíbulo de entrada. Nadie tiene acceso a este piso por el ascensor, a no ser que entre con la llave por el garaje. Siento el corazón en la boca y el pecho apretado como si estuviera siendo comprimido. El clic de las puertas desbloqueándose se hace oír. A continuación, el sonido de pasos. Alguien entró. ¡No sé qué hacer! ¿Gritar? ¿Huir? Dejo lentamente el vaso sobre la encimera, evitando hacer ruido, y agarro un cuchillo. Movida por el pánico, avanzo hacia la sala con el cuchillo en mano. Cuando atravieso la puerta de la cocina, la luz de la sala se enciende. Salgo lista para apuñalar a quien se

me aparezca por delante, y me encuentro cara a cara con Charlotte.

Gritamos simultáneamente, rasgando la quietud que se hace sentir. Nos quedamos lívidas, paradas mirándonos la una a la otra. Ella trae las llaves de casa en la mano y yo, un cuchillo.

Charlotte es la primera en recuperarse y, con una risa nerviosa, comenta: "¿Qué ibas a hacer con ese cuchillo? ¡Ese es aquel cuchillo que ni sirve para cortar verduras! ¿A quién ibas a matar con esa arma poderosa?"

"Deja de bromear, ¡no tiene gracia! No sabes el susto que me diste, por poco no me da un infarto." Vuelvo a la cocina, devuelvo el cuchillo a su lugar y bebo el agua que aún está dentro del vaso.

Charlotte me sigue, y se sienta en uno de los taburetes junto a la barra: "Perdona por venir hasta aquí y asustarte, pero no me respondiste, el teléfono estaba apagado, y yo necesitaba mucho, mucho, hablar contigo hoy. No te imaginas lo que está pasando..."

"¿Tienes el descaro de aparecer aquí a estas horas porque yo no te atendí el teléfono? ¿¡Quién te crees que eres!?" Estoy irritada como no pensaba que fuera posible.

"Tomas cuenta de mi vida, te vas y ¿te crees con el derecho de aparecer cuando quieres? No sé cuál es el drama esta vez y no quiero saberlo. No voy a escuchar ni una palabra. ¡No me interesa si estás enferma, si vas a ir presa o si tienes otra amante! ¡Simplemente no me interesa! El día que estés lista para hablar de divorcio dímelo, en ese momento estaré aquí para escuchar. Hasta entonces no hay nada de qué hablar. ¡Vete! Ahora, por favor, ¡vete!"

"Espera Elena, no puedes estar hablando en serio. Déjame sólo explicar..."

"No estás escuchando, Charlotte, no quiero saber lo que pasó. ¡Vete! Voy a subir y espero que tengas la decencia de salir de esta casa y no volver a entrar. Bien o mal, esta casa ya no es tu casa." Doy la espalda, sintiendo la rabia salir por todos mis poros. Subo la escalera corriendo, tiro con la puerta del cuarto, la cierro con llave, y me meto dentro de la cama cubriendo la cabeza con la sábana. Minutos después, oigo la puerta de la calle cerrarse. Vuelvo a levantarme y voy hasta el rellano en lo alto de las escaleras. Las luces parecen todas apagadas y, en la planta de abajo, no se oye nada. Afortunadamente decidió irse, no sé qué haría si hubiera decidido subir las escaleras en vez de salir.

CAPÍTULO 25

2 de agosto - Par en el hoyo 5

Charlotte

Hace un tiempo insoportable. Desde que llegué, hace dos semanas, hay una ola de calor que está volviendo loca a toda la gente. Muchos se fueron de la ciudad hacia las playas, y los que continúan aquí intentan encontrar soluciones para aliviar el calor. Las fuentes y los lagos se transforman en piscinas improvisadas. Las Paris Plages están llenas de jóvenes y otros menos jóvenes extendidos al sol como si se tratara de la Riviera.

Después de mi visita a su casa, no volví a verla. Con honestidad, no sé si tengo ganas de verla. En mi cabeza ella sigue siendo la misma de siempre, la mujer deslumbrante de la que me enamoré, pero, cada vez que estamos juntas, hay un poco de eso que se quiebra. Me prometí a mí misma dejar pasar un tiempo. No llamar, no enviar mensajes, nada. Puede ser que el tiempo y la distancia nos hagan bien. Sé que un día vamos a tener que conversar, pero no estoy preparada para hacer eso ahora.

Mi madre entra en el despacho improvisado, que mandó decorar para mí cuando decidí pasar estos meses de vacaciones en París, trayendo en la mano dos enormes vasos de limonada con mucho hielo. "¿Qué estás haciendo? No es hora de trabajar, hace demasiado calor".

"Ojalá fuera eso. No consigo hacer nada".

"Tengo una propuesta para ti, Chérie. Claire llamó ayer diciendo que inesperadamente tiene una semana de vacaciones. ¿Qué tal si vamos las tres a la casa de Quinta do Lago? Pasamos una semana en el Algarve y después, si quieres, nos quedamos las dos unos días en Lisboa. El tiempo aquí está intolerable, no se puede salir de casa, allá tenemos piscina y podemos ir hasta la playa. ¿Qué te parece?"

Solo de pensar en volver a entrar en un avión, siento el estómago revuelto. La idea en sí me parece agradable. Me encanta ir a Portugal.

Giro el vaso en la mano, haciendo sonar el hielo, y bebo varios sorbos de limonada, ganando tiempo antes de responder: "Tengo poca energía para decidir. Por mí me quedaría aquí encerrada esperando que el tiempo pase. Pero tienes razón, me va a hacer bien salir de aquí y me gusta esa idea de estar unos días solo las tres".

Huele a verano, pero no al calor abrasador de París. Aquí hay un calor ameno que invita a un chapuzón y a una lectura a la sombra. Mariana está efusiva con nuestra llegada y no se cohíbe en manifestarlo. En los jarrones, flores frescas dan colorido a la sala y, afuera, las sillas alrededor de la piscina ya están preparadas con nuestras toallas de rayas verticales azules y naranjas. ¡Perfecto!

"Gracias, Mariana. ¡Está fantástico!"

"Ay, niña Charlotte, lo que me gustaría era que vinieran aquí más veces. Esta casa solo gana vida cuando vienen, y últimamente han venido muy poco. El niño Simon estuvo aquí con unos amigos, hace cerca de un mes. Fue una maravilla. Y lo que comían aquellos muchachos..."

La semana pasa rápidamente entre baños en la piscina, paseos en la playa, una o dos idas al café de la plaza central y las delicias con las que Mariana nos obsequia en cada comida. Después de cuatro días de descanso, convenzo a mi madre para acompañarme a dar una vuelta al campo de golf. Claire se fue a pasear con dos amigas portuguesas y nosotras salimos de casa con las bolsas, listas para encarar el desafío. Aunque ninguna de nosotras golpee una bola hace más de dos años, es como andar en bicicleta, y, sin que sepamos cómo, cuando volvemos a agarrar los palos está todo ahí. No somos eximias, pero jugamos lo suficiente para divertirnos.

En pleno campo, después de celebrar haber hecho par en el hoyo 5, mi madre pregunta, saliendo

de la nada: "Charlotte, ¿ya pensaste en dejar la Universidad? No estoy diciendo volver a París si crees que tu lugar es en Barcelona, sino dejar la Universidad..."

"¿Por qué preguntas eso? ¿Crees que me van a echar? ¿Estás convencida de que van a probar que soy culpable?" No sé si estoy asombrada o simplemente irritada con la pregunta.

"¡Nada de eso! Estoy segura de que se va a probar tu inocencia y hasta creo que aún te van a pedir disculpas cuando todo esté finalmente esclarecido".

"¿Entonces?" No estoy entendiendo a dónde quieres llegar.

"Estaba pensando en un proyecto que he estado rumiando desde hace mucho tiempo. Iba a hablarte sobre esto cuando estuve en Barcelona..."

"Pero, eso fue hace tres años..."

"Sí, es verdad. El tiempo es traicionero. En los últimos dos años dejé de hacer planes y me concentré en vivir el hoy, creyendo que la próxima semana ya era largo plazo. Cuando este año comenzó, pensé que este sería el año..."

"¿El año de qué?" No estoy entendiendo nada, nada de nada, de la conversación. ¿De qué proyecto está hablando? ¿Una nueva gira? ¿Y dónde me incluye eso a mí? "Vamos mamá, si estamos aquí tenemos que jugar". Pongo la bola en el *tee* y con el Drive golpeo con fuerza una bonita bola en arco. Mi madre hace lo mismo y lanza una bola que queda un poco a la izquierda y unas decenas de metros detrás de la mía.

"No perdiste el toque. Sigues golpeando como si entrenaras todas las semanas. A tu padre le gustaría estar aquí". Evito mirarla, pero anticipo que sus ojos, como los míos, están húmedos de lágrimas. Sin dar tiempo para tristezas continúa: "Has dedicado tu vida al estudio de la igualdad y de la identidad de género, yo, por mi lado, me dediqué en cuerpo y alma a la música. Ambas tuvimos la suerte de ser privilegiadas. No era común que jóvenes de mi edad tuvieran la posibilidad de ir a estudiar música a Francia, de sacar un título y de tener una carrera. Tengo que agradecer mucho a tus abuelos, estaban claramente adelantados a su tiempo. Tú sabes, su muerte nos dejó ricas...He pensado si no habrá llegado el momento de contribuir más, de retribuir un poco de aquello que nos dieron".

Me remito al silencio mientras mi madre habla. Las palabras solo son interrumpidas para elegir un palo y golpear la bola, pero luego recomienza: "Pensé que podíamos crear una Fundación. Una Fundación que promoviera la igualdad de oportunidades y actuara en varios dominios, en el arte, en la enseñanza, en la salud y en la vida familiar".

"¿Una Fundación?" Intento comprender e integrar lo que acabo de oír. "Una Fundación, ¿cómo?"

"No sé "cómo", y tampoco he hablado de este asunto con nadie más, a no ser con Anne. Sabes, en todos estos años, ella se volvió mi mejor amiga".

La idea es increíble. Más que increíble, está más allá de cualquier adjetivo que yo pueda nombrar. ¿Cómo es que yo misma nunca pensé en eso? Siempre estoy demasiado presa al día a día, dejé de permitirme soñar. Soñar implica riesgo, riesgo de fallar, de perder, riesgo de ser juzgada, en fin, todo lo que me acostumbré a evitar a cualquier costo.

"Imaginé que la Fundación podría ser un proyecto conjunto mío, tuyo y de tus hermanos. Si dejaras la Universidad podrías asumir la dirección ejecutiva".

¡Ahora tiene sentido! Ahora entiendo el inicio de la conversación. "¿Basta de golf, no crees?", digo de forma retórica. "Esta conversación es demasiado importante para que yo pueda concentrarme y jugar al mismo tiempo. Vamos, pasamos por allí por el medio, entre los setos, y vamos hasta la explanada, necesito urgentemente beber algo". No le doy tiempo para discrepar, y comienzo a guardar todo en las bolsas.

"De acuerdo, ¡pero fui yo quien ganó! Tengo un golpe menos que tú..."

"¡Correcto!", confirmo soltando una carcajada. "Ahora que ya fuiste sagrada vencedora, ¿puedes continuar lo que estabas diciendo?"

Caminamos rápidamente hasta la explanada, nos sentamos a la sombra y pedimos dos gin con hielo y limón. Mientras mi madre se levanta para ir a lavarse las manos, miro el teléfono y veo que tengo un mensaje de Claire diciendo que no la esperemos para cenar, pues se va a quedar en casa de una de las amigas. Antes de tener tiempo para responder, mi madre vuelve a sentarse.

"Por ahora es solo una idea. Cuando quieras ver, puedo mostrarte más detalles. Hice un archivo con las ideas que fui teniendo, aquello que me fue pasando por la cabeza durante todo este tiempo, nada muy organizado."

"Me gustaría ver. ¿Dónde está?"

"Podemos ver cuando lleguemos a casa, está en mi computadora. Pero no te entusiasmes, es apenas un esbozo... notas sueltas."

La idea comienza a germinar en mi mente. Conducir una Fundación. Aplicar dinero en proyectos para promover la igualdad. Poder hacer campañas, becas, subsidios, apoyos..., tal vez un poco de todo. La idea es genial.

"Disculpa mi silencio", digo finalmente. "Estoy tan sorprendida y al mismo tiempo tan fascinada, que no sé qué decir."

"Sin prisa. Piensa sobre el asunto. Mira si te imaginas al frente de un proyecto con esta amplitud. El desafío es grande..., ¡incluso para ti!", sonrío, me hace una caricia en el rostro, como cuando yo era pequeña, y concluye: "Pero yo siempre tuve la convicción de que son los grandes desafíos los que nos dan las grandes recompensas. La Universidad fue ese desafío para ti durante todos estos años, pero tal vez ahora necesites uno nuevo".

"Ahora el 'desafío' es más del tipo no ser despedida", respondo con una carcajada. De repente, los asuntos parecen asumir una nueva configuración, un nuevo peso relativo.

"Eso no va a suceder, y tú lo sabes. Pero, lo último que quiero es que pienses en la Fundación como una 'huida'. Si un día aceptas, tiene que ser porque es la cosa que más quieres hacer, y jamás una segunda opción, ¿oíste? ¡Es demasiado importante!"

En los días siguientes no volvimos a hablar sobre la Fundación. Mi madre me envió el documento que había escrito y no hizo ninguna otra pregunta sobre el tema. Viajamos a Lisboa el día 9, y Claire partió hacia Barcelona al día siguiente, no sin antes informarme que Elena no estaría allí cuando llegara. Habían hablado por teléfono y, al parecer, coincidentemente, ella estaría de vacaciones en Portugal.

CAPÍTULO 26

9 de agosto - La Fiesta

Elena

Es agosto y todo sucede a un ritmo más lento. Parada en la fila, antes de conseguir pasar las puertas de llegadas, pienso por instantes en Charlotte y en su pavor a los aviones, ¿cómo estará? Después de aquella visita a su casa no volvió a intentar hablar conmigo, menos mal.

Dejamos el equipaje en el hotel y caminamos por la calle. Hace calor en Lisboa. Decidimos aprovechar la sombra de una terraza para comer algo. Entre dos mordidas al sándwich mixto y un sorbo al zumo de naranja, no consigo dejar de preguntar: "Mercedes, ¿ya organizaste lo que vamos a hacer? Por más que me quiera dejar llevar, necesito planear, aunque sea solo un poquito."

"El avión para Faial es el día 17, había pensado quedarnos por aquí estos días. Pero, si quieres podemos ir a otro lado. La idea es descansar mucho, pasear, disfrutar de la comida maravillosa... y de ti."

Agarro la cámara y fotografío su expresión en el exacto momento en que coloca las manos cubriendo el rostro.

"Tenemos viaje de regreso de las Azores el 23 y nos quedamos los últimos días en el Algarve. Sol y playa, para recuperar, antes de volver a la vida real." Con aire de quien cerró el asunto, bebe casi la mitad del zumo. "¡Va a ser maravilloso! ¿Ya estuviste en el Algarve?", pregunta.

"¡Sí!" Recuerdo la casa, a Mariana, y las toallas de rayas extendidas al borde de la piscina. "Charlotte, o mejor dicho su madre, tiene una casa en Quinta do Lago. Hubo una época en que íbamos allá muchas veces. Ellas juegan al golf, yo hasta intenté aprender, pero no lo conseguí, es realmente un deporte sin gracia, caminar kilómetros detrás de una bola minúscula, con un palo de metal..."

"Si hubiera sabido habría reservado hotel en Quinta do Lago, pero no te preocupes nos quedamos cerca, si quieres matar las nostalgias, sea de lo que sea, solo tienes que decirlo", responde con ironía.

Los días se suceden en una cadencia deliciosa, en una mezcla de cultura, historia y diversión. Es una ciudad de colores y contrastes, donde el bullicio de los turistas contrasta con la calma de los locales, que, en tiempo de vacaciones, son cada vez menos.

"Ya solo nos quedan dos días más en Lisboa...", dice Mercedes cuando nos preparamos para acostarnos.

"¡Es verdad! Pasó demasiado rápido", respondo parando por instantes de cepillarme los dientes. "¿Quieres hacer algo especial?", pregunto, percibiendo que quedó algo en el aire, pero lejos, muy lejos, de anticipar lo que ella tiene en mente.

"Había pensado en una cosa..., pero si no te apetece no hay problema."

"Me estás dejando con curiosidad." Salgo del baño hacia la habitación trayendo el cepillo de dientes en la mano, y la miro, a la espera de lo que viene.

"¿Te acuerdas de que te hablé de Úrsula? La conocía hace muchos años en Múnich..."

"¡Claro! ¿Crees que aquello que me contaste, es una cosa que se pueda olvidar?" Me siento al borde de la cama y la miro fijamente, esperando, sin saber hacia dónde irá la conversación.

"Bueno, ella está en Lisboa y descubrió que yo estaba aquí..."

"¿Úrsula está aquí, en Lisboa? ¿La Úrsula de Múnich?"

"¡Sí, "esa" Úrsula! ¿Conoces a otra?", indaga con una carcajada, sacudiendo la cabeza. "Ayer me envió un mensaje y nos invitó a cenar." Sin añadir nada más, Mercedes tira de las sábanas hacia atrás y se acuesta, como si estuviéramos hablando sobre un tema trivial.

Continúo sentada en la misma posición: "¿Nos invitó?", pregunto sorprendida. "¿En plural? Quieres decir..., ¿me invitó a mí?"

"¡Sí!"

No siendo propiamente bonita, Úrsula, es una mujer realmente atractiva. En cuanto nos ve, avanza a pasos largos y me saluda como si nos conociéramos.

La cena transcurre de forma inesperadamente animada. Ella parece capaz de conversar sobre cualquier tema, libros, política o teorías psicoanalíticas, todo con el mismo grado de interés. Se despide ya tarde, envolviéndome en un abrazo apretado y diciendo: "Adoré la cena, tengo la seguridad de que nos veremos muy pronto."

Ya en la habitación comento: "No es nada como la había imaginado, es muy simpática, muy a gusto, me encantó."

"Creo que ella también te adoró", dice Mercedes, enfatizando la palabra "adoró".

"¿Qué quieres decir con eso?"

"Bueno, antes de salir, nos invitó a una fiesta mañana por la noche. Ya tiene todo combinado, incluso ya reservó una habitación para nosotras en el hotel donde va a ser la fiesta, para que no tengamos que volver de madrugada."

"¿Úrsula nos invitó a una fiesta mañana?"

"¿Es mi impresión o últimamente andas repitiendo todo lo que yo digo?" Pregunta riendo, acercándose para darme un beso. Me agarra por la cintura, me hace cosquillas y acabamos rodando encima de la cama riendo hasta las lágrimas.

Entramos en el hotel, y subimos hasta el último piso. La sala es enorme con varios sofás, una mesa de billar al fondo y un balcón sobre la ciudad. Hay cerca de veinte personas que conversan animadamente en pequeños grupos. Jóvenes camareros circulan, con bandejas de bebidas y aperitivos.

"Úrsula, ¿cómo estás? ¡Cuánto tiempo!", bromea Mercedes.

Atravesamos la sala y nos sentamos en unos sofás de cuero negro, dispuestos en una de las esquinas. Con nosotras se sientan dos mujeres más. Emma, una vieja conocida de Mercedes, y Francesca, una mujer italiana, con más de sesenta años, y un fascinante inquietante. Francesca y Úrsula se divierten con picardías y comentarios sobre los últimos escándalos políticos de Europa.

Discretamente, aprovechando un momento en que todas se ríen con una respuesta de Emma, Mercedes me murmura al oído: "Francesca es directora ejecutiva de una de las mayores compañías tecnológicas del mundo."

"¿Quieres venir hasta el balcón?" Úrsula me extiende la mano mientras se levanta. "La vista de la ciudad es espectacular."

Tiene razón, el Tajo refleja las luces de la ciudad, y si le sumamos la luz de la Luna, parece que fuimos transportadas a un mundo mágico.

"Lindo, ¿no?" Estamos solas aquí afuera. Ella se acerca y, inesperadamente, pone el brazo alrededor de mi cintura. Siento el cuerpo estremecer, pero no me aparto. "¡Para mí, es una de las vistas más bonitas del mundo!", exclama.

No sé qué decir, y por eso me remito al silencio. No desvío la mirada de las luces de Lisboa, pero siento la presencia de su brazo. Es una sensación que tiene tanto de extraño como de agradable.

Rompiendo el silencio, Úrsula vuelve a hablar: "No es el momento para pensar en trabajo, lo sé, pero también sé que tenemos que aprovechar las ocasiones. Tengo un proyecto, un proyecto profesional, se entiende, que creo que te puede interesar. ¿Alguna vez pensaste en dejar la clínica?"

"No, me gustan mis consultas. ¿Por qué? ¿Tienes una propuesta de empleo para mí?", bromeo.

"Pues de hecho hasta tengo una. ¿Qué te parecería trabajar en el mercado bursátil? El trading es una actividad de gran estrés... y nos vendría bien alguien que ayudara a nuestros profesionales a aplicar estrategias para el control de las emociones."

"¿Qué? ¡¿Estás bromeando?! ¿Eso existe, en serio?", pregunto con una risa nerviosa, finalmente mirando hacia ella.

"¡Eres muy bonita!", comenta entre dientes, sabiendo que la consigo oír.

Finjo no haber entendido las últimas palabras y prosigo, "No lo sé, porque no tengo ni idea de lo que estás diciendo. Pero yo nunca digo que no a nada sin probarlo, por eso, cuando quieras hablemos mejor", añado.

"¿Eso se aplica a todo?", pregunta mordazmente.

"¿Cómo así?"

"Lo que acabas de decir, ¿se aplica a todo?" Mientras habla, sonrío discretamente y meneo la cabeza. Retira el brazo y coloca la mano sobre la mía, ambas apoyadas en el borde del alféizar del balcón.

"Tal vez..." Esta mujer me provoca sensaciones extrañas. No sé si es ella, si es el ambiente, o la mezcla de los dos. Enciende un cigarrillo, inhala profundamente y, a continuación, lo coloca en mi boca, sin preguntarme nada. Siento el sabor de su lápiz labial cuando el cigarrillo toca mis labios, levanto la mano y lo agarro, escondiéndolo detrás de la espalda.

"¡Ven a buscarlo!", exclamo, con un coraje que no sé de dónde viene.

"¡Bravo!" Ella ignora el cigarrillo, vuelve a colocar los brazos a mi alrededor, y se queda inmóvil, con el rostro a pocos centímetros del mío. Suelto el cigarrillo, que cae al suelo, cuando ella finalmente recorre los últimos centímetros de aire entre nosotras para darme un beso. Es un beso cargado de seducción, los labios se entreabren, las lenguas se tocan y las manos se deslizan.

Mercedes debe haber entrado al balcón justo cuando Úrsula me besó. Cuando reabro los ojos, me topo con sus ojos fijos en nosotras, y, como tantas veces hace, muerde el labio inferior. Mi corazón casi sale disparado, no sé si por el beso o por la presencia de ella.

"Vaya, vaya, Úrsula, no pierdes tiempo. ¡No se puede dejar a nadie solo contigo!", exclama, sin desviar la mirada.

"No, no se puede estar con alguien como Elena y creer que nadie más va a mirar."

"¿Pueden parar de hablar de mí como si yo no estuviera aquí?" Mercedes se acerca y me besa impetuosamente. Después, mira a Úrsula y dice: "¿Tienes algo para decir? No sé, ¿tal vez una propuesta?"

"¡Me conoces demasiado bien!", responde sonriendo, "Pero Elena no..."

"¿Quieren decirme qué pasa?"

Mercedes continúa mirándome fijamente: "¿Quieres bajar a nuestra habitación? ¿Quién sabe si a Úrsula no le gustaría venir con nosotras?"

"No sé... sí... quiero decir, creo que sí", mi voz sale entrecortada.

Úrsula entra en la habitación así que Mercedes abre la puerta. Las luces del techo permanecen apagadas y el espacio está iluminado apenas por la débil luminosidad de una lámpara de pie. Úrsula se sienta al fondo, en una silla de brazos, casi en la penumbra. Por un lado, eso es bueno, su presencia aquí me cohibe, por otro lado, me gustaría poder ver su expresión.

Mercedes no me da mucho tiempo para reflexionar sobre la presencia de Úrsula, pone los brazos a mi alrededor, y me atrae contra sí. Pega los labios en los míos y me besa, deslizando la lengua dentro de mi boca. Las manos conocen el camino, y en gestos simples, pero eficaces, desabrocha

el cierre, haciendo que mi vestido se deslice hasta el suelo.

Viniendo de la nada, se oye la voz de Úrsula, recordándome su presencia: "¡Elena es mucho más que todo lo que describiste! Desvístete tú también, ¡quiero verte desnuda! Hace cuánto tiempo..." Mercedes sonríe y obedece. Se gira en dirección hacia donde ella está sentada y, sin dudar, desabrocha primero la camisa y después los pantalones. Con gestos precisos, se quita el sujetador y las bragas quedando completamente desnuda. Miro de reojo a Úrsula y consigo distinguir, en la oscuridad, que tiene una de las manos entre las piernas, manteniendo los ojos fijos en Mercedes. El tiempo de contemplación se agota cuando siento el toque de su lengua en mi barriga, e, inmediatamente, mi cuerpo se deshace en deseo. Mercedes está desnuda, de rodillas delante de mí. Me agarra fuertemente con ambas manos y, poco a poco va bajando, mordiendo y lamiendo cada centímetro de piel, hasta encontrar la línea de vello púbico. Se detiene, se pone de pie y, en un gesto repentino, me empuja, haciéndome caer de espaldas sobre la cama, y quedando ella misma acostada sobre mí.

"¡Te voy a dar placer como nunca sentiste!", susurra en mi oído.

Aquellas palabras tienen un poder indescriptible, si antes yo creía que estaba excitada, percibo, en ese instante, cuánto puede aumentar mi nivel de calentura. La respiración se vuelve irregular, la sangre pulsa intensamente y los músculos ganan una autonomía imposible de controlar. La presión de su cuerpo, desnudo sobre el mío, me hace querer cada vez más. La imagino poseyéndome, e idealizo el rostro de Úrsula. Su lengua pasa sobre mis pezones, ora en uno ora en otro... entre las piernas siento un torrente caliente.

"¡Desvístela, Mercedes! ¿Por qué esperas?" Nunca, ni en sueños, imaginé sentirme así. Espasmos de placer recorren mi cuerpo sin que nada ni nadie se dé cuenta de eso.

Mercedes me quita las bragas y enseguida, me penetra con la lengua lo más profundo que consigue. Con dos dedos me masajea, en gestos circulares. Su lengua mantiene la cadencia de vaivén, llenándome totalmente.

"¡Para! Por favor, ¡para! Me voy a venir en tu boca."

Ella ignora completamente mis palabras, y hace exactamente lo opuesto. Mueve la lengua con fuerza, en un ímpetu que me invade tan hondo, tan profundamente... Me estremezco y no contengo un grito.

Permanezco acostada con los ojos cerrados, inerte, pero ella no parece dispuesta a darme tregua, ni tiempo para recuperarme, apoya la boca en mi oído, siento su sonrisa y el calor de su respiración. En un murmullo que no se compadece con la autoridad de las órdenes que profiere, dice de forma muy directa cómo y dónde me quiere. No consigo evitar un gemido. Mis músculos se contraen otra vez, y el corazón acelera. Hago exactamente lo que me pide. Me acerco al fondo de la cama, me pongo boca abajo con las piernas abiertas y las rodillas dobladas. Estoy totalmente expuesta, y sé que no es solo para Mercedes. En esta posición, no consigo verla, apenas puedo sentir sus manos en mi espalda. Por los movimientos, percibo que está de pie o de rodillas junto a la cama. Oigo la respiración acelerada de Úrsula que anticipa lo que va a pasar. Tomada por la misma anticipación, agarro la sábana con ambas manos.

"¡Qué insolente! ¿Te atreviste a frotarte contra el colchón, como si no estuviésemos aquí?" No me había percatado, pero muevo el cuerpo buscando aliviar un poco de la tensión acumulada.

"Ahora que empezaste no pares. ¡Vamos, con más fuerza!"

La excitación es tal que no consigo pensar claramente. Mercedes me penetra y suelto un grito de sorpresa.

"¿Te lastimé?"

"No..., continúa..., ¡por favor, continúa!" El placer es tan intenso. Los dedos se deslizan con

vigor, en una penetración más y más profunda. Agarro otra vez la sábana con toda la fuerza que tengo, en el intento de evitar un orgasmo. En el interior de mis muslos los músculos se ponen rígidos: "¡Continúa! No pares. ¡Con más fuerza!"

Es como si el cuerpo no me perteneciese: "¡Me voy a venir otra vez! No puedo..., no consigo..., ¡no pares! Ve hasta el final...".

Un, otro y aún otro orgasmo se suceden haciéndome gritar. Es un éxtasis compartido.

Nos quedamos en silencio, dejando que los cuerpos se calmen. Mercedes me abraza, pasa la mano por mi cabello en una caricia, y después suavemente por mi rostro, dibujando con un dedo el contorno de mis ojos y de mi boca. La ternura del momento contrasta con la impetuosidad de hace poco.

Rompiendo el silencio, Úrsula se despide: "¡Gracias! ¡Adoré esta noche!" y sale, cerrando la puerta sin hacer ruido.

"¿Arrepentida?", pregunta Mercedes, levantando la cabeza y apoyándola sobre el codo.

"Fue una de las mejores noches de mi vida."

"¿Repetimos?"

"¿Es una pregunta o una promesa?"

CAPÍTULO 27

1 de septiembre - Disculpas

Charlotte

Llegué ayer por la noche. Mi estadía en aeropuertos se está volviendo tan frecuente que comienzo a sentirme más cómoda. Cuando me despedí de mi madre dejé la promesa de que volveríamos a hablar sobre la Fundación muy pronto.

La semana pasada, ya en París, cenamos con Anne y discutimos las tres. Escucharlas hablar me hizo darme cuenta de que todo es mucho más real de lo que imaginaba.

"No, no es necesario que Charlotte trabaje aquí, puede perfectamente quedarse en Barcelona". Anne argumentaba con mi madre, que no paraba de insistir en que la sede de la Fundación fuera en París y de decir que era hora de que yo volviera. "¿Cuál es el problema de tener la sede en Barcelona? Pero, si insistes tanto, ¿puedes mantener la sede aquí y ella trabajar allá?"

"Tienes razón. ¡Tienes razón! Me dejé llevar por el deseo de tener a Charlotte aquí, otra vez", respondió mi madre, encogiéndose de hombros como aceptando la derrota.

En cierto punto terminé interviniendo en la conversación: "Calma, ustedes hablan como si la Fundación ya existiera y yo ya hubiera aceptado el puesto. No sé si soy la persona adecuada..."

"Vamos, Chérie, déjate de modestias, no te queda bien. Tú sabes que tienes las condiciones ideales. Mi única duda es si tienes la motivación suficiente". Mi madre me miraba, mientras se acomodaba los lentes y organizaba los papeles esparcidos sobre la mesa.

Anne, en vano, intentaba forzar una respuesta: "Mira Charlotte, te conozco desde niña y nunca te vi tenerle miedo a un desafío".

"Una parte de mí quiere decir que sí. Es como si ya fuera mi casa. Pero siento que estoy atada a la Universidad. Lo sé, no debería, pero es como si fuera una derrota".

"Esperemos por el resultado de la investigación. Tal vez ayude".

"Mamá, sea cual sea mi decisión, ¡la Fundación tiene que existir! ¿Ya sabes cómo se va a llamar?"

"Ya veremos..."

Hora de levantarse. Me estiro por décima vez y, despacio, dejo que mi cuerpo se deslice fuera de la cama.

Ayer, mientras esperaba en el aeropuerto, aproveché para leer emails. Hace años que no me desconectaba literalmente del mundo durante tanto tiempo, ayer creí que ya era hora de saber lo que estaba pasando. Entre decenas de contactos, tenía un mensaje, de hace algunos días, enviado directamente por uno de los directores de la Universidad que preguntaba si yo tenía disponibilidad para reunirme el día 1 o 2 de septiembre a las 14h. Respondí de inmediato, confirmando mi presencia. Cuanto más rápido mejor.

Faltan cinco minutos para las dos de la tarde, sentada en uno de los sofás de la sala de dirección, donde un simpático funcionario me invitó a esperar, voy hojeando distraídamente una de las revistas que está sobre la mesa, sin prestar mucha atención al contenido. Jorge Fernández, uno de los directores, profesor del Departamento de Literatura, aparece en la puerta haciéndome señal para que lo acompañe. Atravesamos el pasillo y entramos juntos a la sala donde ya están los otros miembros de la dirección. Extrañamente, no hay nadie de mi departamento, ni nadie de los servicios jurídicos.

"Buenas tardes, Profesora Charlotte Grimaux", me saluda nuevamente Jorge. Margot Sánchez, la presidenta de la Dirección, inicia la reunión: "Si me permite, voy directo al asunto".

Respondo en un tono formal: "Buenas tardes. Claro, como consideren mejor". Hoy en la mañana cuando llamé a los abogados el único consejo que me dieron fue que hablara lo menos posible:

"Escucha y no hables. No des explicaciones, ni elaboros sobre los asuntos. No te irrites".

"Profesora Charlotte Grimaux, en nombre de esta institución, en nombre de la Dirección y en mi propio nombre, quiero pedirle disculpas".

No puedo creer lo que estoy oyendo. ¿Qué habrá pasado?

Ella prosigue: "A mediados de agosto, recibimos una larga carta escrita por Alicia Souza. En la carta, ella informaba que quería abandonar el proyecto aquí en la Universidad, alegando razones personales que, según sus palabras, la obligaban a volver de inmediato a São Paulo". Tras una pausa, retira varias páginas impresas de una carpeta apoyada sobre la mesa a su lado, y continúa: "Charlotte, si me permites pasaría a leer una parte de la carta que creemos importante que tengas conocimiento".

"Cierto...", respondo medio aturdida.

"Pues bien, paso a leer: 'La profesora Charlotte Grimaux es una de las personas más increíbles que he conocido, no sólo por su inteligencia y capacidad de trabajo, sino sobre todo por sus cualidades personales. Aunque estas líneas puedan parecer poco profesionales, llegó el momento de aclarar definitivamente el asunto. Desde el momento en que conocí a Charlotte, despertó en mí un sentimiento tan intenso que nunca voy a poder explicar. Tal vez eso sea el amor a primera vista. Aunque intenté evitar mis sentimientos, en cierto punto eso no fue posible. Me acerqué a ella, aprovechando un momento de fragilidad, e iniciamos una relación amorosa. Los detalles de nuestra relación están obviamente más allá de lo que puedo explicar en esta carta, pero es importante dejar bien claro que todo lo que ocurrió fue consensual, y en nada interfirió con nuestra relación profesional. Charlotte impuso reglas muy claras al respecto, dándome total libertad para conducir mi proyecto con otra persona. Poco tiempo después de que comenzáramos nuestra relación, fui abordada primero por la profesora Isabel Reyes y después por el profesor Arturo. Ambos tuvieron largas conversaciones conmigo sobre la importancia de mi trabajo, al mismo tiempo, me convencieron de que todo lo que estaba pasando violaba el código de conducta de la Universidad, por lo cual yo podría ser expulsada y perder mi beca de estudios. Hoy estoy consciente de que ellos se aprovecharon de mi ignorancia. Amenazaron con denunciarme si yo no acusaba a Charlotte de acoso. Afirmaban tener pruebas, y me mostraron varias fotografías nuestras en situaciones íntimas. Me da mucha vergüenza lo que hice, pero entré en pánico. Concordé en enviar la carta de acusación, que ellos mismos escribieron. Me asusté con el odio que tienen...'. Charlotte, la carta continúa, pero creo que la parte más relevante es la que acabo de leer".

Me quedo en el más absoluto silencio, incapaz de decir lo que sea. Agarro el vaso de agua frente a mí y lo llevo a la boca. Después de volver a apoyar el vaso, suspiro, levanto la cabeza y me doy cuenta de que todos me están mirando, esperando que yo diga algo.

"Gracias por compartir esta información conmigo, no saben cuán importante es", finalmente digo. Cuando me preparo para proseguir, Jorge me interrumpe: "Ahora que aclaramos la situación, esperamos que todo pueda volver a la normalidad".

Veo ante mis ojos las caras de los abogados y escucho sus palabras "no te irrites", pero es más fuerte que yo, mucho más fuerte. "Estimado... querido colega, lamento decepcionarlo, ¡pero no voy a complacer vuestra hipocresía!" Siento el calor en el cuello y sé que debo estar colorada, pero no importa, van a escuchar todo lo que tengo para decir.

Margot hace un ademán de decir algo, pero termina sin decir nada.

"La situación no puede ser olvidada, dos profesores amenazaron a una alumna y forjaron una acusación. Me perjudicaron a mí y la perjudicaron aún más a ella. Tienen la oportunidad de actuar. Si no lo hacen, yo lo hago, independientemente de las consecuencias".

"Calma, Charlotte", dice Margot, "Tienes razón en lo que dices. Tal vez este sea el momento..."

"¿Qué quieres decir con eso, Margot?", interviene Jorge. Su rostro está escarlata y, por momentos, pienso si tendrá un ataque. "Ya hablamos y ya decidimos cuál es la actitud de la Universidad. Pedimos disculpas por lo sucedido, ¡y es todo!"

"Te equivocas Jorge, ¡no es todo! Charlotte tiene razón, el silencio es complaciente con la discriminación. Yo voy a apoyar una investigación contra los profesores involucrados y un pedido público de disculpas a Charlotte. En cuanto a Alicia Souza, estoy de acuerdo que ella fue más víctima que culpable. Si Charlotte no tiene nada que oponer, dejamos a Alicia seguir su camino".

"Profesora Margot, no sabe cómo aprecio y agradezco su comprensión. ¡Claro que debemos dejar a Alicia seguir con su vida!"

Margot vuelve a conducir la reunión con su voz agradable y pausada: "Muy bien, tenemos mucho que hacer. Jorge, llama a los servicios jurídicos para que se unan a nosotros". La frase es pronunciada sin margen para contestación. Él se levanta y sale de la sala. Ella me mira: "Vamos a hacer lo que tiene que ser hecho y terminar lo más rápido posible".

"No podría estar más de acuerdo".

*

De vuelta a casa, todavía me parece difícil creer en lo que acaba de pasar. ¡El proceso terminó y yo gané el concurso para la dirección del Departamento! Margot bien intentó darle solemnidad a la comunicación, pero terminó dejando caer las formalidades y diciéndome "Felicitaciones, ¡lo conseguiste! ¡No podía ser más merecido!"

Quisiera tener a Elena aquí a mi lado. No volvimos a hablar. Las únicas noticias que tuve fueron a través de Claire. Aparentemente está óptima y bien acompañada. No puedo pensar mucho en eso, sino mi felicidad se esfumará en menos de un instante. Voy hasta el refrigerador, saco una botella de cerveza bien helada y brindo conmigo misma.

¿Cómo llegué hasta aquí? ¿Dónde fue que perdí a los amigos, los compañeros de viaje? Las lágrimas se derraman, sin poder contenerlas, en un volcán de emociones. Pasé tanto tiempo preocupada en no perder, que no me di cuenta que fui alejando a todos y a todo.

Bebo la cerveza que tengo en la mano y dos más. No puedo continuar aquí encerrada golpeándome la cabeza contra las paredes y bebiendo, además en el refrigerador sólo queda una botella... agarro el teléfono y marco el número de Mari Carmen. Debe ser la primera vez que la llamo sin que sea para hablar con Elena. Después de cuatro o cinco timbres ella atiende.

"Soy yo. Disculpa por llamar así de la nada y encima casi a la hora de la cena..."

"Hola Charlotte, ¡qué sorpresa! ¿Está todo bien?"

"¡Sí! Es decir, no sé".

"¿Le pasó algo a Elena?"

"No. A decir verdad, hace más de dos meses que no hablo con ella. Tuvimos una fea discusión. Después de eso no volvimos a hablar..."

"Quieres decir que invadiste su casa y le diste un susto de muerte, ¿no?"

"Pues... me imagino que sabes todos los detalles. No lo hice con mala intención. Sé que tienes todas las razones para no querer conversar conmigo, pero hoy... hoy necesito un rostro amigo".

"Charlotte, no te queda bien ese tono, no sé..."

"No necesitas ser irónica. Yo sé que puedo contar contigo. ¿Podemos cenar?"

La casa de Mari Carmen está a quince minutos a pie. Cruzo hacia la Rambla de Cataluña y voy caminando en medio de las muchas personas que están en la calle a esta hora. El final de la tarde está maravilloso, sopla una brisa fresca después de un día demasiado caluroso.

Cuando nos sentamos a cenar ya son casi las diez. Los gemelos no quisieron ir a la cama antes de que yo llegara y después exigieron una historia. En estos momentos siento aún más la falta de Elena. ¿Cómo sería nuestra vida hoy si ella hubiera quedado embarazada?

"¡Finalmente solas!", dice Mari Carmen antes de llevarse el primer bocado a la boca.

A modo de resumen le cuento todo lo que pasó, primero con Alicia, después con los abogados y por fin, hoy, en la Universidad. El resumen corto de una larga historia. Cuando termino ella interviene: "Qué historia rocambolésca. Parece sacada de una novela, traición, mentiras, más mentiras y un final feliz. Deberías estar contenta. Fue una doble victoria, ganas el departamento y te libras de Isabel. ¿Cuál es tu duda? No entiendo por qué no estamos bebiendo champán".

Ya terminamos de comer cuando le cuento la propuesta de mi madre. "Es fenomenal, Charlotte. ¡No hay cómo no aceptar! Es el desafío de una vida, piensa en la diferencia que eso puede hacer".

"Lo sé. Pero... no es el momento adecuado".

"No hay momentos adecuados, sólo oportunidades. ¡Unas las aprovechamos, otras no!"

Sentadas en los sofás de la sala, la conversación va desarrollándose alrededor del tema de la Fundación, hasta que ella hace un brusco cambio de asunto: "¿Por qué te separaste de Elena?"

La pregunta me toma completamente desprevenida, felizmente ella parece no esperar una respuesta, al menos no de inmediato, y continúa: "Nunca te pregunté..., también, yo sería la última persona con quien querrías discutir ese tema, pero hoy... ¿Qué pasó al final? ¿Te enamoraste de Alicia?"

"¡No!" Respondo rápidamente.

"¿Entonces?"

"Me enamoré de la idea de libertad que ella me daba. Menos planes, menos control. O tal vez sólo menos miedo a perder..."

"¿Te das cuenta de que eso sólo existe en tu cabeza? A menos que me estés diciendo que prefieres no tener para no perder".

"Tal vez tengas razón...", respondo intentando entender lo que significa esa afirmación. "¿Cómo está ella?"

"¿Qué quieres saber?"

"Todo."

CAPÍTULO 28

3 de septiembre - Regreso a Barcelona

Elena

Con una taza humeante en la mano me doy cuenta de cuánto ya extrañaba un cappuccino en la terraza de Lola. Hoy es el primer día de vuelta a la rutina. Por la mañana, en el gimnasio, no conseguí concentrarme. Qué lejos queda el día en que la vi por primera vez, la sauna, el pie torcido, el primer café..., desde entonces tantas cosas cambiaron en mi vida. Sólo tengo consultas por la tarde. Combiné almorzar aquí con Mari Carmen.

Soy interrumpida por el toque del teléfono. Es Pierre, no hablo con él desde antes de irme de vacaciones. Intenté llamarlo varias veces, pero al final nunca lo conseguí. Hasta llamé a Jean-Luc, pero también sin éxito. Debería haber insistido.

"Hola desaparecido, ¿cómo estás?", pregunto en tono de broma.

"Bien. ¿Y tú?", responde en un tono extraño, que no identifico.

"¡Tengo tantas novedades! Pero antes quiero saber de ti, ¿cuándo vuelves?"

"Ya estoy en París..."

"¿Qué? ¿Por qué? ¿Y la escuela? ¿Pasó algo?"

"Jean-Luc está en el hospital..."

"¿Jean-Luc está en el hospital? ¿Qué es lo que pasó?" No estoy entendiendo qué es lo que pasa.

"Hubo un intento de ataque..."

"¿Ataque? ¿De qué estás hablando? ¿Él está bien?" Estoy completamente aturdida. Era todo lo que no esperaba oír, ni hoy, ni nunca.

"No puedes hablar de esto con nadie, nadie puede saber. Fue hace dos días. ¿Te acuerdas que te conté que él estaba recibiendo amenazas? La policía se quedó investigando, pero no consiguieron descubrir nada, por lo menos no hasta ahora... Al final la amenaza estaba justo al lado de él. El jefe de campaña, que trabajaba con él diariamente, formaba parte de un grupo extremista. Anteayer por la noche lo acompañó a casa y permitió el acercamiento de un hombre que lo apuñaló."

"¡No estás hablando en serio!"

"Sí... sólo no fue peor porque, sin que nadie supiera, ni nosotros, los servicios secretos estaban siguiendo a Jean-Luc desde mayo. Por lo que entendí hasta ahora tenían sospechas de que un grupo de extrema derecha estuviese preparando un atentado. No parece real, ¿no?"

"¡No!"

"En menos de nada estaban cercados y los tipos estaban presos. Aún lo consiguió alcanzar, pero no acertó en ningún órgano importante. Debe recibir el alta en los próximos días."

"¿Cómo es que esa historia no salió en las noticias?"

"La operación aún no terminó. Creen que hay más gente involucrada. Ahogaron todo."

"¿Quieres que vaya contigo? ¿Cuándo volviste?"

"Llegué ayer. Nos pidieron hacer una vida "normal". Jean-Luc se niega a poner la posibilidad de desistir. Por eso, voy a hacer mi papel. No lo voy a dejar solo ni un minuto. A partir de ahora soy el más fiel miembro de la campaña." Pierre da una carcajada nerviosa. "Necesitaba desahogarme con alguien, ¡disculpa!"

"No pidas disculpas, sólo quisiera poder hacer algo..."

"Y puedes, habla conmigo. Habla de otras cosas, ¿cómo estás? ¿Y Charlotte?"

"Pregunta difícil... Yo estoy bien. Charlotte no sé, nos distanciamos en estos últimos tiempos. Sé que la situación en la Universidad ha estado complicada. Charlotte puede ser muchas cosas, pero acosar a alguien... eso nunca."

Siento el toque de una mano por encima del hombro y doy un salto en la silla. Mari Carmen me mira con una sonrisa sorprendida, asustada con la brusquedad de mi movimiento: "Disculpa Pierre, llegó Mari Carmen, terminamos la conversación en otro momento. Por favor, no me dejes sin noticias... Ella te está mandando besos."

Mi primer pensamiento es contarle todo a Mari Carmen, pero sé que no puedo decir nada. Muevo la cabeza y respiro hondo, buscando desconectar del asunto: "¿Cómo te atreves a asustarme así?", mi voz denota una irritación fingida que pronto da lugar a una sonrisa. "Tengo tantas, tantas ganas de verte..."

"Ya...", responde, también ella fingiendo una ironía que pronto se deshace: "Te vas de vacaciones y te olvidas de los amigos. Ni una llamada. Espero que haya valido la pena."

"Ni te imaginas..."

"Mi querida, estoy necesitando historias buenas. Mi vida anda tan monótona, nada como un romance candente para animarme un poco."

"¿Tienes tiempo?", pregunto en tono de broma.

"¡Todo el tiempo del mundo!"

Empiezo por el principio y le cuento mi ida a Portugal. Omito los detalles más picantes de las noches en la capital y describo pormenores de la estadía en Azores.

"Sólo de oírte, me dan ganas de estar allá..."

"Mira estas fotos, mira el color del mar", paso el teléfono a sus manos, dejándola sumergirse en los paisajes de Azores.

Súbitamente ella para y se queda con los ojos fijos en la pantalla: "Creo que tienes más cosas para contarme...". Gira el teléfono en mi dirección. Es una foto mía, a contraluz, apenas medio cubierta con parte de la sábana. Una imagen que no muestra nada, pero deja ver todo.

Respiro hondo antes de hablar:

"Mercedes tomó esa foto, según ella para "detener el tiempo"."

"¿Vas a hacer suspenso, o pretendes contarme? Pensé que no teníamos secretos."

"¿Qué quieres saber?"

"¡Todo!"

"Es difícil explicarte "todo". Voy contando un poco de lo que pasó, dejando mucho por decir, hasta cambiar el rumbo de la conversación. "¿Sabes algo de Charlotte?", pregunto.

"Por extraño que te pueda parecer, ella me llamó anteayer y acabó por cenar en casa."

"¿En serio? ¿Por qué?"

"Creo que se sintió sola. Yo era lo más cercano a una amiga."

"¿No está bien? ¿Ya hay novedades?"

"No sé si ella está bien, sabes cómo es ella, pero las novedades no podrían ser mejores. El proceso acabó. Van a hacer un pedido formal de disculpas, "¡Y Charlotte es la gran vencedora!", concluye Mari Carmen, con ironía. "Ah, ya me olvidaba, en el medio le informaron que ganó el concurso, o sea, es la nueva directora del departamento."

"¡Lo consiguió! Siempre dijo que llegaría allá." Sonríe. "Sólo no entiendo por qué te fue a contar todo eso a ti... Disculpa, sin ofensa, pero tú y Charlotte nunca fueron precisamente grandes amigas."

"Ya te dije, creo que ella no tenía a nadie con quién compartir las novedades, yo era la elección posible. Pero, ¡estuvo bien! Me gustó hablar con ella. Quién sabe no nos hacemos amigas. ¿Quieres sorprenderte aún más? ¿Y si te digo que ella fue cariñosa con los gemelos, les contó un cuento y fue a acostarlos, y ellos estaban encantados?"

"¿Charlotte? ¿Contó un cuento a los niños? ¿Estás segura de que estamos hablando de la misma

persona?"

Mari Carmen se ríe y continúa:

"Verdad, ¡las personas cambian! ¿En qué día te fuiste a Lisboa?"

"Día 9, ¿por qué?"

"Entonces estuvieron en Lisboa al mismo tiempo, podrían haberse cruzado." Mari Carmen suelta una carcajada y yo acabo por reír también, imaginándome topar con Charlotte en medio de la calle.

"Cuando dijiste que tenías más novedades, pensé que ibas a hablar de su relación con Alicia, ¿no te contó nada?"

"Uhhh, más o menos."

"¿Más o menos cómo? O habló o no habló."

"No me queda bien estar aquí contando detalles sobre la vida íntima de Charlotte." Mari Carmen, ríe con sarcasmo, encogiéndose de hombros.

"¿Hablaron sobre la vida íntima de ella? Esa tu conversación con ella está cada vez más difícil de imaginar..."

"Le pregunté si se había enamorado de Alicia..."

"¡No! ¡No preguntaste eso!"

"Pregunté."

"¿Y?"

CAPÍTULO 29

25 de septiembre - Laura Esteves

Charlotte

Le doy un mordisco al montadito de solomillo con foie, la carne se deshace en la boca y el sabor es embriagador. Ya es tarde, pero la sala está completamente llena. Una mesa al fondo reúne a una familia en la fiesta de cumpleaños de un hombre mayor. Mirando su rostro diría que tiene más de ochenta años. Sonríe, con una sonrisa que lo ilumina, haciendo desaparecer las innumerables arrugas de su cara. Una mujer más o menos de la misma edad lo mira embelesada. Me invade un sentimiento de envidia. Hoy es 25 de septiembre, hace diez años que cené aquí con Elena.

Siento el teléfono vibrar en el bolsillo, ¡Jean-Luc!

"¿Cómo estás?", pregunto de inmediato. "Qué historia increíble."

"¡Bien! ¿Y tú?"

"¿Qué pregunta es esa? ¡Yo estoy bien!"

"Tengo buena memoria y sé bien qué día es hoy."

"¿¡En serio!? ¡Estoy impresionada! Estoy en la Cervecería Catalana."

"¿Sola?"

"Desgraciadamente", digo riendo. "¿Y tú? En serio, ¿cómo estás?"

"Bien, sólo no puedo reír ni toser, aparte de eso, ya ni me acuerdo."

"¿Y la policía?"

"No le llames policía, son servicios secretos. Estoy rendido a su trabajo."

"¿Puedes hablar?"

"No lo vas a poner en el periódico, ¿verdad? También fue por eso que te llamé. Esta mañana fueron detenidos veintidós elementos del grupo, entre ellos los que agredieron a Pierre. Están convencidos de que dismantelaron la operación. Al menos, por ahora... ¡Ya me di cuenta de que esto nunca acaba!"

"¿Y la campaña?"

"¡Viento en popa! Nadie siquiera lo sueña... Mejor así, duermen más tranquilos."

Cuando cuelgo, miro a través del espejo frente a mí y veo una pareja joven, en una mesa distante. No oigo nada y sólo puedo adivinar que están discutiendo por los gestos y semblantes. Es gracioso cómo el lenguaje no verbal nos dice tanto y, sin embargo, nos preocupamos demasiado por las palabras. El chico coloca la cabeza entre las manos, apoyando los codos en la mesa. Ella va gesticulando con las manos. Se acerca como para una caricia, pero él la aparta bruscamente.

No sé cuál es la historia, pero podría ser la mía. ¿Por qué traicioné a Elena? No se me sale de la cabeza que podría haber sido diferente. Empecé a estar tan obsesionada que, la semana pasada, tuve la noción de que sólo tenía dos soluciones: o iba tras ella, lo que sería como mínimo imprudente, o buscaba ayuda profesional. Atravesada por un acceso de sentido común opté por la segunda.

Contacté a mi antiguo terapeuta. Le escribí un largo email y le pedí ayuda para encontrar a alguien aquí en Barcelona. Me respondió al día siguiente, con una serie de recomendaciones prácticas y un nombre, Laura Esteves. Marqué consulta de inmediato y respiré hondo, con la sensación de que estaba, finalmente, haciendo lo correcto.

Después de tres tramos de escaleras de madera, me abre la puerta no identificada una simpática chica que me conduce a una diminuta sala de espera. No pasan ni cinco minutos hasta que aparece en el marco de la puerta un rostro que reconozco por las fotografías, Laura Esteves.

"Es difícil..., aquí frente a usted, todo me parece un tanto ridículo, no sé por dónde empezar..."

"No importa por dónde empiece, vamos a tener tiempo para conocernos y estoy segura de que acabará compartiendo todo lo que sea relevante. Si no hoy, la semana que viene o el mes que viene. No se preocupe... ¿Qué la llevó a marcar consulta?"

"Estoy perdida entre elecciones difíciles. No son difíciles por ser malas, son difíciles porque son cambios, y no estoy segura de quererlos... ¿sabe cómo es? Por un lado, quiero cosas diferentes, pero al mismo tiempo, sólo querría que todo se quedara igual..."

"Creo que todos nosotros, en algún momento de la vida, podríamos decir esas palabras. ¿Qué tipo de elecciones? ¿Profesionales?"

"Más o menos. Soy profesora universitaria y fue lo que siempre quise ser. El último año fue particularmente complicado, con derecho a procesos, interrogatorios... mentiras, medias verdades, una enorme confusión que me dejó destrozada. Es gracioso, nunca había dicho esto en voz alta, hablé tanto sobre mis dramas universitarios y es la primera vez que digo que me quedé mal..."

"¿Por qué? ¿Es penoso asumir que se siente mal?"

"Creo que sí. Crecí bajo el lema de que somos más fuertes si no compartimos debilidades. Mi madre nació en Senegal, fue a Francia muy joven, y tuvo que luchar contra todos los prejuicios..., siempre pensé que para ser como ella nunca podría mostrar mis debilidades."

"¿Y eso es bueno?"

"Soy así mismo, a veces fuerte y agresiva, otras frágil, un blanco fácil de abatir. Después de mucha tragedia, y alguna comedia, las cosas en la Universidad acabaron resolviéndose y aún fui promovida. Sólo que, en las vacaciones, mi madre me propuso "cambiar de vida". Quiere hacer una Fundación... y quiere que yo la dirija."

"¿Y....?"

"Y, después de la sorpresa inicial, me pareció fantástico, pero implica salir de la Universidad y, quién sabe, hasta volver a París."

"¿Eso es malo?"

"Si me hubiera hecho esa pregunta hace unos meses, yo habría respondido que era totalmente imposible..."

"¿Por qué?"

"Porque estaba bien, estaba casada con Elena, considerando tener un hijo..."

"¿Y qué pasó?"

"Tuve miedo. Busqué una salida... dejé que las cosas se confundieran, abrí puertas que deberían estar cerradas y permití que otra mujer avanzara."

"¿No cree que se está poniendo demasiadas responsabilidades a sí misma?"

"Hubo un momento en que todo lo que yo quería era no estar ahí. Quería huir, ser otra persona, y Alicia fue la puerta de paso. Yo no laforcé a nada, pero la usé. Cuando me siento amenazada no dudo en usar a las personas, incluso a aquellas a las que quiero... eso me hace una persona horrible, ¿no?"

"No, la hace humana..."

"La única forma de romper con Elena era encontrar a otra persona, y fue eso lo que hice. Hubo días en que realmente pensé que tal vez fuera posible tener una nueva vida, más despreocupada, más libre, pero Elena está presente todos los días, en cada canción, en cada sabor... Puede ser bueno volver a París..."

"Y ella, ¿cómo está?"

"¿Quién? ¿Elena? No la veo desde hace mucho tiempo. Intenté hablar con ella, fui allá a su casa..."

"¿Cómo resultó?"

"Mal, quiero decir, peor que mal. Ella está enojada y herida, con toda la razón. Y, según sus palabras no me quiere volver a ver a no ser para hablar de divorcio."

"¿Y Charlotte? ¿Quiere divorciarse?"

Me quedo en silencio, una lámpara de pie ilumina el espacio, dejando una luz amarillenta. "Me gusta, me gusta mucho. Más de lo que quería, más de lo que debía... es un gustar que me hiere y que la hiere a ella también. La única elección sensata es alejarnos."

"¿Sensata para quién?"

Vuelvo a no ser capaz de responder. ¿Cómo para quién? ¿Para todos! Para mí, para ella... Esta vez Laura interrumpe mi silencio: "Charlotte, ¿para quién es sensata esa decisión? ¿Charlotte queda mejor en una vida sin ella? ¿Ella queda mejor en una vida sin usted? ¿Va a decidir eso sola?"

"Elena siguió con su vida. Está con otra persona. Le envié algunos emails, intenté marcar un café, pero nunca me respondió...", siento mi mano presionar el brazo del sofá con una fuerza desproporcionada, como si me sostuviera a mí misma. "Ella tiene otra vida y yo no formo parte de ella. La única elección que depende de mí, ahora, es aceptar o no la propuesta de mi madre."

"Creo que ya tomó una decisión sobre eso."

"¿Cómo así? Ese fue uno de los motivos por los que marqué la consulta."

"No, no lo creo... Charlotte tiene varios dilemas, pero este no me parece ser uno de ellos. ¿Continuamos la semana que viene?"

Parada en medio de la calle, sigo oyendo aquellas palabras "¿Continuamos la semana que viene?". ¿Cómo pudo terminar así? Y, encima, me dice que ya tomé una decisión.

Vuelvo a enfocar en la cena. La mujer solitaria se recompuso, bebió su café y salió hace pocos minutos. La mesa de la fiesta ya se retiró y estamos sólo yo y tres personas más. Los empleados recogen la sala preparándose, también ellos, para el fin de un agotador día de trabajo. No soy muy original en el postre, y pido una Crema Catalana. Planeo siempre pedir otra cosa, pero nunca cumplo.

*

Abro los ojos somnolienta y, sin saber bien dónde estoy, veo la Torre Eiffel. Llegué ayer, ya muy tarde. La conversación fue breve y los abrazos sentidos. Es hora de decisiones, aunque en lo íntimo me sienta preparada para todo menos para decidir.

La voz de mi madre se hace oír desde la sala: "Buenos días Chérie, ¿estás lista? ¿Vienes a tomar el desayuno?"

"Buenos días, mamá. ¡Claire! ¿Estás aquí? Ayer no te vi..."

"Hola Lottie, ¡cuánto te extrañé!" Claire me da un abrazo apretado, quedándose agarrada a mí.

"Llegué hace poquito, estuve de urgencia." Tal vez eso justifique su apariencia. Está pálida y con ojeras, con la mirada nublada, bien diferente de las veces que estuvimos juntas en verano.

"¿Y Simon? ¿Y Charles?"

"Simon está bien, debe juntarse con nosotros dentro de poco. Charles..."

"¡Ni preguntes!" Responde mi madre.

"¡No sé dónde está, terminamos y no quiero volver a oír hablar de él!"

Miro alrededor, mi madre esparce calmadamente mermelada de fresa en uno de los croissants y Anne, que mientras tanto también se sentó a la mesa, vierte té humeante en su taza. Ambas sonríen, ante las palabras de Claire, no mostrando dar gran importancia.

Mi madre mira primero para ella y después para mí: "La más vieja de las historias, él se involucró con la orientadora de pasantía. Un clásico de Hollywood, ella estaba casada con un

cirujano de allá del hospital, tienen tres hijos, uno aún bebé. Se enamoraron, ella dejó al marido y Charles dejó a tu hermana."

"¡Hola, hermana! Estás más delgada y más joven, ¿qué andas haciendo?", la voz de Simon llena la sala y, sin darme tiempo para respirar o responder, me abraza casi haciéndome caer de la silla y atragantarme con el pan que tengo en la boca.

"¡Es bueno ver que hay cosas que nunca cambian!"

Finalmente estamos todos sentados, con un desayuno sublime. El olor de la mantequilla se mezcla con el del té, en una combinación muy propia de mi infancia. Las ventanas dejan ver los árboles casi sin hojas. La atmósfera de París es completamente diferente a la de Barcelona, no sé decir por qué, creo que es el aire que tiene otro color. La imagen de Elena me cruza la mente. Los pensamientos no tienen fronteras, ni viajan en avión, vienen con nosotros y no hay cómo huir.

"¿Qué tal Fundación Eloise Hubert?"

En un momento la sala queda en silencio. Mi madre levanta la cabeza y puedo ver las lágrimas en sus ojos, mientras los labios dibujan una sonrisa. "Charlotte, querida, ¡gracias! Es una idea bonita, pero no puedo aceptar. La Fundación es de todos..."

"¡Por eso mismo! No es un nombre elegido al azar, ni por ser mi madre. El nombre de la Fundación debe evocar a alguien que personifica su misión. Por eso mamá, no estoy proponiendo el nombre de "mi madre" para la Fundación, estoy proponiendo el nombre de la mujer, de la pianista, Eloise Hubert."

"Lottie, acertaste en la *mouche*. ¡Está decidido!" Simon y Anne, se juntan a Claire y empiezan a aplaudir. Pasado el furor del momento, vuelvo a sentir los ojos posados en mí, siguen esperando mi respuesta...

CAPÍTULO 30

3 de octubre - Consentimiento

Elena

La sala de espera es grande, los sofás se distribuyen formando pequeñas islas que dan una sensación de privacidad. Al fondo, un hombre y una mujer hojean una revista haciendo comentarios que no logro oír. Más cerca, están sentadas dos mujeres bastante más jóvenes que yo. No dicen nada y, por el semblante, diría que están nerviosas. ¿Cuál será la historia de estas personas?

No consigo dejar de sentir lástima por mí misma por estar aquí sentada sola. A pesar de debatirme con sentimientos contradictorios, me gustaría que Charlotte estuviera aquí.

Mari Carmen insistió mucho en venir conmigo, casi más allá de lo razonable, pero yo no quise. Esta es una decisión que tengo que llevar a cabo sola. Necesito tener plena conciencia de cada paso, para poder construir la certeza de que este es el camino correcto, de hecho, el único posible.

"Señora Elena Roig", me llama una de las enfermeras.

La sigo como un autómatas.

Miro la aguja y luego el hilo de sangre que llena cada uno de los tubos. La constatación de los hechos vuelve el momento real. Salgo de la sala de toma de muestras y la misma enfermera me acompaña hasta el consultorio de la ecografía. Me acuesto en la camilla, anticipando la incomodidad que este examen me provoca. Intento no pensar mucho en eso, hasta porque hoy aún me espera la observación ginecológica y quién sabe qué más. Son las contingencias inherentes al proceso.

De vuelta a la sala de espera soy invadida por un cansancio profundo. No sé si es por el estrés acumulado, o por no haber logrado dormir casi nada anoche. Intento ver las noticias que pasan en la televisión cuando me vuelven a llamar, esta vez para el consultorio médico.

"Hola, Elena", me saluda el Dr. Josep Guinot, nuestro médico de siempre. "¿Cómo estás? ¿Y Charlotte?" Mientras habla, va mirando la ficha clínica, como para cerciorarse de lo que va a decir a continuación: "Estuvieron aquí hace cerca de un año..."

"Sí, fue hace un año... Pensamos que ahora podría ser el momento ideal para hacer un nuevo intento", digo, sin mirarlo.

"De mi parte, nada que objetar, me alegra que no hayan desistido. ¿Y Charlotte? ¿Está todo bien? ¿Por qué no vino?"

"Ella está fuera, pero está genial. De hecho, va a estar fuera algunas semanas. Ha tenido unos días difíciles en la Universidad. Pero ella está tan entusiasmada como yo", miento.

"No es necesario que ella esté aquí para que avancemos, ¿verdad?", pregunto con recelo.

"No. Es decir, si fuera la primera vez sí sería necesario, pero así, no es grave que ella no esté. De hecho, cuando ella hizo la donación de los óvulos, firmó de inmediato el consentimiento para que tú los utilices. Solo necesitamos la firma de ella para confirmar que está de acuerdo con esta inseminación". Él se detiene y yo me siento congelar. "No te preocupes por eso ahora, avanzamos y ella firma cuando regrese". Josep no le da más importancia al tema y prosigue: "Presumo que quieren usar los dos embriones que tenemos congelados, ¿correcto?"

"Sí."

"Perfecto. Voy a examinarte y ver la ecografía. Los análisis solo estarán listos mañana".

Ya en la calle, me alejo a paso rápido sin siquiera notar que, mientras tanto, el cielo se oscureció y caen gruesas gotas de lluvia. Suficientes para dejar todo mojado. Unas cuadras más adelante, entro en un café y me siento en la primera mesa vacía. Mi corazón late rápido y tengo dificultad

para respirar. ¿Qué estoy haciendo?

Quisiera tener a Mercedes aquí. Pero ¿cómo puedo involucrarla en esto? Nuestra relación se basa en la libertad total y yo estoy a punto de entrar en una situación que significa exactamente lo opuesto. Agarro el teléfono y la llamo. ¿Cuándo me volví tan egoísta?

Media hora después, está sentada a mi lado con una taza de café en la mano.

Le explico lo que está pasando y su expresión traduce la incredulidad que siente: "¿Por qué no me dijiste nada antes?"

La presencia de ella me deja más tranquila, es un puerto seguro. "No fui capaz. Lo intenté, pero tuve miedo. Tuve miedo de que me juzgaras, de que intentaras disuadirme. Tuve miedo de perder lo que tenemos". Se me cae una lágrima. "No te quiero perder... pero quiero tener un hijo".

"No seas dramática. Sé que quieres, sé que es importante, ¿pero es importante al punto de hacer esto? ¿Tienes noción de lo que puede pasar?" Mercedes posa la mano sobre mi pierna, en un gesto de cariño. "No tengas miedo de perderme, ni ahora, ni nunca. Deberías saber que yo estoy a tu lado para lo que necesites. Pero también tengo que advertirte que voy a intentar impedirte cometer locuras. ¿Por qué no hablas con Charlotte? Ella tiene que saber. Fuiste a decirle al médico que ella estaba de acuerdo... es casi como falsificar su firma".

"¡No puedo! ¡Ella no quiere!"

"Peor, me estás dando la razón. Te vas a aprovechar de la situación".

Acostada en el sofá, consigo por fin relajarme un poco. Mercedes pidió comida y un olor intenso a curry invade la sala. Ella aparece con dos copas de vino, y me extiende una.

"Ven, vamos a comer. Aprovecha para beber una última copa, mientras puedas", dice con una sonrisa.

La cena está genial, o entonces, soy yo que tengo tanta hambre, que me parece divina. Preveo que después de comer nos aguarda una conversación difícil.

"Disculpa no haberte contado antes".

"No tienes que pedir disculpas. No tienes que contarme nada que no quieras".

"Pero yo quiero, te necesito."

"No, tú no me necesitas, no de esa forma. Me necesitas como amiga, como amante, pero no necesitas a nadie para tomar las decisiones de tu vida".

"No te entiendo, ¿qué quieres tú?"

"Libertad, Elena."

"Libertad... ¿y eso nos deja dónde? ¿Qué quieres de mí?"

"¡Todo! ¡Y nada! Quiero todo lo que quieras compartir conmigo. Eres una amante fantástica y una amiga extraordinaria. No quiero nada que te haga sentir presa, culpable. ¿Quieres honestidad? ¿Hoy es el día de las conversaciones serias?"

"Después de todo lo que hice hoy, creo que lo mínimo es ser honestas".

Cambio de posición en el sofá y me quedo más cerca de ella. Con la mano acomodo su cabello, jalando un mechón hacia atrás de la oreja. Me acerco y le deposito un beso en los labios. Ella agarra mis manos entre las suyas, las acaricia, y retoma la conversación: "Sedujiste y te dejaste seducir, sabiendo precisamente lo que estábamos haciendo. No anticipé que podía ser tan intenso, creo que ni tú, pero eso no cambia el hecho de que estás enamorada de Charlotte".

"No, eso no es verdad... ¡Yo te amo!" Mi voz denota desesperación. ¿A dónde nos lleva esta conversación? ¿Es una ruptura?

"No pongo en duda que me ames, yo también te amo. Hay muchas formas de amar".

"¿Y tú?" Es una pregunta retórica, lo sé.

"Yo... yo estoy enamorada de un recuerdo, de una historia que podría haber sido, pero nunca

fue".

Ella se inclina y me toma en un beso profundo. Su lengua explora mi boca con la exaltación de los amantes, templada por la calma de la intimidad compartida. Siento en la boca el dulce sabor a miel de los besos de Mercedes y me dejo llevar.

"Yo te amo, y tú eres mi mejor amiga. Sabes más sobre mí que cualquier otra persona. Sabes más sobre mí que yo misma". Las palabras de ella salen acompañadas de un suspiro, por su rostro corre una lágrima. "El día que una psiquiatra le gritó al mundo que era médica y que cuidaría de un pie torcido, ganó mi corazón". Mercedes ríe y deja que las lágrimas se mezclen con las carcajadas, haciéndome reír también con el recuerdo de ese momento.

"Tú ganaste mi corazón cuando te quedaste en silencio, desnuda, acostada en la sauna. La poderosa Mercedes Ferrà".

La memoria de ese día se apodera de mí, haciendo que se reavive el mismo deseo. Ella parece comprender, y me toma en sus brazos, me besa la boca, el cuello, me lame la oreja, y juega con mi arete. Somos tomadas por la urgencia, por el ansia del placer. La conversación inacabada permanecerá inacabada, al menos esta noche.

CAPÍTULO 31

8 de octubre - Invitaciones

Charlotte

"¡Qué bueno que vinieron! Es bueno tenerlos a los dos aquí en casa, sanos y salvos. ¡Qué historia!"

En las elecciones del día 3, la gran vencedora fue Louise Laurent, con una expresiva victoria en la primera vuelta. Jean-Luc me llamó desilusionado, pero al mismo tiempo aliviado, con el sentimiento de misión cumplida.

"¡Por nosotros! Que todos los sueños que terminan den lugar a nuevos proyectos y que nada, ni nadie, nos impida soñar." Brindamos y bebemos.

"Qué bueno que ya acabó...", digo en tono de desahogo. "Disculpa..., pero estoy contenta por tenerte de vuelta..., fue demasiado intenso."

"¡Ni que lo digas!" Responde Pierre, con una sonrisa amarilla.

"¿Lo esperabas? Nunca se entiende bien en vuestros discursos si fue una sorpresa o al contrario."

"Ya sabíamos que no teníamos oportunidad, Louise es una candidata, bueno ahora ya no es candidata es presidenta, fortísima. Si yo no fuera candidato habría votado por ella." Jean-Luc interrumpe lo que está diciendo y coloca un bocado de carne en la boca, "¡Está maravilloso!"

"¡Estoy muerto de hambre! Ayer la cena también estaba deliciosa...", cuando profiere estas últimas palabras, se calla súbitamente, comprometido, levanta la cabeza y me mira.

"Cenamos con Elena", dice Pierre viniendo en su rescate.

"No necesitas tener miedo, ¿cómo está ella?", pregunto fingiendo que el tema no me incomoda.

"¡Óptima! ¡Linda! Estuvimos allá en casa... fue tan extraño, parecía que ibas a entrar por la puerta en cualquier momento. Está todo tan igual..."

"No voy allá hace mucho tiempo. No hemos hablado. Ella tiene una nueva compañera, parecen estar muy bien."

Jean-Luc sonríe, vuelve a mirarme, mueve la cabeza y se encoge de hombros en señal de resignación: "Si quieres saber novedades, pregunta. Ninguno de nosotros va a tomar partido en esta historia, pero, que yo sepa, Elena no está con nadie, por lo menos nadie a quien yo llamaría "compañera". Ayer cenamos solo los tres. Es verdad que nos habló bastante sobre Mercedes."

"Pues, me imagino que sí... Pasaron las vacaciones juntas, ¿no? Por lo menos, fue lo que oí decir. Me alegra que esté bien..." Las frases salen un tanto entrecortadas. Mari Carmen me habló de ella y yo fui a ver todo lo que conseguí en Internet. Aprovecho y me levanto para ir hasta la cocina con el pretexto de ir a buscar otra botella de vino. Cuando vuelvo, ellos continúan intercambiando impresiones sobre la mencionada Mercedes.

Pierre mira a Jean-Luc con el tenedor suspendido en la mano: "Elena estaba fabulosa, tenía un brillo especial, algo..."

"No sé, tú la conoces mejor, yo pensé que ella estaba con un aire feliz. No sé si era por causa de Mercedes u otra cosa cualquiera, pero estaba bien."

"Y tú, Charlotte, ¿cómo estás? ¿Las cosas en la Universidad, todo definitivamente arreglado?", pregunta Pierre.

"¡Estoy bien! Dejó marcas, pero tuvo un lado bueno, me hizo poner la vida en perspectiva. ¿Sabes?, he pensado mucho sobre qué es lo que yo quiero al final.", suspiro y me llevo la copa a la boca.

"¿Sigues enamorada de ella?", interviene Jean-Luc más como una constatación que como una pregunta.

"Es difícil responder..."

"Disculpa...", dice un tanto atrapado.

"No, no pidas disculpas. Me gustaría responder, pero no sé, no sé cuál es la respuesta correcta...Queremos cosas tan diferentes de la vida... Ella ve el mundo color de rosa, cree que el mañana siempre será mejor..."

"...Y tú aprendiste que el mañana puede ser devastador", completa Jean-Luc. No son necesarias palabras para saber que, también él, piensa en Leo.

"¡Pero...volví a hacer terapia! ¿Se nota, no se nota? Vamos a hablar de cosas más alegres..."

Jean-Luc no está listo para dejarme cambiar de tema: "Creo que ella te extraña. No cambió nada allá en casa. Eso es una señal. Cuando él se fue para Nueva York pensé que iba a morir, y mira, ahora estamos aquí..."

"Hablando de Nueva York, Pierre, ¿cuáles son tus planes?", por lo menos ahora voy a conseguir cambiar de tema.

Antes de que él consiga hablar, Jean-Luc da la respuesta: "Creo que vamos a pasar algún tiempo en la ciudad que nunca duerme...", afirma y, con una sonrisa de oreja a oreja, mira a Pierre que se muestra sorprendido.

"¿Hay algo que yo no sepa?"

"¿No fuiste invitado para hacer los cursos de verano?"

"Fui, pero no te preocupes..."

"No estoy preocupado, solo pensé que ahora que perdí las elecciones, tal vez me haría bien cambiar de aires."

Pierre posa los cubiertos y se inclina para darle un beso a Jean-Luc.

"Si hubiera sabido que esta decisión daba derecho a besos de estos ya la habría tomado antes", comenta riendo.

Es mi señal, voy a arriesgar, pienso: "Chicos, tengo una propuesta, casi indecente, para hacerles...", profiero también yo riendo.

"¿Cómo así, indecente?", dice Pierre. "¿Vas a seducir a mi marido?"

"¡Voy a intentarlo!"

"Me estás dejando curioso, ¿qué estás tramando?", pregunta Jean-Luc.

"Acepté la invitación de mi madre. Hace dos semanas estuve en París y le presenté un plan. Propuse que la Fundación se dedicara a fomentar proyectos liderados por mujeres."

"¡Felicidades, Charlotte! ¡Felicidades!", me felicita Pierre.

"Quiero que muchas niñas jueguen fútbol para que este pueda ser reconocido y apreciado. Porque eso solo va a suceder cuando todos nos sentemos para ver los equipos femeninos con el mismo entusiasmo con que vemos al equipo masculino del Barça. Quiero ver mujeres, mujeres negras, mujeres lesbianas, de los cuatro rincones del mundo, en la presidencia de las grandes empresas y de las nuevas start-ups, escribiendo, pintando... Solo llegaremos allá cuando tengamos paridad en los Premios Nobel." Finalmente paro de hablar y los miro. Están ambos atónitos fijos en mi largo discurso.

Jean-Luc viene junto a mí, se inclina sobre el sofá y me da un abrazo: "¡Es simplemente genial!"

Pierre aplaude y sonrío: "Concuerdo enteramente, Charlotte, es el desafío de una vida y el sueño de muchas más. Tengo la seguridad de que eres la persona correcta en el lugar correcto."

"Qué bueno que les gustó la idea, porque quería invitarlos, a ambos, a entrar conmigo en esta aventura... y, Pierre, antes de que digas algo, claro que es conciliable con el proyecto que tienes en Nueva York. Hasta pueden trabajar una parte del año en Francia y otra en Estados Unidos."

"Yo no tengo dudas de que acepto..." Pierre recupera la compostura y habla en un tono hasta solemne: "¡Gracias! ¡Gracias, en serio!"

Jean-Luc, después de andar de un lado a otro, acabó por sentarse en la alfombra con las piernas cruzadas, apoyado en la pared: "¿Y tú, no dices nada?"

"No consigo...", murmura.

"¡Piensa! No tienes que decidir nada hoy. Ya decidí que me quedo hasta el fin del semestre para no perturbar las clases, pero después quiero irme. Creo que voy a volver a París..., no hay razón para continuar viviendo aquí", digo sabiendo exactamente lo que esto significa.

CAPÍTULO 32

10 de octubre - "Felices para siempre"

Elena

Hoy es el día 'D'. Me quedo acostada en la camilla muy quieta, como si moverme pudiera alterar el curso de los acontecimientos. Miro fijamente el techo e intento controlar el pensamiento, enfocar en cosas buenas y no dejar que la ansiedad se apodere de mí. Cuando ayer recibí la llamada telefónica mi corazón casi se detuvo. Ya eran las ocho de la noche cuando el teléfono vibró. Las noticias no podían ser mejores. Los embriones estaban en perfecto estado y los análisis habían mostrado que el momento era ahora, por lo que la propuesta era simple y directa: "Hacemos la inseminación mañana a las 11 horas".

Charlotte no sospecha nada. No es que eso me deje tranquila, la agonía inicial dio lugar a un sentimiento de traición. Tengo que ser capaz de vivir con eso. Es demasiado importante, demasiado vital, para dejar de hacerlo.

Mercedes ha estado conmigo casi todos los días. Ha sido la amiga y la confidente, haciéndome encarar mis miedos, mis dudas. No se podía pedir mayor entrega, habría sido una excelente psiquiatra.

Hace dos días, después de cenar en su casa, bebíamos café sentadas en la sala siguiendo sin atención el noticiero que pasaba en la televisión, cuando tomé coraje para una pregunta que se me ha ocurrido innumerables veces: "¿No tienes ganas de buscar a Rosa?"

"¿Por qué eso ahora?"

"¿Por qué no? No tienes nada que perder. Tal vez sea hora de asumir quién eres, ¿ya te planteaste esa posibilidad?"

"Un millón de veces... Simulé conversaciones con mi madre, con mi hermana, hasta con algunos colegas de trabajo..."

"Escucha, Mercedes, tu madre ya no está entre nosotros, no le debes nada. Ya no tienes que lidiar con su aprobación o con su rechazo, dejó de ser asunto. Tu hermana, tus colegas, claro que lo van a aceptar, hasta porque para ellos esto no tiene, ni de cerca, el peso que tiene para ti. Como todas las novedades merecerá un momento de sorpresa, una o dos conversaciones y nada más, la vida sigue."

"¿Estás así de segura?"

Me acerqué, tomé sus manos en las mías y las acaricié: "Piénsalo, siempre eres tan pragmática y, cuando se habla de ti, de tu intimidad, te nublas, te dejas llevar por la irracionalidad... Intenta ser práctica, que tú seas lesbiana ¿qué cambia, por ejemplo, en la vida de tu hermana?"

"¡Lo cambia todo! Cambia la forma como ella me ve...no sé, cambia..."

"¿Ves?, ¡no lo sabes! No lo sabes, porque no cambia nada. ¿Y en el trabajo, qué puede pasar? ¡Nada!"

Ella me depositó un beso en los labios y me murmuró al oído: "Eres fantástica, ¿sabes?"

"Solo estoy intentando ser la voz de tu conciencia. ¿Realmente crees que un mundo que sobrevivió a una pandemia no va a sobrevivir a la noticia de que Mercedes Ferrà es lesbiana?" dije con sarcasmo, soltando una carcajada.

"No sabes cómo conocerte cambió mi vida."

Me emocioné con sus palabras y, evitando las lágrimas, la llené de besos, hundiendo el rostro en su cabello y dejando que su perfume se apoderara de mis sentidos.

Al día siguiente volvimos a cenar, esta vez en mi casa. Ella apareció efusiva. Me abrazó y me arrastró en una especie de danza por la cocina, haciéndome girar.

"Pasé la tarde con mi hermana..."

"¿En serio? ¿Cómo estuvo? ¿Cómo está ella?"

"¡Óptima! Está embarazada... ¡Súper contenta! Tomé coraje y se lo conté. Menos mal que no viste..., yo parecía tonta, parecía una adolescente, las palabras salían cortadas, tartamudeaba, en fin, menos mal que no hay registros, fue vergonzoso..."

"¿Y qué dijo ella?"

"Cuando entendió de qué se trataba se rio a carcajadas y me dijo que ya lo sabía hace años. Como yo nunca había hablado del asunto, había optado por tampoco hablar. Después de tanto, ¡el asunto no duró ni diez minutos, durante el resto de la tarde solo se habló de nombres de bebés, maternidades, de repente este tema invadió mi vida!"

El Dr. Guinot entra en la sala: "¿Preparada Elena? Está todo listo, ¿podemos comenzar?"

Mi corazón late desacompañadamente, siento las manos sudar y lo veo todo dar vueltas... "¡Elena, Elena! ¿Está todo bien?", él me agarra la mano y coloca los dedos alrededor de mi pulso.

"Estoy mareada, creo que voy a desmayarme...", respondo, sintiendo dificultad en mantener los ojos abiertos.

"Está todo bien, es solo la ansiedad del momento. ¡Respira hondo! Relájate. Es normal que estés nerviosa, esperamos el tiempo que sea necesario", el Dr. Guinot tira del pequeño banco con ruedas hasta el pie de la camilla y se queda sentado a mi lado. "Es una pena que Charlotte esté fuera, estoy seguro de que si ella estuviera aquí tú estarías más tranquila."

No respondo, porque no hay nada que pueda decir que tenga sentido. Unos minutos después le digo que podemos proseguir. Es tiempo de seguir adelante. Él llama al enfermero que lo asiste y a la bióloga responsable por los embriones. Allá vamos..., la posición es de lo más incómoda, piernas abiertas, suspendidas en el aire, la anticipación de la incomodidad... Siento el frío del gel de la sonda de la ecografía en mi barriga, cierro los ojos y aprieto los puños intentando controlar el miedo.

"Respira hondo, por favor", pide mientras inserta el pequeño espéculo de plástico. Es una maniobra simple, pero que siempre me causa dolor. Procuero quedarme quieta. Lo oigo pedir a la bióloga el catéter que contiene los embriones, aunque no siento cuando lo introduce. Pocos segundos después retira el espéculo.

"¡Ya está! Ahora es solo esperar. Vas a quedarte aquí durante media hora, procura relajarte. Después, puedes hacer tu vida normal. Evita esfuerzos y no tengas relaciones sexuales en los próximos días. Vamos a esperar que por lo menos uno de esos se desarrolle. Todo lo que necesites, ya sabes, es solo llamar. Voy a marcar consulta y análisis para dentro de dos semanas." Salgo de la clínica con la extraña sensación de que mi vida ha cambiado, es realmente irreal. Mercedes me espera en el coche. Seguimos para mi casa, ella se va a quedar aquí a dormir estos días.

"Pasaron doce días, ¿sientes algo?", estamos cenando en un pequeño restaurante italiano en la Barceloneta, cuando Mercedes me hace esta pregunta.

"En realidad sí, siento falta de un buen vino y de... de una buena noche de sexo."

"Vamos, no estoy bromeando. Yo no entiendo nada de esto, así que dime, ¿sientes algo? ¿Se supone que debes sentir algo?"

"No siento nada, pero tampoco se supone que deba sentir algo."

Mientras conversamos vamos comiendo las pizzas que pedimos. Ella bebe una copa de vino tinto y yo me contento con un té helado. La convivencia de estos días nos acercó como nunca pensé que pudiera suceder. En la imposibilidad de terminar cada noche en un orgasmo, exploramos otros caminos. Es una amistad, improbable, entre dos mujeres adultas que se conocieron y se

acercaron de forma fortuita. Mercedes entró en mi vida y se fue instalando, me tomó por lo más íntimo y fue descubriendo las varias capas, la exposición total, la desnudez del cuerpo facilita la desnudez del alma.

Su voz me trae de vuelta al presente, en el restaurante, ahora con más gente, reina el ruido de las conversaciones acompañado por una antigua música italiana. "¿No vas a hablar con ella?"

"¿Con quién?... No... Te conté que hace unas semanas ella me envió un email preguntando si yo quería tomar un café. Era un texto largo, muy a su estilo. Bien escrito, elocuente, pero que, en realidad, no decía nada además de que se quería encontrar conmigo. No explicaba por qué, ni pedía disculpas por lo que pasó. Lo ignoré. Anteayer me envió otro email. Dice que necesitamos hablar..."

"En algún momento vas a tener que enfrentarla."

"Tal vez, pero no ahora..."

"¡No te entiendo! ¿Cuál es el plan? Si no te quedas embarazada, Charlotte probablemente nunca va a descubrir lo que pasó, pero ¿y si te quedas? ¿Te vas a esconder? ¿Cómo? ¿Cuánto tiempo?" No tengo respuesta para ninguna de las preguntas. El plan es dejar pasar el tiempo e ir actuando en función de los acontecimientos. Sé que es un plan peligroso, pero es el único que tengo en este momento.

Cambio de tema para no tener que debatirme más: "Tú has pensado en Charlotte y yo he pensado en Rosa, ¿no tienes ganas de saber noticias de ella?", pregunto con algo de ironía.

"Hay días en que me dan muchas ganas de saber, hasta de hablar con ella. Otros, en que pienso que nunca más quiero oír su nombre."

"Lo entiendo, pero ¿cuál es el sentimiento más fuerte? Siempre hay uno que gana..."

"¿Qué crees tú?", me pregunta frunciendo el ceño.

"Creo que ella siguió su vida y está en un punto ya tan distante que vas a notar que no hay nada en común, pero eso es importante para que tú puedas seguir adelante", respondo mientras le acaricio el brazo con un mimo.

"¿Lo crees? ¿Tú intentarías encontrarla?"

"Creo que sí..."

"¿Y dónde nos deja eso?", cuando hace esta pregunta, Mercedes me mira de aquel modo que solo ella consigue.

"En el exacto mismo sitio."

"¿Qué quieres decir con eso?"

"Te adoro, pero tú y yo sabemos que esta no es una relación de "vivieron felices para siempre". Siento por ti lo que nunca sentí por nadie, pero..."

"...Pero amas a Charlotte." Una vez más, las palabras salen de su boca con una tranquilidad inesperada. Es el reconocimiento de una verdad absoluta que no hay cómo refutar.

"Creo que sí... es difícil saber qué significa "amar". Estoy segura de que tú tampoco nos imaginas viviendo juntas." Por momentos soy asaltada por una sensación de pánico, ¿y si no hice la lectura correcta de sus sentimientos? Felizmente ella responde casi de inmediato.

"Yo no soy persona de compartir apartamento. Me gusta demasiado mi libertad, mis momentos de soledad. Y, sin embargo, tú invadiste sitios a donde nunca nadie había siquiera llegado cerca." Desvía la mirada y fija el tablero de la mesa cubierto por un mantel de cuadrados rojos y blancos.

Le agarro la mano: "No te preocupes, pase lo que pase, siempre vamos a encontrar la manera de preservar aquello que tenemos. De una cosa puedes estar segura, es tan importante para mí como lo es para ti."

Pasaron dieciséis días desde la inseminación. No siento rigurosamente nada. Ni malestar, ni cualquier otra cosa, más allá de una sensación de que el estómago se me va a salir por la boca, si el corazón no sale primero. Estoy sentada exactamente en la misma silla de cuero negro, donde esperé hace dos semanas. Por la mañana estuve aquí, con Mercedes, para hacer una extracción de sangre. No hay como escapar, o estoy embarazada o no lo estoy. Ella se ofreció a venir conmigo ahora, pero esta vez siento que tengo que estar sola.

"Elena Roig", mi nombre se hace oír. Me levanto lentamente como si no quisiera que el momento llegara. Sin prisa, entro en el consultorio del Dr. Guinot que me recibe en la puerta.

"¿Cómo estás Elena? Con toda la confusión que ha sido el día de hoy, aún no abrí tu expediente para ver los resultados. Imagino que estés ansiosa..." mientras él habla me pongo cada vez más nerviosa, finalmente la pantalla se ilumina y surgen los resultados.

CAPÍTULO 33

30 de octubre – Los Años de Mari Carmen

Charlotte

Mari Carmen me invitó a su fiesta de cumpleaños y no tuve cómo rechazar. En los últimos tiempos nos hemos acercado, admito que es una persona mucho más interesante de lo que era la imagen que tenía de ella.

La sala está llena. No conozco a la mayoría de las personas que, por las conversaciones, deduzco que sean médicos. Entre ellos está Pilar, que ríe fuerte, en un grupo que habla animadamente junto a la puerta de la terraza. Parece estar acompañada por una chica que no conozco. Es una mujer más joven, muy rubia, parece extranjera. Qué bueno sería si ella se interesara en serio por alguien... quién sabe yo dejaría de sentir lo que siento siempre que la veo. ¡Celos! Me irrita admitirlo, pero son celos... Nunca dejé de pensar en todos los años que pasó al lado de Elena y nunca fui capaz de no compararme... Si bien ahora nada de eso importa, Elena no está aquí.

Me alejo y voy hasta la cocina con el pretexto de ir a buscar agua. Están todos en la sala, lo que me da la posibilidad de quedarme sola durante unos minutos. La semana pasada estuve en París. Es oficial, la Fundación Eloise Hubert ya existe y yo soy la más nueva directora ejecutiva.

Mi madre organizó una pequeña fiesta para celebrar, llevándonos a recordar otros tiempos, otras fiestas en el apartamento de París.

Al final de la noche Anne y mi madre nos reunieron en la sala y, después de muchos preliminares que nos fueron dejando progresivamente más curiosos, nos mostraron las fotografías de la nueva sede de la Fundación.

Al día siguiente, finalmente a solas conmigo, mi madre dio vueltas y más vueltas a la conversación, terminando por cuestionarme directamente sobre mi ida a París. "¿Vas a volver, Chérie? Sabes cuánto me gustaría tenerte aquí, pero no quiero que pienses que es una obligación. Sé que puedes hacer tu trabajo en Barcelona o en cualquier sitio... Cuando partiste fui la primera en apoyarte, era bueno que cambiaras de aires y quedaras lejos de todo, lejos de esta casa, aunque eso significara que también quedabas lejos de mí, pero ahora... ahora, no veo razón para que no vuelvas".

"Estoy convencida", respondí sin dejar traslucir esa convicción en la voz. Por encima de cualquier otra cosa, para mí, volver a París significa asumir que desisto de la relación con Elena.

"No pareces muy convencida. ¿Es por Elena?"

"¡Yo amo a Elena! Pero yo no quiero, yo no puedo tener un hijo... Tú no sabes, no viste, pero en los últimos años las cosas se pusieron tan complicadas. No sé cómo ella no me dejó. No consigo evitarlo, es más fuerte que yo".

"Entonces, la dejaste antes de que ella te dejara a ti. Charlotte, ¡haz lo que tiene que ser hecho! Gana coraje y habla con ella. Sé directa, no dejes a Elena fuera de tu vida sólo porque no tienes el valor para preguntarle qué es lo que ella quiere. Tienes obligación de darle la opción de elegir... No es sólo por ella, es también por ti".

"Voy a pensar en eso...", susurré sin ninguna firmeza. "En cuanto a París, mi decisión está tomada, voy a volver. Voy a buscar un apartamento aquí cerca, ¿crees que me puedes ayudar?", pregunté esta vez con determinación.

Cambiando el semblante, mi madre empezó a reírse y llamó a Anne, pidiéndole algo que no conseguí entender. Cuando Anne entró, venía con Claire y una serie de papeles en la mano. "Como te conocemos bien, creímos que esta podía ser tu decisión e hicimos algunas investigaciones..." mi madre continuó riendo, en un coro de carcajadas, acompañada por Claire y Anne.

Los papeles no eran más que fotografías e informaciones sobre diversos apartamentos en venta en el barrio. A primera vista, todos me parecieron excelentes. "¡Creo que encontré!", dije en cierto punto, agarrando la fotografía de un apartamento en el último piso de un edificio clásico, con una pequeña piscina en la terraza.

"¡Hola!" Mi cuerpo se estremece, aguardo un momento antes de darme vuelta. Elena está parada en el marco de la puerta mirándome.

"¿Hace cuánto tiempo estás ahí?", pregunto, cuando finalmente consigo hablar.

"Hace unos minutos. Estabas absorta en pensamientos, pero debían ser buenos, estabas sonriendo".

Abandono la ventana y me acerco a ella. Cada vez que miro es como si la viera por primera vez. Lleva unos pantalones anchos gris oscuro y una blusa de seda azul verdoso, que combina a la perfección con sus ojos. El escote abierto deja expuestos los hombros. Como es su hábito, no tiene ningún adorno a excepción del reloj y unos aros de oro, que no reconozco. Me quedo parada a poca distancia, como si un muro invisible me impidiera acercarme más. "No esperaba verte aquí hoy, Mari Carmen comentó que estabas fuera..."

"Es verdad, tuve una reunión de trabajo en Múnich, pero terminó a la hora del almuerzo, y aquí estoy..."

Una reunión de trabajo, pienso, qué extraño. ¿Qué habrá ido a hacer a Múnich? A pesar de la curiosidad, opto por no preguntar. "¿Cómo estás? A juzgar por el aspecto, ¡maravillosa!"

"¡Gracias! Estoy bien... algunas cosas nuevas... la verdad, es que estoy muy bien". Ella sonríe, y vuelvo a ver los hoyuelos de siempre.

Da un paso en mi dirección haciendo que la distancia entre nosotras se disipe, y su perfume me invada. Se acerca, me da dos besos en la mejilla, y me envuelve en un abrazo.

"No es por no estar juntas que vamos a dejar de saludarnos, ¿cierto?", dice con la boca casi pegada a mi oído.

"No, claro que no".

Elena

"¿Vamos hasta la sala? Por mucho que me guste conversar en la cocina, estoy cansada y me vendría bien sentarme". Diciendo esto me desvío para darle paso a Charlotte y la sigo. Nos sentamos en un rincón donde, por casualidad, los sofás están todos vacíos. "Cuéntame sobre ti, sé que hay muchas novedades, me fui enterando por Mari Carmen y Claire, pero me gustaría mucho oírlo de tu boca".

Ella se recuesta en el sofá, y parece tensa. "Ni te imaginas lo que han sido estos últimos meses, sólo lo creo porque fue conmigo, si alguien me lo contara, pensaría que es exageración".

Antonio viene hacia nosotras, interrumpiendo la conversación. "¿Quieren beber algo? Voy a buscar para mí, si quieren puedo traer para ustedes". Charlotte acepta, pidiéndole un gin tonic, yo rechazo con un meneo de cabeza.

Ya con el vaso en la mano, y después de que él se ha alejado, ella continúa: "Primero fue el proceso en la Universidad..."

Charlotte prosigue y me cuenta en detalle lo que sucedió, las cartas de recomendación, la acusación de acoso y todo lo que siguió. Voy escuchando atentamente, sin interrumpir. Qué historia descabellada. "¿Y Alicia?"

La pregunta es hecha de forma inocente, pero está lejos de serlo. Charlotte se queda en silencio por un instante y, en vez de responder, pregunta: "¿De verdad no quieres beber nada? Voy a buscar otro gin..." Rechazo. Tal vez ella necesite tiempo para pensar.

Vuelve a su lugar y recomienza donde paramos suspirando profundamente antes de hablar: "Bueno, Alicia dejó la Universidad, pero antes tuvo la dignidad de aclarar la situación. Si no fuera por su carta, el proceso podría haber terminado de otra forma. Creo que, en realidad, ella fue más una víctima. Ya lo pensé y repensé, debatí la situación con la Dra. Laura, pero no llegué a ninguna conclusión".

"Dra. Laura, ¿quién es la Dra. Laura?"

"Laura Estévez".

"¿Volviste a hacer terapia? ¡No sabía!"

"Fue hace poco tiempo. Estaba tan confundida, que creí que era la única solución sensata".

"Es una excelente noticia, ¡te va a hacer bien!"

"Me ha gustado... me ayuda a ver las cosas desde otro prisma, ha sido bueno. No entiendo la actitud de Alicia, hasta comprendo que estuviera enojada, y hasta tenía razón, pero de ahí a involucrarse en todo esto..., eso no lo entiendo".

"¿Y sabes qué le sucedió?"

"Me escribió un largo email... Intentó explicar el porqué de lo que había hecho, no me cobraba nada, pero tampoco pedía disculpas. Está en Estados Unidos trabajando con la profesora de la ONU que la había contactado". Charlotte no comenta nada más sobre cómo la situación se resolvió de hecho, pero, por lo que supe por Mari Carmen, Alicia sigue furiosa con ella.

Gano coraje y avanzo en la oscuridad: "Entonces y ahora, ¿qué tal de amores?"

"¿Eso es pregunta que se haga?"

Planteo la cuestión en un tono leve y ella me responde en el mismo tono, no escondiendo su sorpresa.

"Si quieres hablamos de otra cosa. Pero, Charlotte..., ¡vamos! Te conozco hace tiempo suficiente para saber que no eres mujer de quedarte sola... En los últimos meses aprendí bastante sobre elecciones..." Por instantes pienso en Mercedes, ¿cómo sería si ella conociera a Charlotte? ¿Será

que se llevarían bien? Tienen tantas cosas en común y en otras no podrían ser más diferentes.

"Nada de nuevos amores, no estoy preparada para eso y la edad también pesa. ¡Pero tengo grandes novedades! ¡Tal vez ya sepas! Mi madre, o mejor nosotras, hicimos una Fundación, estás frente a la directora ejecutiva de la Fundación Eloise Hubert".

"¡Es fantástico!", aunque ya supiera de la novedad, oírlo de su boca tiene otro sabor.

Charlotte va contando en detalle lo que está pensando hacer. Está encantada por Jean-Luc y Pierre ir a trabajar en el proyecto. Escucho atentamente, prestando atención a cada detalle. Me olvido de que estamos separadas y siento la complicidad de tantas otras conversaciones a lo largo de los años.

Somos interrumpidas por el sonido del feliz cumpleaños. Cuando volvemos, después de haber cortado la torta, los grupos se redistribuyen y quedo rodeada por Mari Carmen, Pilar, su acompañante, Paloma, y Charlotte. La conversación sigue, Paloma también es psiquiatra y empezó a trabajar en el hospital a principios de este mes. Estudió y vivió en París hasta hace dos años, aunque es catalana de pura cepa.

Cuando miro el reloj ya son casi las tres de la mañana. Ya sólo estamos nosotras y un grupo que conversa con Mari Carmen y el marido. Pilar y Paloma, ya con los abrigos puestos, están listas para despedirse.

Salimos hacia la escalera y escucho a Charlotte: "Paloma, fue un inmenso placer conocerte, espero que podamos continuar la conversación en otro momento...", cruzo la mirada con Pilar, ¿qué podrá querer decir esta despedida?

Pilar y Paloma se alejan.

"¿Dónde tienes el auto?", pregunto, sola en la calle con Charlotte.

"No tengo... vine en metro. No te preocupes, llamo un Uber".

"Mi auto está justo aquí, yo te llevo a casa", digo, haciendo un gesto y encaminándome hacia la puerta.

Ella entra al auto y, aun en la oscuridad, veo que se recuesta y cierra los ojos. Cuando enciendo el motor se escucha bien alto la voz de Elis Regina. De inmediato apago el sonido.

"No, por favor, ¡no lo apagues!"

Vuelvo a poner la música, bajando el volumen.

"Estoy yendo a Passeig de Gràcia, es eso, ¿no?", cuestiono.

"Claro, ¿por qué preguntas? ¿Quieres ir a otro sitio?", la pregunta parece ser medio en serio, medio en broma.

"No. Sólo me estaba asegurando que no habías cambiado de casa".

"Hace un rato hablamos mucho, pero sólo hablamos de mí... ¿y tú? Escuché decir que tienes... ¿cómo decías... "nuevos amores"?", dice, mostrando que quiere desviar el asunto.

"¿De qué hablas? ¿De Mercedes?"

"Creo que sí, dime tú".

De repente, recuerdo las discusiones, los gritos y las lágrimas de otros tiempos. "¿Estás segura de que quieres hablar sobre eso ahora? La noche transcurrió tan bien, logramos conversar, ya no sucedía hace siglos... No quiero mentir, pero no sé si estamos preparadas para hablar sobre Mercedes".

"Puedes hablar con confianza, no te preocupes, no voy a hacer ninguna escena". Charlotte anticipa mis preocupaciones, pero prosigue: "Es un buen test para ver si la terapia está funcionando de verdad", dice con una carcajada. "Adelante, puedes contarme todo lo que quieras, al final, como mínimo, somos amigas, ¿cierto?"

"No lo sé, Charlotte..., no sé si las personas cambian así tan de repente".

La conversación sigue sin de hecho avanzar y, mientras tanto, llegamos a la puerta del edificio. Una de las ventajas de circular a esta hora es que casi no hay tráfico. Contra todas las expectativas, encuentro un lugar para estacionar. La música continúa sonando incluso después de haber apagado el motor.

"Ok, quieres hablar como amiga, sí, es verdad que he estado con Mercedes. Es decir "he estado" no es propiamente una buena expresión. Construimos una amistad, una intimidad, difícil de imaginar, pero..."

Me callo, y miro a Charlotte esperando señales de reacción a mis palabras. Curiosamente no la siento ansiosa.

"No te puedo decir que me sea indiferente, pero acepto el hecho como inevitable. Al final, yo tampoco estuve sola", sonrío. "Puedes continuar, ya te dije que me gustaría oír. ¡Quiero realmente poder volver a hablar contigo, a hablar de verdad! ¡Me haces falta!"

¿Qué querrá decir con "me haces falta"? "Mercedes es diferente de todas las relaciones que tuve antes, y lo que siento por ella también..."

"¿Estás enamorada?", la voz de Charlotte denota algo de temor.

"No." Ella acepta mi respuesta sin cuestionarla. Me da un beso en la mejilla y ya con la mano en la puerta dice: "Hace poco creo que no llegué a comentar, pero a principios de año me mudo a París."

CAPÍTULO 34

13 de noviembre — "Esfera"

Charlotte

Quien hizo el contacto con Francesca fue mi madre. No sé cómo, pero se conocían de Italia. El hecho es que Francesca parece tener interés en apoyar la Fundación y parece ser una persona con influencia. No la conozco, pero la expectativa no podría ser mayor. Combinamos almorzar en un restaurante cerca de Montjuic.

Llegué adelantada. Mientras espero, miro distraídamente hacia las ventanas que dan a un pequeño jardín de invierno, estilo japonés. La simplicidad aparente de este espacio iluminado contrasta con la semioscuridad de la sala donde impera la madera y el terciopelo oscuro.

Entra en la sala una mujer y no consigo desviar la mirada, tiene un magnetismo imposible de ignorar. No tengo dudas de que se trata de Francesca. Sin dudar, se dirige a mí como si me conociera y me saluda, sentándose en la silla a mi lado.

Elegimos ambas risotto de trufas y vamos hablando de trivialidades hasta que los platos son servidos. Mientras comemos es ella quien aborda el tema: "Cuéntame, ¿qué es lo que van a hacer? Independientemente de cómo pueda colaborar, quería entender el proyecto."

Le explico todo, y ella me escucha sin interrumpir.

"Es ambicioso. La verdadera igualdad pasa por dar a todos los niños la posibilidad de experimentar, no es sólo una cuestión de acceso, es una cuestión de opciones.", comienza, profiriendo varias consideraciones sobre el asunto.

Quedo impresionada, no sólo porque estoy totalmente de acuerdo, sino sobre todo por el hecho de que ella tenga ideas tan estructuradas. Las propuestas se suceden a una velocidad perturbadora.

"¡Espectacular!" No sé qué más decir. Claramente está acostumbrada a dominar las conversaciones. Entiendo la insistencia de mi madre para que nos conociéramos.

Después de un momento de reflexión, siento necesidad de justificarme: "Hay una cosa que aún no compartí contigo, me gustaría que la Fundación tuviese un papel activo en lo que toca a la identidad de género y a la orientación sexual..."

"No necesitas justificarte. Estaba escuchándote y me acordé que está en la ciudad una amiga mía que me gustaría que conocieras. ¿Crees que podrías venir a cenar con nosotras hoy?"

Paso la tarde pensando en quién será la amiga, y rápidamente ya son horas de vestirme para cenar.

Cuando llego, Francesca me saluda y me presenta a una mujer que no conozco. "Esta es Úrsula, la amiga de quien te hablé."

Cenamos allí mismo en el hotel. La comida es deliciosa y la conversación se desarrolla como si nos conociéramos hace años. No hay constreñimientos, o momentos muertos, cada una de nosotras va hablando, escuchando y riendo. Entiendo que Francesca ya la puso al tanto de la Fundación. Úrsula me explica que trabaja en el área financiera y que tendría mucho interés en colaborar. Sugiere becas de estudio y pasantías. La noche no podría estar yendo mejor.

Ya al final, Úrsula me dirige una sonrisa enigmática y habla en un tono solemne: "Quería hablarte sobre la 'Esfera'...", prosigue en su explicación, y yo, atónita, bebo cada una de sus palabras.

"¿¡En serio!?", es todo lo que consigo pronunciar.

"Deberíamos hablar con Emma y con Mercedes, ¿no crees? Hasta porque, por lo que sé, están ambas aquí en Barcelona."

"Claro," dice Francesca, pareciendo reflexionar, "Emma cumple años y va a organizar la fiesta

aquí..."

No consigo dormir, por más vueltas que dé en la cama no dejo de pensar en la cena de esta noche. Es demasiada información para procesar. ¿Y mi madre? ¿Qué es lo que ella sabe sobre todo esto? Al final, ¿de dónde es que ella conoce a Francesca? Cuando le pregunté me dio una respuesta vaga.

*

Abro la puerta del taxi frente al hotel y, así que atravieso el vestíbulo, veo a Úrsula, sola, junto al mostrador del bar, sosteniendo una copa de champán. Me está esperando.

"¿Cómo estás?", me saluda. "¿Quieres una, antes de subir?"

No nos quedamos más de quince minutos, pero es suficiente para relajar y reír a carcajadas. Le descubro un sentido del humor que no anticipaba.

Dentro de la sala la música se hace oír. Francesca está sentada junto a una de las ventanas. Por un instante me quedo parada, deslumbrada con la vista sobre la ciudad.

"Charlotte, estas son, Emma, nuestra cumpleañera, Mercedes y Suzanne."

Hablan todas al mismo tiempo. Entiendo que ponen al día conversaciones antiguas y comparten las últimas novedades. Emma exhibe un reloj nuevo. Mercedes entra en la conversación y da opiniones sobre cómo los relojes pueden ser buenas inversiones. A medida que vamos hablando me voy sintiendo cada vez más a gusto, como si formara parte. El mismo sentimiento que durante la cena, parece que nos conocemos hace años.

Úrsula se levanta con el pretexto de fumar un cigarro. Mercedes hace lo mismo, no sin antes invitarme a acompañarla. Salimos las tres al balcón escondido en una de las puntas de la sala. Pienso para mí que estas sillas no se adecuan con trajes de noche. Úrsula se sienta a mi lado, lo que hace que nuestras rodillas se toquen. Enciende un cigarro y me ofrece. Rechazo delicadamente.

Mercedes, sentada a nuestro lado, se adentró a fondo en la conversación sobre inversiones. No sé quién es ella, cuando llegamos Francesca dijo apenas su nombre. Úrsula intenta ponerla al tanto de nuestra conversación sobre la Fundación, explicando que me ofreció ayuda. Por momentos tengo la sensación de que su expresión se altera, como si hubiera pensado en alguna cosa que la perturbó.

Elena

La fiesta estaba marcada para las diez, pero acabé por pedirle a Mercedes que fuera yendo, diciéndole que iría a encontrarme directamente cuando me desocupara.

Volver a ver a Úrsula me causa un frío en el estómago. Más allá de todas las emociones, continúa pendiente la propuesta de trabajo. He aplazado una respuesta, pero cuando fui a Múnich quedé muy entusiasmada. Quiero aceptar, y al mismo tiempo me muero de miedo. Trabajar con personas que hacen del estrés profesión y que no esperan nada menos que la perfección..., ¿será que consigo?

Recuerdo las últimas palabras de Charlotte "A principios de año me mudo a París".

Acabo de peinarme y miro al espejo. Me puse un vestido negro, ajustado y largo, que deja los hombros al descubierto, en un escote inclinado. Una sombra en los ojos, un poco de lápiz labial y está terminado. ¡Nunca se sabe lo que puede pasar en estas fiestas!

Entro y Emma corre a saludarme. "¡Feliz cumpleaños!", digo sonriendo. "Disculpa llegar tan tarde, pero el día hoy fue de locos..."

"Sin problema..., ¡ven! Ven a comer algo..."

La voz de Mercedes suena junto a mi oído: "¡Aquí estás! ¿Qué tal tu día?", pregunta besándome en el cuello y murmurando: "¡Deslumbrante! ¿A quién vienes a seducir?"

Sonrío y no respondo. "Ya te había buscado. Como no te vi, pensé que era bueno comer algo antes de desmayarme. ¿Dónde estabas?"

"Allá afuera, fui a fumar un cigarro con Úrsula."

"Aún no la vi..."

"Se quedó allá afuera..., está muy bien acompañada."

"¿¡En serio!? ¿Quién? ¿Alguien que yo conozca?", digo descomprometidamente, no pudiendo adivinar lo que me espera. "¡Cuánto misterio!"

"¡Quien está allá afuera con Úrsula es Charlotte!"

No entiendo: "¿Cómo así Charlotte, qué Charlotte?"

"¡'La' Charlotte!"

"¡No puede ser!... ¿Qué es lo que ella está haciendo aquí?", paro un instante para luego exclamar:

"¿¡Y tú?! ¿Estabas allá afuera con ella?"

"Estaba, pero creo que ella no sabe quién soy yo. Francesca va a colaborar con la Fundación, habló con Úrsula y acabaron por invitar a Charlotte para la fiesta."

"¿Y ahora?"

"¿Ahora qué? Ahora, pones tu mejor sonrisa y vas allá afuera a saludarla."

"No soy capaz..."

"¿Por qué? ¿Tienes miedo de qué?"

Respiro hondo y vacío el vaso de agua que tengo en la mano. No consigo decidir qué hacer. Mercedes, esa parece no tener dudas: "¡Haz lo que tienes que hacer! ¡Yo te adoro de cualquier manera!", me besa en los labios y se aleja, juntándose a un grupo de mujeres que no conozco.

Avanzo hasta la puerta del balcón y paro inmediatamente antes de atravesarla. Charlotte habla animadamente con Úrsula, que tiene la mano posada sobre su rodilla.

"Buenas noches", digo. Las palabras son pocas, pero suficientes para que Charlotte salte de la silla. No habría quedado más espantada si en el balcón hubiera aterrizado un extraterrestre. Úrsula se levanta y me da un beso.

"¿Ya se conocen?", pregunta, rompiendo el silencio momentáneo.

Soy la primera en reaccionar: "¡Sí!" No doy más explicaciones y beso a Charlotte en la mejilla. "Voy allá adentro a buscar otra bebida", dice Úrsula prosiguiendo hacia la sala, dejándonos solas. "¡Sin preguntas!", propongo.

"De acuerdo, ¡sin preguntas!", accede. "¿Quieres sentarte? Mira, esta vista es espectacular. Casi que se ve nuestra casa", dice exagerando. No dejo de notar que menciona "nuestra casa".

"¿Cómo estás? ¿Cómo va la Fundación?", pregunto intentando hacer conversación.

No me responde y dice: "Ese vestido..., nunca pasa de moda..., ¡parece que fue diseñado exclusivamente para ti!", riendo de sus palabras. Ella sabe que, de hecho, fue diseñado exclusivamente para mí. Fue su regalo de cumpleaños de hace unos años.

Las palabras de Mercedes me vienen a la cabeza, "¡haz lo que tienes que hacer!"

CAPÍTULO 35

30 de noviembre - *Je t'aime plus que je ne peux te dire*

Charlotte

Pido una cerveza mientras espero. Al final fui yo quien llegó temprano. Después de la noche de hace dos semanas no volvimos a estar juntas. Yo fui a París y Elena ha estado haciendo un curso. Entre una cosa y otra, no sobró tiempo para mucho más. Finalmente, logramos combinar cenar. Veo y reveo en mi cabeza la noche de la fiesta. Recuerdo mi estupefacción, su silueta, el vestido, la conversación con Mercedes. Tantas cosas pasaron aquella noche.

Cuando salimos del hotel fuimos a casa. Nada cambió, ella no alteró nada. Me invitó a un café y, sin percatarme de la extrañeza del acto, fui yo quien puso la música a tocar. Inevitablemente la conversación fue a parar a Mercedes. Haberla conocido sin saber quién era, tuvo un efecto singular, me permitió simpatizar con ella antes de corroerme de celos.

Elena insistió para que yo tocara. Entre su testarudez y la añoranza del piano, accedí. Sentada en el banco sentí sus manos en mi espalda. Me levanté y quedamos frente a frente. El beso era inevitable, los labios se tocaron despacio, para luego tomar cuenta de nosotros la sensación de urgencia. Fue un beso apasionado, un beso que cargaba dentro de sí la nostalgia de tantos y tantos meses. Parecía imposible despegar los labios. Sus manos atravesaban mi cuerpo y las mías intentaban en vano tocar su piel a través del vestido.

"¿Por qué Úrsula tenía la mano en tu rodilla? ¿Qué pasaba, al final, en aquel balcón?"

Me ruboricé, no tanto por lo que pasó, sino por lo que sé que podría haber pasado. "Creo que nada..., pero si quieres la verdad, no lo sé."

"Ya...", respondió como si supiera cosas que desconozco.

Mientras me desafiaba con palabras y mantenía los ojos fijos en los míos, desabrochó el cierre del vestido y con un gesto simple lo pasó sobre la cabeza. De forma inesperada, quedó desnuda frente a mí, se acostó en el sofá y pasó las manos sobre su propio cuerpo. Me quedé con la boca seca, sin saber cómo reaccionar. No tuve mucho tiempo para pensar antes de oírla decir: "¡Desvístete!" Hice lo que me pedía, quedándome sólo con la ropa interior. Cuando me acerqué, ella se levantó, me abrazó y me empujó contra el piano. Sin preámbulos, sin pedir autorización sentí su mano penetrarme, sus dedos se deslizaban, mientras su mirada permanecía fija en la mía, observando cada expresión, cada movimiento. El deseo era insano y la urgencia aumentaba a cada movimiento. No sé qué pasó, pero esta era una faceta de ella que no conocía. No pude resistir y mi cuerpo explotó en un orgasmo en pocos instantes. Quería decir y hacer algo, pero fui incapaz. Mis rodillas perdieron la fuerza y me dejé caer sobre la alfombra. Una vez más, todo era sorprendentemente nuevo. Ella cogió mi mano y la colocó entre sus piernas, pegó la boca a mi oído y, en una voz provocadora me dijo: "¡Ahora te toca a ti! Yo soy tuya..., Chérie...". No pude esperar hasta que terminara lo que iba a decir, mis manos tocaron su piel, su boca, y, finalmente, el sitio que sé que es el "correcto", casi instantáneamente, oí su grito y sentí el cuerpo vibrar en una onda de placer.

Miro el reloj y ya pasan veinte minutos de la hora acordada. No es que sea mucho, pero habitualmente Elena no se retrasa. Miro otra vez el teléfono buscando registro de una llamada o un mensaje. Nada. Recuerdo todas las veces en que anticipé lo peor. Hoy no voy a dejar que eso pase. La terapia tiene que servir para algo, pienso. Pido otra cerveza e intento distraerme.

Aprovecho la espera y llamo a Jean-Luc, interrumpiéndole la cena. Está particularmente de buen humor, activa el altavoz, y Pierre se une a la conversación.

"Qué bueno que llamaste, hoy estuve en tu nueva casa. Está casi lista. La próxima vez que vengas ya puedes dormir allí." Él ha trabajado incesantemente y logra contagiarme con su

energía.

"¡Fantástico! El próximo año va a ser corto para todo lo que tenemos que hacer... Y tú Pierre, ¿cómo estás?"

Oigo otra vez la señal que avisa que hay una llamada en espera. "Pierre disculpa, voy a colgar porque tengo otra llamada y puede ser Elena, la estoy esperando, está retrasada..."

"¡Grandes novedades!", oigo aún la voz de Jean-Luc, cuando estoy colgando.

Por tercera vez se hace oír un número que no conozco, esta vez atiendo de inmediato. "¿Estoy hablando con Charlotte? ¿Charlotte Grimaux?", el tono me hace helar. ¡Pasó algo!

"Sí, soy yo, ¿quién habla?"

"Soy la Enfermera Paola, del servicio de Urgencias del Hospital del Mar..." No digo nada, mi respiración está acelerada, solo quiero saber qué está pasando.

"La señora Elena Roig tuvo un accidente..." Siento que voy a vomitar, mis manos sudan frío, incapaz de lidiar con las palabras que siguen.

"Ella está bien, y me pidió que le llamara...". La sensación de alivio es tanta que suspiro profundamente varias veces antes de poder hablar.

"¿Está realmente bien? ¿Qué pasó? ¿Dónde está?", las preguntas se suceden a trompicones.

Cuando llego al hospital, Elena ya fue transferida y me dicen que quedará en observación. La enfermera de piso me pide que espere dentro del cuarto, explicándome que ella fue a hacer algunos exámenes. Me siento en la silla al lado de la cama. Su bolso y una bolsa con su ropa están posados sobre la mesa. Se me ocurre que debería informar a Mari Carmen. La llamo, explicándole la situación en breves palabras. Mientras hablamos pienso que a Elena le gustaría que Mercedes fuera avisada. Mari Carmen se ofrece a contactarla, no dejando de decir que está sorprendida con mi pedido. Cuando cuelgo entra al cuarto una doctora que se dirige a mí.

"Buenas noches, soy Luzia Fuentes. Es Charlotte, la esposa de Elena, ¿verdad?", pregunta, extendiéndome la mano.

"Sí, soy yo. ¿Cómo está ella? ¿Qué pasó?"

"Elena está bien. Fue arriba a obstetricia. Los aparatos de ellos son mejores que estos de aquí. Debe volver para abajo en un momento. No se preocupe, está todo bien con ella y con el embarazo. Los fetos están los dos bien, y no hubo ninguna pérdida de sangre. Por eso, parece que fue sólo el susto."

"¿Los fetos?", es todo lo que logro pronunciar.

"Sí, son gemelos, ¿aún no lo sabían? ¡Felicidades! En cuanto al accidente, todo lo que sé es que el coche que iba adelante frenó de repente y ella no tuvo tiempo de parar. Perdió el conocimiento en el lugar, pero cuando la ambulancia llegó ya estaba consciente. Vine sólo para tranquilizarla y para decirle que en breve ella estará aquí. Vamos a mantenerla aquí esta noche, pero si está todo bien, mañana puede ir a casa."

Después de dar toda la información de una sola vez, se despide y sale, dejándome sola. No estoy logrando procesar. ¿Embarazada? ¿Elena está embarazada? ¿Embarazada de gemelos?

Soy invadida por una ola de pánico. Agarro las cosas, salgo y sigo por el pasillo sin saber hacia dónde voy. Afuera, el movimiento no es grande a esta hora. Atravieso hasta la reja y me quedo sentada en uno de los bancos de madera. No sé decir cuánto tiempo pasa, hasta oír el sonido del teléfono. No conozco el número, pero atiendo.

"Charlotte, ¿estás bien? Soy Mercedes. Elena me dio tu número, ¿dónde estás? ¿Estás aquí en el Hospital?"

Inexplicablemente, me siento aliviada al oír su voz.

"Sí, quiero decir, no exactamente. Estoy en la calle. Estoy sentada aquí en uno de los bancos en

la acera."

Ella no parece encontrar nada de extraño: "¿Puedo ir a verte?"

Sin alternativa, le explico dónde estoy.

Mercedes se sienta a mi lado, en silencio.

Sin ser capaz de contener, dejo correr las lágrimas. Ella se quita los guantes y posa la mano sobre mi pierna. Se queda simplemente ahí, a mi lado, sin preguntas, sin palabras. Lloro todo lo que tengo que llorar. Poco a poco me recompongo. "¡Gracias! Gracias por estar aquí."

"Elena está bien. Ya está en el cuarto. Se quedó con Mari Carmen."

"¿Y tú? ¿No quieres volver para allá? Yo estoy bien..."

"¡No! Ya le di un beso y ya le deseé buenas noches. En este momento mi preocupación es contigo. Puede parecerte extraño o inapropiado, pero ¿qué te parece si salimos de aquí y vamos a beber algo? Te garantizo que no te estoy intentando seducir..., ¡al menos, no hoy!"

Sus palabras logran arrancarme una sonrisa. Me siento cómoda en su presencia. "Tengo el coche en el parking..."

"Deja el coche aquí, mañana llevas el coche. Ahora vamos en el mío."

Sentadas en un pequeño bar bebemos un Irish Coffee. Ella asume la conversación y va directo al tema. "Nosotras no nos conocemos, pero creo que sé por qué estás así..."

"Elena está embarazada... de gemelos...", las palabras se me escapan sin que las pueda frenar.

"Lo sé." Mercedes habla con una tranquilidad que no deja de ser contagiosa. Da otro sorbo en la copa, moviendo el líquido con la cuchara. Empiezo a entender por qué a Elena le gusta tanto.

"Sé que Elena está embarazada e imagino que haya sido un shock para ti. Cuando llegué al cuarto, la Dra. Luzia Fuentes estaba precisamente diciéndole que había hablado contigo y que te había dicho que estaba todo bien. ¡Pobre Elena! Estoy segura de que ella no quería que lo supieras así..."

"¿Quién más lo sabe? ¿Mari Carmen? ¿Pilar?"

"No, nadie. Sólo yo."

Mi cabeza gira a mil. En otros momentos, con asuntos menores, estaría a los gritos exigiendo explicaciones, pero ahora, no me siento capaz ni de gritar ni de exigir lo que sea.

"No quiero ser yo quien te explique, no más de lo necesario, hasta que puedas conversar con ella." Mercedes vuelve a tocarme, esta vez agarrando mi mano.

"Ayúdame a entender qué pasa. ¿Ella está con alguien?"

"No. Elena no está con nadie", dice moviendo la cabeza y apartando un mechón que le cae sobre los ojos.

"Entonces, no logro entender. Nosotras intentamos varias veces, primero con inseminación artificial, después con fertilización in vitro, pero ella no se embarazó. Todavía tenemos dos embriones congelados...", me detengo súbitamente. "¿¡Ella usó los embriones!?", digo casi a los gritos. Las piezas encajan como en un rompecabezas que se resuelve.

Mercedes me mira callada, mientras termina su bebida. "No necesitas que te explique nada, ¿verdad?", pregunta manteniendo la voz inalterada.

"¡No puedo creer! ¡Cómo fue capaz! Ella precisamente..."

"¿Por qué "ella precisamente"?"

"Ella es de las personas más íntegras, más honestas que conozco. ¿Cómo me pudo hacer esto?"

"Estás viendo la situación desde el ángulo equivocado. Ella no "te" hizo esto, ella se "hizo esto" a sí misma. Ante los motivos correctos, las personas son capaces de todo. De lo mejor y de lo peor. Lo único que interesa es si el motivo es lo suficientemente fuerte. Elena quiere tener un hijo más de lo que logra explicar. Probablemente más de lo que debería, si es que la palabra se puede

aplicar en este contexto."

No es fácil seguir el discurso de Mercedes, aunque entienda lo que quiere decir. "¿Y ahora?"

"Ahora, la vida sigue. Esperemos que el embarazo siga lo mejor posible y de aquí a unos cuantos meses nacerán dos bebés. La cuestión es ¿qué es lo que tú quieres hacer, ante las circunstancias? Imagino que sea una sorpresa y tanto."

Por primera vez, en mi cabeza, la palabra "embarazo" se transforma en "bebé", no puedo dejar de sonreír, y veo por la mirada de Mercedes, que no le pasa desapercibido.

"¿Qué es lo que quiero? ¡No tengo la menor idea! Me voy a París de aquí a un mes, la Fundación está empezando y las cosas se han sucedido a la velocidad de la luz. Estaba todo bien planeado y parecía que finalmente estaba logrando tener algún control sobre mi vida..."

"¿Puedo hacerte una pregunta?"

"Claro."

"¿Aún estás enamorada de ella?" La pregunta es exactamente igual a la que me hizo Jean-Luc. Curioso que dos personas que ni se conocen me hagan la misma pregunta. Antes de que yo responda, ella continúa, "No necesitas responder, tu mirada lo dice todo. Y, si el "todo" no fuera suficiente creo que la noche que pasaron juntas lo comprobaría."

Claro que Elena le contó sobre nuestra noche.

"Ella está enamorada de ti. Solo tú y ella es que continúan sin querer ver lo obvio."

"No es así de simple... queremos cosas diferentes..."

"¡Ya sé, ya sé! Ella me dijo las mismas exactas palabras, quieren cosas diferentes, tienen sueños distintos, líneas paralelas, etcétera, etcétera... ¿y al final? ¡Están enamoradas una de la otra! Puede ser que no consigas ver eso hoy, pero te digo, para mí es tan transparente como el agua."

"Es mi turno de hacer una pregunta, ¿puede ser?"

"¡Adelante!"

"¿Qué es lo que "tú" sientes por ella?"

"Yo adoro a Elena. Cuando la conocí quedé fascinada. Pero, es un sentimiento diferente. Yo no quiero compartir el día a día con Elena, ni con nadie. No me preguntes si la deseo, y menos aún, por todas las noches que tuvimos, sé que no te iba a gustar la respuesta. Creo que lo entiendes, lo entiendes tanto que no siento que tengas celos, ¡y mira que yo sé que tú eres celosa!", sonrío y me guiña el ojo.

"Una vez más, no estoy segura de conseguir acompañarte, ¡pero en una cosa tienes razón, yo no tengo celos!" Cuando oigo mis palabras pienso cuán singular es lo que acabo de decir. Singular, pero, no por eso, menos verdadero.

Toco el timbre. Pienso en usar la llave y entrar por el garaje, pero acabo por decidir no hacerlo y usar la puerta principal. Elena abre y me invita a entrar. Nos sentamos, frente a frente y suficientemente alejadas para la conversación que se anticipa. Ella volvió hoy del hospital. No me sentí capaz de ir a buscarla, y le llamé para combinar que vendría aquí directamente. No hay cómo huir, tenemos que hablar sobre lo que pasó. Ayer llegué a casa ya de madrugada y me dormí casi inmediatamente. Esta mañana, mientras tomaba café, recordé la conversación con Mercedes, y acabé por llamarla para agradecerle, es una persona especial.

"No hay maneras fáciles de explicarte lo que pasó... yo sé que debería pedir disculpas, pero me parece tan poco, tan vacío, dadas las circunstancias..., no sé cuál es la palabra correcta, podría decir que me arrepiento, pero no es verdad... Quisiera que hubiera sido diferente. Quisiera que tú hubieras estado aquí conmigo..." Elena está visiblemente emocionada. Su voz tiembla y percibo que se controla para no llorar. No interrumpo y ella continúa, mantiene los ojos bajos, y yo no consigo desviar los míos.

"Tener un hijo se volvió tan importante. Por más que quiera no te consigo justificar. Cuando te fuiste me quedé destrozada, pasé días, semanas, intentando entender qué es lo que había hecho mal. No podía ser por sentir falta de amor, porque eso, yo te lo di de sobra, entonces ¿qué? Estuve a tu lado, intenté comprender cosas que, para mí, no tenían ningún sentido... intenté no irritarme con tus "berrinches", no ir detrás de tus provocaciones. Nada tenía sentido. ¿Sexo? ¿Sería el sexo que no te agradaba? No sé, no tenía cómo comparar, y no te podía preguntar. Nunca hablamos mucho sobre eso. Funcionaba y ya está. No me cuestioné si podía ser mejor, si querías otra cosa. Por más que pensara, hasta hoy, no conseguí entender lo que pasó. Mercedes me hizo sobrevivir, me mostró otra realidad, limpió todas mis lágrimas cada vez que necesité llorar. Fue la amiga y, llamando las cosas por sus nombres, la amante, pero no será nunca..." Deja la frase en suspenso y no concluye. "Tú eres la mujer de mi vida, ¡mi mujer! Es verdad, dejé que los médicos pensaran que sabías de la inseminación. Decidí sola, sabiendo que confiabas en mí." Termina, por fin, y deja caer la cabeza hacia adelante, escondiendo la cara entre las manos, con los codos apoyados sobre las rodillas. Entiendo todo lo que me dijo, y me gustaría justificarme, ¿pero decir qué? ¿Que fui cobarde? ¿Que no sé lidiar con la ansiedad de ser madre? ¿Será que eso todavía importa? ¡Ella está embarazada!

"Chérie..." ¿Hace cuánto tiempo no la llamaba así? "No sé qué decirte... pero una cosa yo sé, vamos a tener que descubrir una solución. ¡Está hecho, y no tiene vuelta atrás!" Mis sentimientos son contradictorios. "¡Vamos a tener no uno, sino dos bebés y eso va a tener que prevalecer sobre todo lo demás! Nunca lo dudes, yo voy a ser... yo soy madre de estos niños. ¡Vamos a ser las mejores madres del mundo!" Consigo robarle una sonrisa, en medio de las lágrimas que le corren por el rostro. "Yo te traicioné, pero no fue por irme a la cama con Alicia. No fue por enamorarme de ella, yo te traicioné porque no fui capaz de ser honesta contigo. No fui capaz de compartir mis miedos y mis angustias. Estaba demasiado asustada para querer tener un hijo y tú, tú querías eso más que cualquier cosa. Pensé que si nos alejábamos, podíamos seguir adelante..."

Elena levanta finalmente la cabeza y me mira a los ojos. "No me diste la opción de elegir, no me preguntaste lo que yo quería, decidiste sola y me dejaste, sin una explicación..."

"No fui capaz de hacer mejor... Si volviéramos atrás quisiera pensar que lo haría diferente, pero nunca lo sabremos... Este año fue difícil. Fue uno de los peores y uno de los mejores de mi vida."

"¿Crees que algún día serás capaz de perdonarme?"

"Te devuelvo la pregunta, ¿y tú?"

"Ya te perdoné hace mucho tiempo...", parece que va a continuar la frase, pero acaba por tragarse las palabras y no dice nada más.

Me levanto y me acerco al sofá donde ella está sentada. Cuidadosamente pongo las manos sobre sus hombros y acerco mi boca a la suya, antes de besarla murmuro: "*Je t'aime plus que je ne peux te dire*".

EPÍLOGO

31 de diciembre - Nochevieja

Charlotte

La casa está llena. ¡Cómo me gustan las fiestas! Recuerdo haber pensado exactamente lo mismo hace un año.

"Hola, hola... ¿por qué estás aquí escondida? ¿En qué piensas?" Elena me extiende una copa de champán y trae en la otra un enorme vaso de agua tónica con hielo.

Le doy un beso rápido antes de responder. "Hacía un balance del año..."

"¡Qué difícil!", dice soltando una carcajada.

"Fue un año y tanto...", confirmo.

"Sufrí como en pocos, y fui feliz como nunca... ¿y tú? ¿Eres feliz?"

No quiero estropear el momento recordando que dentro de unos días estaremos en ciudades diferentes, en países diferentes. Cambio de tema. "Hace un rato fui a buscarte, estabas al teléfono, estabas tan enfrascada en la conversación que ni me viste... ¡Disculpa! ¡No estoy intentando controlar! ¡De verdad!"

"¡Calma! No necesitas preocuparte cada vez que me haces una pregunta..., pero tengo que confesarte que esa preocupación tuya me agrada. Estaba hablando con Mercedes. Llamó para saber cómo estaba y para desear Feliz Año Nuevo. Preguntó por ti."

"¿Cómo está ella?"

"Está bien. Está en Nueva York. Nos invitó a ir allá."

"¿Y qué más? ¿No contó nada más?"

"Sí, contó..." Elena sonríe, haciendo aparecer sus hoyuelos. Al mismo tiempo, en una mueca, deja traslucir la tristeza inherente a la dificultad de manejar los sentimientos. "Pensaba que ella se había ido por causa de nuestro reencuentro, pero descubrí ahora que la razón principal fue otra. Conversó con Rosa. Me hizo apenas un resumen, pero entendí que, después de que ellas perdieran el contacto, Rosa se separó de su marido. Intentó decirle eso a Mercedes en las cartas que ella nunca abrió y terminó desistiendo. Ahora vive en Madrid y está casada con una abogada. Una historia hecha de desencuentros..."

Pierre interrumpe nuestra conversación: "Vengan, tenemos algo que contarles". Seguramente son buenas noticias.

"¿Qué pasa?", pregunto, mirando a Jean-Luc. "Tienes cara de quien va a anunciar un casamiento, pero no puedes porque ya estás casado. ¿Vas a postularte otra vez?"

"Casi... Vamos a postularnos..."

"¿Se van a postular a qué?"

Jean-Luc hace una pausa, para crear tensión y solemnidad en el momento. "Vamos a adoptar un niño. Ya iniciamos la solicitud..., ahora es esperar."

Todos se mueven en la sala, y en un primer momento no entiendo lo que pasa. Mi madre está sentada al piano. Se hace un silencio absoluto y la música de Eloise Hubert llena la sala. La perfección del momento es indescriptible. Elena tiene la cabeza apoyada en mi hombro y sigue perdida en sueños, sonriendo.

¡Medianoche! El sonido de los corchos de champán se mezcla con el de los fuegos artificiales que estallan en la calle. La beso, en un beso prolongado, cierro los ojos y pienso en los deseos para el próximo año.

§

Elena

El calor de su cuerpo acostado a mi lado me da paz, es un bienestar mayor, como si todo

estuviera en el lugar correcto.

Cuando pienso que ya se durmió, oigo su voz: "La noche fue casi perfecta, ¿no?"

"¿Por qué "casi"? ¡A mí me pareció perfecta!" Sé a qué se refiere, pero finjo ignorar.

"La semana que viene vienen a embalar las cosas. La casa de París está lista y tengo que empezar a trabajar. Pero no dejo de pensar... ¿y nosotras?"

"Dime otra vez, ¿cómo es esa casa?", pregunto, como quien quiere, simplemente, aliviar el ambiente.

"Es preciosa, ¡te va a encantar! No contaba con tener a dos niños corriendo por los pasillos, pero todo se arregla...", intenta en vano parecer animada, pero su voz no esconde la tristeza.

Es fácil notar que hay una pregunta que le quema la garganta, en otros tiempos ya la habría presionado. Esta nueva versión de ella es extraña, no sé cómo actuar o qué esperar. Buena, pero no por eso menos singular. "¿Hay algo que me quieras decir? No sé, pareces angustiada..."

Ella desvía la mirada, y mira fijamente el techo. "Dentro de días me voy a París, y tú te quedas aquí... Pensé que allá, tal vez me sentiría mejor, tal vez lograría seguir adelante... Ahora no sé qué hacer..., no puedo simplemente decir que ya no voy, pero no quiero ir."

"¿Y si fuéramos juntas?", pregunto en el más inocente de los tonos.

Charlotte se levanta bruscamente, quedándose sentada en la cama: "¿Cómo así? ¿Venirte conmigo a París? ¿Y la clínica? ¿Y tus padres? ¿Hablas en serio?"

Cuando se detiene un momento para respirar, intervengo: "Tantas preguntas y ninguna respuesta. ¿Quieres que vaya contigo a París?"

"¡Claro que sí! ¡Eso sería más que perfecto!"

"¡Es mi sorpresa de Año Nuevo! ¡Acepté la invitación para trabajar con el equipo de trading! Es una misión casi imposible, mantener a esas personas mentalmente saludables."

Ella continúa sentada encima de la cama con las piernas cruzadas, sonrío, abre la boca, pero vuelve a cerrarla sin lograr decir una sola palabra.

"¿No dices nada, Chérie?", pregunto. "Vas a tener que enseñarme un poco más de francés..."

"Je t'aime plus que je ne peux te dire".

[FIN]

Índice

[PRÓLOGO](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[CAPÍTULO 28](#)

[CAPÍTULO 29](#)

[CAPÍTULO 30](#)

[CAPÍTULO 31](#)

[CAPÍTULO 32](#)

[CAPÍTULO 33](#)

[CAPÍTULO 34](#)

[CAPÍTULO 35](#)

[EPÍLOGO](#)

[Acerca de la autora](#)

[Libros en esta serie](#)

Acerca de la autora

Maggy McAndrew es médica, madre de cinco hijos y una apasionada escritora afincada en Lisboa. Con un diverso portafolio que incluye publicaciones científicas y cautivadoras obras de ficción, el verdadero amor de Maggy reside en crear desgarradoras novelas de romance lésbico. Basándose en su amplia experiencia en el campo de la medicina y en entornos académicos, entreteje hábilmente "rebanadas de la vida diaria" con las complejidades de la dinámica hospitalaria y universitaria.

La perspectiva única de Maggy y su aguda comprensión de las relaciones humanas le permiten crear historias auténticas y emocionalmente resonantes que muestran las alegrías, desafíos y triunfos de las mujeres que aman a las mujeres. Sus novelas ofrecen una representación poderosa y sin disculpas del amor lésbico en todas sus formas.

Para mantenerse en contacto con Maggy y recibir ofertas exclusivas, extractos gratuitos de sus próximas obras y las últimas noticias sobre su trayectoria como escritora, por favor, escríbale a maggy.mcandrew@gmail.com. Ella valora la oportunidad de interactuar con sus lectores y agradece cualquier comentario, opinión o pregunta que pueda tener.

Autora de
VERDADES NO DICHAS



PASIONES IMPREVISTAS

@maggymcandrew

Libros en esta serie

Sphere España

La serie Sphere incluye un conjunto de novelas lésbicas con historias independientes ambientadas en la actualidad, que reflejan la realidad de varias mujeres lesbianas en el entorno médico y universitario.

El punto de unión de estas historias es la existencia de la "*Sphere*."

La "*Sphere*" es un grupo formado por mujeres, en su mayoría lesbianas, de toda Europa. Fue fundado en Francia, en la década de 1920, por una estadounidense que, durante su estancia en París, formó un grupo compuesto por mujeres prominentes en diversas áreas de las artes y las ciencias, que se reunían para discutir asuntos profesionales, conversar o, en algunas ocasiones, para poder tener relaciones en un espacio seguro. El secreto del grupo se mantenía por la necesidad de cada uno de sus miembros de proteger su propia identidad. Con el paso del tiempo, el grupo se fue ampliando y pasó a contar con mujeres notables en varios ámbitos, y sobre todo con muchas mujeres en puestos de poder, tanto a nivel económico como político. Los miembros del grupo se ayudan entre sí, intercambian influencias y mantienen el propósito original de promover espacios seguros para mujeres lesbianas.

Verdades No Dichas

En los pasillos del Hospital Central, dos brillantes doctoras se encuentran en una colisión con el destino. Olivia, la nueva directora clínica del hospital, está decidida a adoptar un enfoque más compasivo en su liderazgo, incluso mientras navega por los desafíos de un matrimonio asfixiante y una relación íntima y secreta con una mujer poderosa. Julia, una renombrada cirujana cardiorrácica, no podría ser más crítica con respecto a la visión de Olivia, pero sus acaloradas discusiones despiertan una innegable atracción.

A medida que las vidas de Olivia y Julia se entrelazan cada vez más, deben enfrentar los secretos, deseos y traiciones que amenazan con consumirlas. Desde el quirófano hasta sus casas, su pasión empuja los límites de su rivalidad y pone a prueba sus corazones.

Camila, la esposa de Julia, lidia con sus propios demonios, que nos llegan a través de sus conversaciones con su psiquiatra.

A través de los relatos en primera persona de Olivia y Camila, los lectores se sumergen en un mundo de relaciones complejas, luchas personales y la búsqueda de la identidad y la felicidad.

"Verdades No Dichas" es una cautivadora historia de amor, ambición y caminos inesperados que nos llevan a nuestro verdadero yo. Sumérgete en las crudas emociones y las íntimas revelaciones de Olivia, Julia y Camila, mientras navegan por las complejidades de sus relaciones, carreras y el poder transformador del amor en todas sus formas.

Prepárate para una poderosa historia de corazones rotos y lazos inquebrantables que nos unen. "Verdades No Dichas" es una lectura obligatoria para quienes creen en la resiliencia del corazón humano y en la valentía de abrazar el amor, incluso en circunstancias difíciles.

Pasiones Imprevistas

En un mundo donde el amor verdadero parece imposible, Simone, una brillante filósofa, se encuentra consumida por el dolor tras la pérdida de su gran amor, Lisa. Sumida en un océano de recuerdos, busca consuelo en las palabras, creyendo que solo a través de la escritura podrá liberar las pasiones ocultas que arden en su interior.

Pero el destino tiene otros planes cuando Nicola, una seductora profesora italiana con un pasado

misterioso, irrumpe en su vida como un torbellino de deseo. A pesar de sus reservas, Simone se ve irresistiblemente atraída por el magnetismo de Nicola, y juntas se embarcan en un viaje de pasión desenfrenada que desafiará todo lo que Simone creía saber sobre el amor y el placer.

Mientras tanto, Carmen, la mejor amiga de Simone, se encuentra atrapada en su propia encrucijada cuando conoce a Emily, una joven médica cuya pasión cruda y honesta despierta deseos que Carmen nunca supo que existían. A medida que se sumergen en un romance secreto, las líneas entre el amor y la amistad y la comienzan a desdibujarse.

En esta novela sensual y apasionante, Maggy McAndrew explora los rincones del deseo femenino con una prosa arrebatadora y sensual. "Pasiones Imprevistas" es un testimonio del poder transformador de la pasión y una celebración del amor lésbico en todas sus formas. Prepárate para un viaje erótico y emocional que te dejará sin aliento y deseando más.